



DOS AMIGOS Y DOS MADRES

Novela muy amena y formativa

Fray Marcelino García Guevara de Montejo
Franciscano - Capuchino

*DOS AMIGOS
Y
DOS MADRES.*

Fray Marcelino García Guevara de Montejo
Franciscano-Capuchino

Aprobación:

Manuel Muñoz, Ofcap,
Ministro Provincial de la
Provincia del Sagrado Corazón de Jesús
Castilla. España.
Madrid, 16 de Mayo de 2000

© Fundación MADRE DE LA EUCARISTÍA
y PP. CAPUCHINOS
Sambara, 111 - 28027 Madrid

ISBN: 84-607-0950-7
Depósito legal: M. 32.181-2000
Imprime: Gar.Vi., s.c.
Printed in Spain - Impreso en España

Portada: Vista parcial del pueblo de Montejo (Salamanca)

PRESENTACIÓN

La presente novela “Dos amigos y dos madres” de Fray Marcelino García Guevara de Montejo, fue escrita en 1935, siendo seminarista, y refleja las costumbres de su región salmantina, y del seminario de El Pardo, lugares donde él se formó.

Esta novela nos recuerda con plena actualidad la perenne novedad del Evangelio, y cómo Jesucristo es el mismo “...ayer, y hoy, y siempre” -Hb 13,8-, el origen y meta del universo, el “Alfa y la Omega” -Ap 1,8-11; propuesta de plenitud para todo hombre, para todo joven.

Con un estilo sencillo y pedagógico, y un profundo conocimiento de la persona humana, el autor aborda el tema de la vocación religiosa, - si bién su fondo doctrinal puede aplicarse a cualquier vocación cristiana-, y las distintas reacciones que la misma suscita en la familia, e incluso en el entorno social, cuando uno de sus miembros es llamado por Dios.

De la mano de los jóvenes Celestino y Ángel, Fray Marcelino mete de lleno al lector en los elementos esenciales a todo proceso vocacional: La llamada de Dios, y la respuesta del hombre, así como

el reconocimiento y aprobación de la Iglesia.

La iniciativa siempre es de Dios quien al “llamar “ capacita al llamado con todos los dones naturales y sobrenaturales necesarios para responder libre y voluntariamente; como nos revelan las actitudes de los “Dos amigos “: su fidelidad a la gracia, su tesón, su sagacidad, su prudencia, etc.

Asimismo el entramado de la novela le sirve a su autor para dar una catequesis a sus lectores acerca de los respectivos derechos y deberes entre padres e hijos.

Frente a la actitud intolerante de Dña. Remedios, madre de Ángel, que pretende ejercer sobre su hijo un derecho de propiedad, imponiéndole sus planes y negándose tenazmente a cooperar para que éste cumpla la voluntad divina. Nos encontramos con Dña. Consuelo, quien con mirada de fe reconoce en su hijo, ante todo, un hijo de Dios, por ello un don recibido, de ahí su actitud de respeto ante la decisión libre y responsable de Celestino al seguir la vocación recibida; así como su gozo y acción de gracias por la elección que Dios ha hecho de uno de sus hijos, que “bien hubiese querido ella fuesen todos “.

Tal desprendimiento, sin duda, no es posible sin una profunda vida de fe, esperanza y caridad, que, alimentada en la oración diaria, daba a Dña. Consuelo criterio sobrenatural para juzgar todos los acontecimientos de la vida, y esa delicadeza de espíritu de aceptar que su hijo, si descubriera no tener vocación a ese género de vida, saliese del convento: ¡Esto sí es educar en libertad!.

Por todo ello, bien pudiera presentarse a Dña. Consuelo como modelo de todas las madres, bajo

cualquier aspecto.

Son otros muchos los valores psicológicos, morales y espirituales en los cuales el lector irá impregnándose. Entre ellos destacar la amistad vivida entre Celestino y Ángel con transparente pureza, como don y como conquista.

Es evidente, como subraya el autor del prólogo, que puesto que la novela fue escrita en 1935, con unos usos y costumbres civiles y religiosos concretos, el lector deberá extraer la sabiduría desgranada en sus páginas y con valentía y humildad aplicarla a su propia vida.

Con la presente novela Fray Marcelino contribuye, y no poco, por un lado a fomentar en los jóvenes la actitud de escucha ante el proyecto de Dios sobre ellos, y por otro a que los padres sean activos colaboradores en el proceso de discernimiento vocacional de sus hijos, mediante una actitud de diálogo y respeto.

Sin duda “ Dos amigos y dos madres “ lo consigue, y con esa pizca de santa alegría que caracteriza a su autor, Fray Marcelino, hoy el Rvdo. P. Marcelino García Guevara de Montejo, Franciscano-Capuchino.

Carmen Lara
Fundación Madre de la Eucaristía

PRÓLOGO

El Padre Marcelino me honra con la petición de este prólogo.

Estamos ante un libro de espiritualidad. ¿Una novela biográfica o una historia novelada? La historia es la novela de los hechos. La novela es la historia de los sentimientos.

Son varios los relatos o capítulos, pero no es una novela por entregas. El Capítulo Primero es compendio de todos los demás. Trata del Ideal. Para leer esta obra hay que situarla en la época en que se escribió, a la que hace referencia, como una novela costumbrista.

La historia necesita contemplar el pasado. El autor, en un recodo de su ya largo caminar, se detiene, vuelve la mirada, viaja espiritualmente - sólo de ida, porque al pasado no se vuelve - y rastrea unos momentos de su niñez. Personajes reales con nombres figurados, pero todos conocidos. Magnífica escena bucólica la de la Alameda. También D^a Consuelo evocaría a los suyos en aquella antigua Villanueva de la Cañada. ¿Es esta obra un recuerdo-homenaje del autor a su madre? *“Si vuelvo la mirada melancólicamente a mi niñez, es porque tenía madre”*. La novela de mi amigo G.Miró.

La historia se hace con documentos. Pero es fuente de la historia todo material que sirva para reconstruir la vida, para sacar algo que nos ayude al conocimiento del pasado humano. Ésta, como toda historia auténtica, es historia de sentimientos, historia semántica más que historia de hechos.

El léxico de esta novela, el lenguaje, todas y cada una de las situaciones escritas, difícilmente podrían darse hoy. El clima actual en el que nos movemos es distinto. Crisis de estructuras sociales, costumbres y creencias. Conceptos antes inamovibles que hoy han desaparecido. Se da culto al hedonismo. Lo religioso se tiende a humanizar peyorativamente. El concepto infinito de Dios se materializa, de manera simplista, por menguados intelectuales a sueldo. Como una gran computadora.

Pero la experiencia mística -con sencillez franciscana- sigue dándose hoy por doquier. Conforta, da esperanza, alienta y mantiene el espíritu la afirmación de quien logró encerrar en una sencilla fórmula la clave del Universo: "*La experiencia mística es el sentimiento más profundo del que brota la verdadera Ciencia*".

Sigue, pues, válido, hoy como ayer, el Ideal del primer Capítulo. Ese ideal que, ayer como hoy, vale más que la vida, síntesis y compendio total de este libro de espiritualidad que aparece en unos tiempos, en el que se prescinde de todo lo espiritual, y la *Ciencia, el arte, la justicia, la cortesía, la religión, son órbitas de la realidad...pero que sólo existen para el que tiene voluntad de ellas.*

Al sur del Campo de Salamanca quedan restos de un atiguo monte de querción.

Monte, monte, que otea el horizonte
sombra de encina Centinela.

Durante la francesada al grito de "*date bergante*" los gabachos persiguen y dan muerte a un patriota montejano. Y después de Fernando VII las partidas legitimistas procedentes de tierra de Alba, son vitoreadas en este pueblo.

Este lugar es la cuna del noble apellido Montejo, allá en los tiempos de D. Alonso el noveno. Aquí nace el protagonista, "Celestino", y de aquí, de Montejo, es hijo predilecto y preclaro - por acuerdo municipal de toda la vecindad - el autor de este libro: el Rvdo. P. Marcelino de Montejo.

Baltasar Guevara Rodríguez
Farmacéutico-Investigador químico

CAPÍTULO I

El ideal



“ No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros” -Jn 15,16-

Sentado en magnífico sillón, con los codos sobre la mesa y la cabeza recostada entre las manos, se encontraba el señorito Angel triste, meditabundo y solo en suntuosa habitación donde la vanidad se mostraba airosa en los preciosos tapices, cuadros, espejos de media luna, relojes y otros objetos y monerías, que engalanaban las paredes.

Sacado Ángel de la abstracción un tanto vaga en que se hallaba por un ¡tan! ¡tan! repetido en su puerta, levantó la cabeza y con voz fuerte y sonora respondió con su acostumbrada muletilla: ¡Adelante!.

Se abrió la puerta y apareció un joven, que frisaba en los diez y seis abriles, de elevada estatura, cabeza redondeada, cabello algún tanto rubio, ojos castaños y de mirada penetrante, rostro sonrosado y labios de amapola en los que se dibujaba graciosa sonrisa, nariz bien proporcionada, barbilla ligeramente inclinada hacia fuera. Era Celestino, el íntimo amigo de Ángel; por eso éste se levantó inmediatamente del sillón y se dirigió a él, le estrechó la mano y le dijo amigablemente:

_¡Hola, Celestino! ¿qué tal?.

_Bien, gracias a Dios, Ángel, y ¿tú?.

_No tan bien como tú, Celestino.

_Ya veo que en tu rostro aparecen algunos rasgos de tristeza.

_¡Tánta es la que tengo, Celestino amigo mío!.

_Pero, Ángel ¿un joven tan vivaracho y bravo como tú...?

_Cosas de la vida, Celestino.

_Sentémonos y habla, amigo mío, que tus penas las quiero hacer mías.

_Bastará que te recuerde, Celestino, aquel cantar que dice:

"El camino de la vida,
sembrado está de ilusiones,
flores que el sol seca un día,
y el viento arrastra una noche.

Esas flores que abundantes,
en mi corazón brotaron,
son hojas que arrastra, el viento,
el viento del desengaño".

¿Ya has comprendido?.

_Sí, Ángel, tu alma me ha abierto de par en par sus puertas y he visto lo que en ella pasa. Pero ¡mira! nada tiene de extraño, pues el corazón, puesto en cosas vanas, se marchita, cual flor delicada y bella, y se queda mustio y triste. Ni tampoco hay que admirarse, porque la amistad, edificada sobre intereses mezquinos, se derrumba y desmorona, como se desmorona y derrumba el edificio levantado sobre movediza arena.

_Verdad es, amigo mío, yo creía... pero ¡Ay! ya estoy desengañado.

_Me alegro que así sea. Desde hace dos años esperaba esta ocasión para decirte que si quieres

plantar en tu corazón una nueva flor semejante a la que cultivo en el mío...

_¡Flores! ¿Por qué me las recuerdas? ¿Quieres burlarte de mí? ¿Acaso pretendes aumentar más mis penas?.

_¡Lejos de mí tal cosa, Ángel!. Veo que no me entiendes, ni sabes a qué flores me refiero; ¡si lo supieras!...

_Pues sigue, y perdona que te haya interrumpido.

_Quiero decir que hace dos años brotó en mi corazón una flor lindísima; flor que tú no puedes imaginarte siquiera; contiene en sí el aroma de la azucena, la hermosura de la rosa, la fragancia de la violeta; jamás ha perdido su lozanía; y a medida que el tiempo pasa, ella crece y se desarrolla; y ¿sabes cuándo aumentan más sus aromas y su belleza?.

_No, no lo sé.

_Cuando en el cielo de mi alma se levantan los huracanados vientos de las pasiones y las borrascosas tempestades de contratiempos, entonces es cuando más profundiza sus raíces y más perfumes exhala; perfumes deliciosos, que suavizan todas mis penas y me dan fuerzas para sufrir con resignación y paciencia todas las molestias y todo lo adverso.

_¡Qué propiedad más singular contiene esa flor!.

_¿Te extraña?. Hay más todavía; posee la virtud especialísima de trasladar mi espíritu a regiones desconocidas y allí me contemplo, montado a caballo. Me parece conversar con gentes de raza distinta de la nuestra y, ganadas para mi causa, con ellas celebrar alegres fiestas.

—¿Pero es causa de todo eso la flor?

—Sí, y de mucho más, amigo mío Ángel.

—¡Qué flor tan atrayente!. Mas dime, ¿dura mucho tiempo sin marchitarse?

—Si nuestro Señor no corta tempranamente el hilo de la existencia al joven que la posee, ella crecerá y se hará un frondoso árbol, cuyas hojas serán doradas y los frutos más sabrosos de lo que uno puede imaginarse.

—Y llegado a ese estado ¿la flor pierde la fragancia, la hermosura y la virtud tan singulares?

—¡No!. Entonces está en su apogeo...

—Apogeo ¿dices?. Luego se seca y muere ¿verdad?

—Muere, porque muere el corazón que la sustenta; pero el alma se lleva sus frutos, aunque...

—¿Qué?, Celestino, ¿qué?. -Preguntó con ansiedad Ángel-

—Que bien pudiera decir, que no parece hasta la venida del fin del mundo.

—¡Santo Dios!. Jamás se me había ocurrido a mí tal cosa... ¡Cómo me encanta esa flor!... Si parece que disipa las tinieblas de mi alma... Dime su nombre, Celestino, dime su nombre.

—¿Me preguntas por su nombre?. Se llama: **¡Ideal!**

—Qué palabra tan genérica...

—Pero **ideal de misionero, sacerdote.**

—¡Ah! de **misionero.**

—Sí, Ángel, de **misionero**, es decir, de ser un intrépido mensajero de Cristo, que lleva su cruz a regiones sumidas en la barbarie; de ser un gran

hombre; un héroe; pues ¿dónde se muestra más refulgente la grandeza de la dignidad humana que en el sacerdocio?. ¿Dónde, más grande que lavar los pies a los leprosos, que introducirse en bosques desconocidos, que embarcar en el hueco de un árbol para ir en busca de almas y llevarlas al redil sagrado de la Iglesia?. ¡Ángel, ahí se ven los corazones magnánimos y generosos!. ¡Ahí se palpa lo que el hombre puede ayudado de la gracia!.

_Por este camino me llevas con los infieles.

_¿Qué?. ¿Te vienen deseos de ir a cristianizarlos?.

_Sí, eso mismo. Pero me ha picado la curiosidad de saber una cosa, ¿si quisieras decírmela?.

_Ningún inconveniente hay; pues, Angel, sabes que yo, como verdadero amigo tuyo, tengo el corazón abierto para tí.

_Si así es, cuéntame cuándo y cómo germinó en tí esa bellisima flor.

_Te daré gusto, escucha: "Dos años hace hoy mismo que en el sueño de la noche mi fantasía voló al monte Calvario. Allí, rodeado de una infinidad de ángeles más resplandecientes que mil soles juntos, vi a Jesucristo pendiente de una Cruz, con su bendita cabeza recostada sobre el pecho. De la llaga del Costado, como de perenne manantial, brotaba sangre, Sangre Divina que serpenteando en infinidad de arroyuelos se deslizaba por toda la redondez de la tierra. También vi que la Stma. Virgen estaba en pie, junto a la Cruz. De cuando en cuando se inclinaba para recoger algunas gotas de aquella Sangre Divinizada,

que caía a la tierra; y al cogerlas, en sus manos se convertían en hermosas y delicadas flores de aroma exquisito y regalado.



Yo miraba estupefacto ya a Jesús, ya a María, ya a las prodigiosas flores; y en estas alternativas estuve largo rato hasta que Jesús levantó los ojos, me miró, y tan penetrante y dulce fue su mirada que todo mi interior quedó transformado.

—¡Claro! como mirada de Dios.

—Grandes fueron entonces los deseos que me vinieron de pedir a la Stma. Virgen alguna de las flores; pero no me atreví y me contenté únicamente en contemplarlas y permanecer embelesado. Lo notó María Santísima y con ternura indecible me dijo: ¿Te gustan estas flores?: Sí, Madre mía, me roban el

corazón; -fue mi respuesta-, a la que replicó: "¡Hijo mío! ¿Quieres una?". ¡Oh virgen María! -exclamé-. ¡Es mi anhelo!. Y la vida diera por tener alguna. Aún no había terminado de pronunciar estas palabras, cuando plantó una de las flores en mi corazón.

Mientras Celestino relataba el sueño, Ángel no dejaba de mirarlo de hito en hito; y según fluían de los labios de su amigo Celestino las palabras llenas de unción y sentimiento, el alma de Ángel se desligaba de negras ataduras, y dejaba traslucir en su rostro la agradable impresión que le dominaba, lo que observó Celestino y preguntó:

_¡Qué!. ¿Te emocionas?.

_Tánto que desde que fuí niño no he derramado una lágrima y ahora tengo que hacer grandes esfuerzos para impedir que se me salten por primera vez en la juventud.

_Pues todavía falta lo más...

_Continúa, y no dejes de manifestarme ni un ápice.

_Seguiré. Al mismo tiempo que la Virgen María plantaba en mi corazón la flor, conocí claramente lo que tenía que hacer y que abandonar; pero en aquel momento me trajo la memoria el recuerdo de un amigo querido, y comencé a llorar.

_Sin duda que ese amigo sería yo.

_Ni más ni menos, Ángel: tu mismo.

Conmovido el Corazón de Jesús por mi llanto, me preguntó: "¿Por qué lloras?". Señor, -le respondí-, tengo un amigo; y yo desearía que la Virgen vuestra madre plantase en su corazón la misma flor que en el mío.

Jesús replicó: Tu amigo está muy dado a la vanidad y si mi Madre hiciese lo que le pides, por falta de correspondencia lo que habría de ser causa de su felicidad, lo sería de su ruina y perdición.

Inopinadamente se le saltaron las lágrimas a Ángel y entre sollozos afirmó:

—Sí, sí, es verdad... pero ya estoy desengañado...

—Por fin habías de llorar. ¡Vaya!. ¡Cállate!. Si todavía ignoras cómo terminó el sueño; aguarda unos momentos y verás.

—¡Anda, termina!.

—Apenas acabó Jesús de pronunciar aquellas palabras, con más ímpetu que antes prorrumpí de nuevo a llorar; mi llanto, cual penetrante espada, se debió clavar en el tiernísimo Corazón de María, pues me miró compasivamente y me consoló con estas palabras: "Hijo mío, no llores, ruega a Jesús todos los días por mi intercesión para que desengañe a tu amigo; y confía que el tiempo llegará en que seas escuchado. Entonces, yo misma plantaré en su corazón una flor semejante a la que tienes en el tuyo".

Estas fueron las últimas palabras de la Virgen y yo desperté, pero desperté cambiado totalmente; y desde aquel día siempre ruego por tí; y ahora conozco que mi súplica ha sido escuchada como la Madre de Dios me lo prometió.

—¿No es verdad, Ángel?.

Y sin aguardar Celestino respuesta alguna, con su brazo derecho medio abrazó a su amigo Ángel que tan emocionado estaba que, sin poder reprimirse, dió rienda suelta a sus lágrimas.

CAPÍTULO II

*Celestino y Ángel:
Verdadera amistad*



“El amor de amistad: implica buscar recíprocamente el bien del amigo, ayudándole, ante todo, a cumplir la voluntad de Dios”.-N.de la R.-

Al punto que Celestino contempló a su amigo Ángel como deshecho en lágrimas, también la emoción se apoderó de él y estrechó y apretó afectuosamente con su mano izquierda la derecha de su amigo mientras le acompañó por unos instantes en el llanto; pero Celestino se violentó a sí mismo, se esforzó y trató de consolar y animar a Ángel. Después de un rato, es éste, ya bastante tranquilo, quien cogió la palabra y propuso:

_Celestino, he comprendido perfectamente que acabo de recibir la gracia extraordinaria sin yo merecerla. Si no te parece mal, vamos a dar gracias a Dios ahora mismo.

_¿Por qué me va a parecer mal?. Al contrario. ¡Está bien, muy bien!. ¡Maravilloso!. Y si quieres rezaremos también el Sto. Rosario a la Stma. Virgen para que ella dé gracias por nosotros y las reciba ella misma; pues por ella nos han venido a los dos estas gracias tan especiales que se nos han otorgado.

_Tienes razón, Celestino. Primero rezaremos el Rosario, que dirigirás tú, y después algunas oraciones que trae el devocionario. En efecto, dieron gracias al Señor y a María Stma. con singularísima devoción; y ya sentados de nuevo, Ángel inició el diálogo:

_Celestino, te confieso que jamás había sentido

en mi vida tal paz y alegría. Ni hubiera creído que se pudiera dar tanta como ahora mismo experimento.

_Pues la gozarás mayor, si correspondes fielmente a la gracia.

_¿De veras?.

_Así, al menos, me ha sucedido a mí y eso que mi conducta no ha estado conforme a la paz en todo. Unos cuantos días después de aquella noche que soñé lo que sabes ya, me creía el más feliz y pensaba que nunca tendría en toda mi existencia sobre este suelo días tan dichosos como aquellos; pero la experiencia me ha demostrado , casi lo contrario; pues ahora mismo está mi alma mucho más alegre y mi corazón rebosa de una paz sumamente mayor que la de entonces.

_Dios quiera, Celestino, que yo también sea dócil a la gracia y veamos cumplidos pronto nuestros deseos.

_Presiento, Ángel, que pasará bastante tiempo sin realizarse nuestros anhelos: "Lo que mucho vale, mucho cuesta", dice un refrán castellano.

_¿Qué me quieres decir con eso?.

_Primeramente que, antes de ir a tierras lejanas, tendremos que hacer la carrera eclesiástica. ¿Tú no quieres estar revestido con la excelsa dignidad del sacerdocio?.

_¡Cómo no!... Pero bien pudiéramos hacer los estudios allí.

_De ninguna manera, Ángel. Hay que marchar ya hechos unos hombres formados con la ciencia y los poderes de la Sta. Iglesia; porque sería sumamente imprudente ir con la casi, por no decir con la carencia absoluta de formación que tenemos; además, por

aquellos lugares no suele haber medios para conseguirlo.

_Luego ¿tenemos que entrar en algún seminario o en alguna orden religiosa?.

_Sí, eso mismo, y para ellos necesitamos el permiso de nuestros padres.

_¡Ay, Dios mío!. ¿Pero no podríamos hacerlo sin que nadie se enterase?.

_Ya me imagino, Ángel, a qué te refieres; pero ¡hombre! como estamos todavía bajo la patria potestad, sería muy difícil ocultarlo.

_Aunque bien está lo que dices, Celestino, con todo, hay que obedecer primero a Dios que a los hombres.

_No quita eso, Ángel, que, a manera de ensayo, se solicite el permiso paterno, y si no resultase, mejor que juzgar uno por sí mismo, sería ir a consultarlo con un sabio y prudente confesor.

_Me satisface tu respuesta, Celestino, pero ten en cuenta que mi madre me ama lo indecible, y además como falta mi padre, que en paz descansa, me temo que ella... Celestino...

_Ni aunque Dios me lo hubiera inspirado. ¡Ya contaba con esta respuesta! y ¿no echas de ver que le queda tu hermano que es mayor que tú?.

_Por esa misma razón no creo que consienta mi madre que su benjamín se marche: por consiguiente creo, Celestino, que no estará mal el dejar los ensayos y poner manos a la obra, por lo menos yo.

_No te aconsejo semejante cosa; pues, si el Señor es quien nos llama, Él moverá los corazones de nuestras familias, y si acaso estuviera determinado en sus altos juicios que suframos alguna contradicción

¿por qué nosotros nos hemos de oponer a ello?. Ya nos dará fortaleza para sufrir con paciencia y, a la corta o a la larga, llegaremos a ser lo que Él quiera que seamos.

_Tienes razón, Celestino; mas, he oído en no pocos sermones que el que se pone en el peligro, en él perecerá.

_Cambia el verbo **PONER** en **AMAR** y resultará cosa muy distinta, que es sin duda lo que muchas veces habrás oído.

_¡Bueno!. Sea esto como quieras: ¿tú ya se lo has manifestado a tus padres?.

_Pienso hacerlo muy pronto.

_¿Cómo has pasado tanto tiempo sin decírselo?.

_He aguardado a que se cumpliera la promesa de tu desengaño; pues no quiero, Ángel,irme sin llevarte a tí.

_Celestino, por estas frases has manifestado, sin pretenderlo, que me amas con amor de verdadero hermano. Te prometo que seguiré tus pasos en cuanto de mí dependa.

_No hacía falta que lo prometieras; lo tenía por cierto. Y prosigo con lo que hablábamos. Te comunico que mañana, Dios mediante, muy disimuladamente trataré de explorar los ánimos y manera de pensar de mis padres tocante a este asunto. Aunque espero obtener resultados satisfactorios, para tener más acierto en mis palabras, imploraré el auxilio del Corazón Eucarístico de Jesús y María Santísima, y comulgaré mañana.

_¡Ay!. Yo te acompañaré, Celestino.

_Tanto mejor, Angel.

_¿Y a qué hora hay que ir?: porque yo tengo

que confesarme antes de recibir a Jesús Sacramentado.

_A las 8 comienza la misa, por cuya causa tenemos que hacer un sacrificio en dejar la cama antes de lo acostumbrado.

_Eso no es nada para lo que me encuentro en disposición de hacer.

_De sobra conozco que eres valiente, emprendedor, entusiasta, amigo de aventuras y que ese sacrificio es para tí insignificante, pues ni te arredra el desprenderte de tantas comodidades como ahora gozas, ni te amedrenta el cruzar los océanos para marchar a tierras lejanas y, cual heraldo impertérrito del Gran Rey, ir por montes y bosques para anunciar la divina palabra a los pobres salvajes que jamás la han escuchado, ¿me equivoco?.

_No, querido amigo.

_Y ¿no es verdad que ansías vehementemente, y estás dispuesto a hacer resonar el vibrante clarín de guerra y lanzarte contra el pérfido enemigo de Jesús que con falsas doctrinas procura arrebatarle sus redimidos?.

_Celestino, pelear y sufrir y dar mi vida entre crueles suplicios por Cristo, María y las almas, he ahí lo único que anhelo y a lo que firmemente estoy decidido.

_Esos mismos sentimientos abrigan mi corazón, Ángel. Sí, contigo marcharé a la lid y a nadie hemos de temer; pues al Dios de las victorias llevaremos sacramentado en nuestros pechos.

_Y en la mano derecha el Santo Crucifijo.

_Y en la izquierda el Rosario Bendito.

_Y así armados, Celestino, siempre lucharemos con tesón y cayendo en medio de la brecha al grito de

¡Viva Cristo Rey!, nuestras almas serán llevadas entre cánticos celestiales a la presencia de nuestro Gran Rey y Capitán Jesucristo, mientras los cuerpos quedarán tendidos en el campo de batalla bañados en la propia sangre.

_Ciertamente, Ángel, eso constituirá nuestro honor, nuestra gloria y nuestro premio codiciado.

_No basta, Celestino, es necesario que otros sigan nuestras huellas y ocupen nuestros puestos, y, para que les sirva de estímulo el recuerdo de sus antepasados, inscribieran en la marmórea losa de nuestra tumba este epitafio: CELESTINO Y ÁNGEL; MISIONEROS LEALES. MUERTOS AL GRITO DE ¡VIVA CRISTO REY!.

_Efecto del entusiasmo es lo que últimamente has dicho; ya verás, Ángel, cómo cambias de pensamiento con el tiempo.

Y sonriente y con gesto comprensivo, Celestino miró de hito en hito a su amigo Ángel. Muy silencioso desabrochó el botón de la chaqueta, metió la mano en el bolsillo del interior, sacó la cartera y de ella una postal que mostró a su amigo.

_¿Te gusta?.

_Es preciosísima, Celestino. ¿Quién te la ha regalado?.

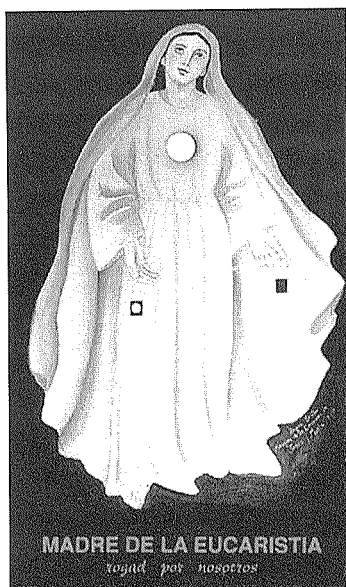
_Nadie.

_¿Pues dónde la has comprado?.

_Es obra de mi entendimiento y de mis manos.

_¿Cómo se te ocurrió esta idea?.

_Muy sencillamente. ¿Sabes qué significa el estar esta Hostia en el pecho de la Virgen?.



_Gran simbolismo hay entre eso y la custodia.

_Así es: Jesús se halla con María. Para encontrarle más fácilmente, es buscarlo donde está la Stma. Virgen, o lo que es lo mismo: el camino más corto para llegar a Ntro. Señor, es María Stma., porque donde está la Madre, allí está el Hijo y difícilmente se hallará al Hijo sin su Madre.

_Casi no te entiendo, Celestino.

_Me explicaré. Si yo quiero amar con toda mi alma a Jesucristo, lo conseguiré mucho más pronto, si amo a su benditísima Madre y le suplico que me alcance de su Divino Hijo esa gracia, que no trabajando yo solo y por mis propias fuerzas.

_Y ¿este Corazón representa al de Jesucristo?.

_¡Claro!. Por eso lo he dibujado en medio de la

Sacrosanta Forma. Bien notarás que de él sale un chorro de sangre que riega toda la tierra. ¿No ves el mapa mundi?.

_¿Sabes que me encanta tu ocurrencia?.

_Es algo más que una ocurrencia, Ángel, pues en esto y otras dos cosas que faltan, está representado **mi ideal**; es decir, que el mundo se ha de salvar por el Corazón Eucarístico de Jesús; y se llegará a conocer y amar ese Corazón, si se conoce y se ama a su Madre Stma. **que es a lo que cooperaré con mi apostolado.**

_Ese mismo ideal será el mío, Celestino. Y te ruego que me pintes otra tarjeta como esa, para llevarla conmigo mismo y me traiga su vista a la memoria lo que jamás debo olvidar.

_Me complace sumamente tu petición. Ya te la dibujaré. Y como va siendo tarde, me voy; pues mis padres me esperan.

Dicho esto, guardó Celestino la postal que aún tenía sobre la mesa e hizo ademán de levantarse; pero Ángel le detuvo y dió una señal con el timbre. Inmediatamente se presentó un criado.

_Manda, señorito.

_Prepárate, que tienes que acompañar a Celestino hasta su casa.

Enseguida el criado dió media vuelta con gracioso donaire y abandonó la habitación. Luego, Ángel volvió a tomar la palabra:

_Como te dije antes, quiero confesar e ir a comulgar contigo. ¿A qué hora quieres que mande al criado a buscarte?.

_A ninguna. Ya pasará yo por aquí cuando vaya a la Iglesia. Iremos los dos juntos.

_No impide eso para que mande al criado.

_Tú, Ángel, no te preocupes. Lo dicho, dicho está.

En ese momento se presentó de nuevo Andrés, tal era el nombre del criado.

_Cuando queráis, señoritos.

Ángel y Celestino dejaron los asientos y salieron charlando, mientras Andrés se adelantaba para abrirles las puertas.

_Ángel, no te olvides de la conversación que hemos tenido hoy; recuérdala esta noche y piensa, medita atentamente sobre ella.

_Aunque no me lo hubieras dicho, lo haría. Me encuentro transformado completamente gracias a tus fervientes oraciones; pues se han disipado las tinieblas que envolvían a mi alma. Ahora una luz celestial la ilumina.

_Te aseguro, Ángel, que si te dejas guiar por esa luz, nunca la paz y alegría santas se alejarán de tí ni en la prosperidad, ni en la adversidad; y esta es una de las ventajas que consigo trae nuestro **ideal sublime**.

_Bendito ideal, que, aunque otros carismas no diera, éste sería suficiente por sí solo para colocarlo entre lo grandioso, entre lo excelso... Te repito una vez más, Celestino, que estoy enamorado de él.

_Grandemente me alegro por ello. Sigue así, y él te alentará en la tribulación y te embelesará en la calma.

Con tan estimulante y animado diálogo llegaron a la puerta de la calle. Se despidieron con fuerte apretón de manos, y Celestino marchó acompañado del criado y simpático Andrés. Ángel quedó en pie, parado, pensativo, y los siguió con la mirada.

Las almas de Celestino y Ángel, si hasta

entonces habían estado unidas con estrecha amistad, a partir de esa tarde, tal lazo superó todo lo material y pasajero: quedaron como fundidas en lo sobrenatural y divino.

CAPÍTULO III

*Los padres: cooperadores
del plan de Dios*



Casa de la Familia García Guevara

Al sur de la provincia de Salamanca y encerrado, cual perla en su concha, está situado un pueblo entre montes no muy elevados, pero llenos de frondoso ramaje y hermo­seados por árboles seculares de hoja perenne que parecen desafiar las furias de la tempestad, y por eucaliptos gigantes­cos que semejan escalar el cielo trayendo a la memoria la fastuosa batalla de los hijos de la tierra contra el omnipotente Júpiter. En las afueras de este pueblo y hacia el mediodía se levanta una casa de dos pisos con su cornisa encarnada; como también encarnados los marcos de los balcones y tejado. Tiene dos puertas: una que mira al oriente y otra que da al occidente comunicadas entre sí por hermoso claustro, delante de esta pasa la carretera, y a la salida de aquella aparece un espacioso corral, defendido por dos fieros perros de raza, y en el que florecen esbeltas acacias. Además posee un palomar magnífico, donde hacen sus nidos cuantísimas palomas: blancas unas, otras policromadas y las más, cenicientas y plomosas con brillante cuello de oropel. Tal es la suntuosa casa de Celestino, en cuyo gabinete de la planta baja se encontraban sus padres sentados en cómodos sillones,

uno frente a otro; él leía el periódico y ella bordaba una cortinilla para el sagrario. De súbito D. José dejó de golpe el papel sobre la mesa, y al ruido que hizo, Dña. Consuelo sorprendida, levantó los ojos, miró a su esposo y rompió el largo silencio en que estaban:

_Pero, ¡hombre! ¿qué te pasa?.

_Nada, mujer, nada.

Continuó ella su labor y volvió a reinar el silencio; mas no por mucho tiempo, porque D. José, preocupado internamente quiso desahogarse con su esposa:

_¿Sabes, Consuelo, que en nuestro hijo, desde hace dos años, poco más o menos, a esta fecha, he notado un cambio radical?.

_Cosa de la edad sin duda.

_Precisamene... No otra cosa me admira, sino que parece haberse adelantado a la edad.

_¿En qué sentido lo dices?.

_¿Nunca le has visto como abismado en sus pensamientos y cual si estuviera contemplando no sé que cosa misteriosa?.

_¡Ja! ¡Ja!. Me haces reír sin ganas.

_Pues yo no me río.

_¿Qué? ¿sospechas, acaso que ya tenga su...?.

_Eso es lo extraño para mí, porque si así fuera, otra sería su conducta.

_Su conducta es intachable.

_Esa es también mi opinión.

_Pues. ¿Luego?.

_Que no me explico qué podrá sucederle. Ayer mismo ha estado más pensativo y taciturno que nunca; sí, más silencioso y más misterioso jamás le he visto.

_Y ¿hoy?.

—Hoy lo mismo que ayer. Y me parece increíble que no te hayas dado cuenta, mujer.

—¡Sí, sí, sí!. Bien adivino yo lo que hay; aunque él no me ha dicho absolutamente nada.

Dijo esto Dña. Consuelo con la sonrisa en los labios, en tono jocoso, y acompañó las dos últimas palabras con ridícula y a la vez graciosa mueca. Como si esuviera ya cansada de hablar, comenzó de nuevo su trabajo. D. José la miró atónito, se encogió de hombros al par que arrugó un poquito su frente, hizo un pequeño movimiento con la cabeza, calló por breves instantes: muy breves, pues acuciado por la preocupación, quiso que su esposa participara de ella... ¡Era la madre!...

—Mira, mujer, nuestro hijo está enfermo, o se ha vuelto bobo, o es un santo; de otra manera yo no comprendo su proceder.

—Tal vez sea esto último. No te extrañe lo que te voy a manifestar. Siempre que he visto a ciertas personas que cuentan entre sus familias algún sacerdote o alguna religiosa, tu no sabes la envidia que me entra. A tales familias las considero felices, pero muy felices. Esto de tener un hermano y sobre todo un hijo sacerdote o una hija consagrada totalmente a Jesucristo, desposada con Él, para mí es lo más valioso que se pueda dar sobre la tierra. ¿Qué dignidad iguala a la de un simple sacerdote?. Es embajador de Dios, maestro de las gentes y aún más, es su mismo padre espiritual a la vez que también su juez, pero juez cariñoso; él abre y cierra las puertas de los cielos; en fin, el sacerdote es más que Ángel, es otro Cristo.

Figúrate lo dichosa que yo me consideraría, si a mi hijo, ese pedazo de mi corazón, le viese

convertido en otro Cristo. ¡Ah!. Si a esos labios de coral, donde tantos besos he estampado yo, les viera pronunciar algún día palabras divinas que tienen el poder de hacer bajar de los cielos al Rey de Reyes; si yo viera a esas manos, que tantas veces he calentado con las mías, sostener al mismísimo Jesucristo y después dárselo a la muchedumbre, comenzando por su madre, créeme, José, después de todo esto, diría con sumo gozo: Enviadme Señor cuando queráis la muerte, porque ya mis deseos han sido satisfechos y mis oídos han escuchado lo que ansiaban oír y mis ojos han visto lo que anhelaban ver.

—¿Esperas por ventura que Celestino suba las gradas del altar revestido con los ornamentos sagrados?.

—¡Vaya si lo espero!. Y hace mucho tiempo que vengo suplicándoselo a Dios Ntro. Señor y a la Virgen María.

—¿Les habrás pedido también que tu hija se meta monja?.

—Les he rogado que, si no merezco que los dos sean consagrados a Él, por lo menos me concedan la gracia de ver a uno, aunque yo sea indigna de tal dicha; y, como tú has notado, creo que Celestino va a ser el escogido.

—¡Bendito sea Dios y la Virgen que tal gracia nos conceden!. Tan seguro estoy que nuestro hijo tiene vocación, por lo que has dicho, como lo estoy de que le falta a nuestra hija.

Apenas terminada la última frase sintieron que la puerta era abierta por la criada.

—Mi amo, un señor desea hablar con usted.

—¿Dónde está?.

_En la puerta de atrás.

_Dile que pase y acompáñale hasta aquí.

La criada salió. D. José dobló bien el papel, mientras su esposa puso la labor en un cestillo, y se retiró aceleradamente a un cuarto inmediato. En él enrolló la tela, colocó en su lugar los carretes, cubrió el bastidor con la funda, lo dejó sobre un baul y pasó a ver a su hijo. Efectivamente, subió las escaleras, atravesó un salón y se detuvo en la puerta de la habitación de Celestino que la tenía abierta. Le vio recostado sobre la barandilla del balcón mirando allá lejos a través de los montes, como extasiado. Hondamente impresionada Dña. Consuelo dudó si interrumpir o no la abstracción en que se hallaba su hijo. Permaneció perpleja bastante tiempo. Por fin se decidió, y con voz dulce:

_Hijo mío, ¿en qué piensas?.

Cual si hubiera despertado de un profundo sueño, Celestino volvió la cabeza a una y otra parte y sin darse cuenta de la pregunta que le había hecho, interrogó:

_¿Me llaman?.

La madre se dirigió a él y, esforzándose por detener las lágrimas que acudían a sus ojos, le abrazó y estampó en su frente un beso de amor... largo... muy largo.

_Dime, hijo mío, ¿en qué pensabas que tan absorto te tenía?.

_Madre, quiero ser grande, muy grande.

_Y ¿cómo, amor mío, vas a adquirir esa grandeza?.

_Sencillamente, basta que usted y mi padre quieran o a lo menos me permitan serlo.

_No sólo te permitiremos, sino que te ayudaremos en cuanto sea posible y te daremos nuestra bendición, para que te acompañe en cualquier empresa por árdua que sea.

_Jamás he dudado que me la darían mientras fuera para una obra útil y honesta.

_Pero manifiéstame lo que pensabas.

_En nada pensaba, y lo que hacía era escuchar unas voces que me llamaban y me reprochaban y ¡qué voces, madre mía! ¡si usted las oyera!

_¿Qué te decían?

_Me decían,... me decían,... muchas cosas.

_Dime alguna de ellas.

_Que fuese muy bueno y estudiase mucho.

_¿Qué más?

_Que tendría que hacer un viaje.

_¿A dónde? ¿al seminario de Salamanca?

Celestino alzó los ojos y mirando a su madre se echó a llorar.

_Dí, hijo mío, dí ¿quieres ir a ese lugar?. Yo te daré mi bendición para que vayas cuando quieras, lo mismo que ahora te doy un beso.

Con otro beso correspondió Celestino y dijo:

_Madre mía, Jesucristo me llama y quisiera corresponder de cerca.

_¿Por qué habías tenido oculto este llamamiento? ¿pensabas que nosotros no cederíamos gustosos? ¿creías que el mucho amor que te tenemos sería causa de tu detenimiento?. ¿Imaginabas que porque eres único hijo varón no consentiríamos que te apartases de nosotros?. Nunca, vida mía, nunca nos opondremos a tu vocación. Si el señor te llama, obedece a su voz, porque así adquirirás la vida

eterna; y ¿qué otra cosa, hijo mío, pueden desearte tus padres mejor que esta?.

_Madre, no se ofenda usted porque, si antes no lo he manifestado, ha sido por consejo del confesor; y además esperaba que la Stma. Virgen concediera la gracia de la vocación a mi amigo Ángel; así se me había prometido.

_¡Qué dices! ¿Ángel con vocación?. ¿Que se te había prometido?.

_Ni más, ni menos.

_Pero ¿es posible?.

_Para Dios no existen imposibles mientras no haya repugnancia en ello. Escuche:

Celestino relató a su madre el sueño que mis lectores ya saben; y al terminar la narración, Dña. Consuelo lloraba como una niña. Después le contó la entrevista que había tenido con su amigo Ángel y todo lo que en ella pasó.

_Hijo mío, veo que tu vocación es verdadera. Síguela siempre y nunca te arrepientas de ella. El Corazón Eucarístico de Jesús y la Virgen te llaman para ser su Apóstol; quieren servirse de tí como de un instrumento para propagar su reinado. Él te ama y la Virgen Santísima también, hijo mío, hijo mío querido, corresponde a ese amor y no seas ingrato. La ingratitud es el peor de los males.

_¡Jamás!. Madre, espero que jamás, con la ayuda de Dios se marcará en mi frente el nefando sello de la ingratitud. Usted bien sabe que siempre he odiado la ingratitud; y cuando he oído que alguno es ingrato, entonces... usted misma ha visto cómo me he puesto. Preferiría, madre, que la muerte cortase el hilo de mi existencia, antes que se me pudiera reprochar

con la ingratitud. Acaso tendrá que sobrellevar usted muchos defectos de su hijo, pero el de la ingratitud le prometo que jamás; y si me es una cosa tan abominable el ser ingrato para con los hombres ¿cuánto más me será para con Dios?.

—¡Basta, hijo mío, basta!. De sobra te conozco, y sé que tienes un corazón generoso y noble como el de tu padre.

—Y como el de usted también, madre.

Dña. Consuelo se sintió orgullosa de su hijo y le abrazó y retebesó y lanzó al aire mil exclamaciones amorosas de una verdadera y cristiana madre.

—Alguien sube las escaleras, madre.

—Es tu padre que vendrá aquí seguramente.

—¿Le digo que deseo ser sacerdote?.

—Ningún inconveniente hay; como si quieres que se lo diga yo.

—No me negará el permiso, ni tampoco su bendición ¿verdad?.

—De ninguna manera, hijo mío, al contrario, se alegrará mucho, muchísimo, tanto como yo.

—¡Oh, cuántas gracias debo dar a Dios y la Virgen María por haberme dado unos padres tan buenos!.

—Sí, da gracias al Señor y al Santísima Virgen María por haberte dado un padre tan bueno y, sobre todo, por la gracia tan especial que gratuitamente te han otorgado a tí: la vocación sacerdotal.

Por fin llegó D. José y dirigió la palabra a su esposa.

—¿Si supieras la noticia que me ha comunicado ese señor?.

—¿Y si tu supieras la que me ha revelado nuestro

hijo?.

_No me extrañaría tanto.

_Casi estaba por asegurarte que más.

_No te lo creas, mujer.

Dña. Consuelo miró a su hijo y al tiempo que le hacía una caricia exclamó:

_¡Qué! ¿se lo digo a tu padre?.

Adelantándose D. José a su hijo contestó:

_¡Bah! no hace falta. Ya sé que deseas ser sacerdote, ¿verdad, hijo?.

_Sí, padre.

_Pero ignoras otra cosa, esposo mío. -Añadió Dña. Consuelo con alegre insinuación-

_¿Qué?. -Replicó D. José sin dar importancia a lo que pudiera aludir su esposa.

_Que también quiere serlo Ángel.

_¿El de Dña. Remedios?.

_Ese mismo.

Llevándose las manos a la cabeza, exclamó D. José:

_¡Dios mío!. ¡Qué milagro!. Ese que no falta a ninguna fiesta y siempre se lleva la mejor flor; que le ponen al frente de la juventud y es el primero en las fiestas de sociedad, ¡querer ser sacerdote!. Casi no lo creo.

Rápida y sin poder contener su propia emoción contesta Dña. Consuelo:

_Pues no lo creas, el tiempo te convencerá. Y ¿no ves cómo decía yo que te había de extrañar más lo que nuestro hijo había dicho, que lo que habías oído tú a ese señor?.

_Y tú, hijo, ¿cómo has llegado a saber...?.

_Porque me lo ha manifestado él.

_¿De cuándo acá le ha venido la vocación?; pues de seguro que no será desde hace mucho tiempo.

_Antes de ayer me lo manifestó.

_¡Ja, ja!. Hace unos cuantos días le ví pasear en la Alamedilla de Salamanca y ¡vamos! que no iba poco orgulloso con una hermosa... Detrás venían otros amigos con otras, pero ¡ca! ninguno le igualaba a él y ninguna se podía comparar con ella. Al vernos me dijo: ¡Adios!. Y yo le respondí con la sonrisa en los labios; pero ¡vaya, vaya!... ¿Con que ese sacerdote?. ¡Bueno, bueno!... Toca el reloj la una, así que vamos para allá y durante la comida os contaré lo que el forastero me ha manifestado.

Los tres dejaron los asientos y marcharon impregnados de paz y un transfondo de satisfacción y gozo.

Dña. Consuelo, sin que ella lo advirtiera, se encontraba como transformada. Sus ojos, como si destellaran hermosa luz; su rostro irradiaba un halo muy bello e indescriptible. Se hallaba rebosante de alegría. Pensaba que se iban a cumplir algunos de sus grandes anhelos; que se realizarían los móviles principales nada menos que de su aceptación para su propio matrimonio: tener hijos consagrados a Dios, a María Santísima y a la salvación del hombre. ¡Cuántas y cotidianas oraciones y no menos sacrificios!. Dña. Consuelo estaba firmemente convencida de haber sido escuchada y atendida: El Sagrado Corazón de Jesús ha elegido y llamado para el sacerdocio a Celestino... ¿Su hijo Celestino Sacerdote?... ¡Qué inmenso gozo!... ¿Semejante al de Ana la madre del profeta Samuel?... ¿Cómo el de Isabel madre del Bautista y prima de la Santísima Virgen María?...¿Parecido al de los

apóstoles elegidos también por Jesucristo?... ¡Su hijo Celestino con vocación de sacerdote!... Dña. Consuelo estaba inundada de felicidad...



Dña. Consuelo Guevara Moreno, recién casada.
Foto histórica de archivo.

CAPÍTULO IV

El banquete con los criados¹

¹.- N. de la R. Téngase en cuenta las costumbres sociales de la época, 1.935.



Al terminar de bajar D. José, Dña. Consuelo y Celestino las escaleras, la criada les salió al paso y les dijo:

_Acaba de llegar un criado de Dña. Remedios con el encargo de si puede ir a comer con Ángel, aquí, el señorito Celestino.

Y con gracioso ademán señaló a Celestino, quien a su vez se dirigió a sus padres.

_Es verdad, se me había olvidado decirles que ayer prometí a mi amigo acompañarle a la comida, si ustedes me daban permiso.

_Ya podías dejarlo para otro día, de lo contrario te vas a quedar sin escuchar lo que me dijo ese señor.

_¿Es algo interesante para mí?.

_Tanto como interesante, no; pero te agradará mucho.

_Entonces, prefiero el gusto de estar con mi amigo Ángel, si ustedes me dejan; porque, como se ha ido su madre a Salamanca, está solo él. Además, puede usted contárselo a mi madre; y ella que le diga lo que yo le he manifestado sobre la vocación de mi amigo Ángel y la mía.

_Has dicho bien, hijo mío, -indicó la madre- y por mi parte ya tienes el permiso.

_Yo, para no ser menos que tu madre, te concedo el mío; así que prepárate y vete; no le hagas esperar.

Dña. Consuelo dijo a la sirvienta:

_Dile al criado que aguarde un poquito.

Celestino dió aceleradamente media vuelta, y subiendo los peldaños de las escaleras de dos en dos, inmediatamente se plantó en su cuarto; quitóse el guardapolvos, se puso la chaqueta, pasó el peine con rapidez unas cuantas veces por sus hermosos cabellos y en un periquete se presentó delante de sus padres.

_¡Pero, chico! ni aunque te hubiesen puesto una máquina eléctrica hubieras corrido tanto. -Afirmó con buen humor D. José-

_¡Qué! - rápido y sonriente replicó Celestino- ¿no estoy bien preparado?.

_Sí, hijo mío, ya puedes marchar. -Dijo la madre-

_Y que lo pases bien. -Añadió el padre-

Y Celestino preguntó:

_¿A qué hora vengo?.

_A la que quieras; -respondió D. José-

_Está bien. ¡Adios!.

_¡Adios!. -Contestaron al unísono los padres-

Más alegre que unas pascuas salió Celestino en compañía de Andrés. Tenía que comunicar a Ángel sus gratas impresiones y hacerle saber que había obtenido lo que tanto deseaba. En esto había pensado cuando respondió a su padre que sentiría más satisfacción acompañando a su amigo Ángel. Y siempre comunicativo y simpático empezó a dialogar con el no

menos simpático y comunicativo Andrés. Preguntó Celestino:

_¿Qué tal ha amanecido el día para Ángel?.

_¡Estupendo!. Hoy no nos ha dejado ir a trabajar y nos ha dicho que nos entretengamos en limpiar algo por casa, porque nos quiere dar una comida un poco más especial de lo común.

_¿A qué obedece eso?.

_Porque es la primera vez que habías de comer tú con él solo. A nosotros nos ha extrañado mucho; y el señor Máximo, que es el criado más anciano, le ha dicho que no le gustaría a Dña. Remedios que hiciera ésto; pero él, con mucha sal y salero, le ha contestado que ahora es el amo de casa; y que cuando venga su madre ya se lo dirá, y que tenga paciencia, si no le parece bien, ¡recórcholis!.

No pudo menos de reirse Celestino y agradándole la manera de hablar de Andrés le dijo:

_Y ¿qué te parece? ¿hará eso porque voy yo o por algún otro motivo?.

_Por todo será, señorito. Ángel ahora es el señor de la casa y no me toca a mí el preguntarle nada, ¡recórcholis!.

_No te he dicho si le has preguntado; sino tu parecer.

_Pues te lo diré. ¡Recórcholis!: Me parece a mí, que es porque hace una semana que estaba muy triste y ahora no sé por qué está muy alegre.

Con tanta gracia dijo Andrés ésto, que Celestino soltó una estrepitosa carcajada:

-¡Ja, ja, ja!. ¡Poderosa razón!.

Así continuaron con alegre charla hasta llegar a la puerta de la casa de Ángel, el cual, al oír las voces

y risas sonoras tanto de Celestino como de Andrés, salió a recibirlos.

_Pero hombre, Celestino, ¿cómo te ríes tanto?.

_No puedo menos, Ángel.

_Es por lo que he dicho yo. -Replicó Andrés-.

Ángel, sonriente y satisfecho, respondió:

_Tú siempre eres el mismo: gracioso como tú solo. ¡Anda! vete a ver si está ya la comida.

Andrés se fué muy risueño; y los dos amigos se dirigieron al comedor chico; mas no en silencio, porque, bien pronto, preguntó Ángel a Celestino a la vez que le daba unos golpecitos amistosos en el hombro:

_¡Qué!. ¿Ya se lo has dicho a tus padres?.

_Sí, Ángel, y me ha resultado lo mejor que se puede imaginar.

_¡Me alegro muchísimo! y te doy la enhorabuena por ello.

_Lo que casi, casi sucede es que no vengo.

_Pues ¡chico! me hubieses dejado en mal lugar. Les había dicho a los criados que hoy comeríamos los dos juntos.

_Ya estoy enterado de todo.

_¡Bueno! vamos a prisa, que antes de comer quiero que me cuentes cómo te arreglaste para decirles a tus padres que quieres ser sacerdote.

Apenas se habían sentado, cuando llegó el simpático Andrés.

_Señorito, ya está la comida. Me dice la criada que ¿si comen en este comedor o en el otro?.

Ángel se quedó un poco pensativo y como dudase preguntó a su amigo:

_¿Dónde quieres, aquí o allí?.

_Yo quisiera... Y miró de tal modo a su amigo Angel, que éste comprendió la prudencia de su amigo Celestino; por eso sin explicaciones y con sólo un ademán indicó a Andrés que se retirase, el cual inmediatamente salió y cerró la puerta. Entonces Celestino habló:

_Ángel, sé que los criados hoy tendrán una comida especial, si no te parece mal, comeremos con ellos. Este será el primer acto que harás movido por la vocación, y ten por cierto que agradaremos mucho al Señor y nos haremos dignos de otras gracias. Además que...

_No continúes, basta con lo que has dicho.

Y Ángel llamó:

_¡Andrés!

_Aquí estoy, señorito.

_¿Has oído algo?.

_He oído, pero no he entendió náa.

_Pues entiende bien lo que voy a decir: A la 1 y 20 minutos que esté puesta la mesa en el comedor grande con servicios de plata para todos los criados, y lo mismo para nosotros dos, pues hoy comeremos con vosotros. Adornaréis el comedor con flores como si hubiese una fiesta. Y ahora vete a mi cuarto, coge una pastilla de jabón de olor, y con ella os lavaréis bien las manos; y a poneros después un poco decentes.

_¡Recórcholis! ¿os queréis burlar de nosotros?. Mirad que no es tan fácil como paice poner cascabeles a los gatos.

_Déjate de gatos y gatas, y cumple mis órdenes, que va todo en serio. La razón ya la sabrás. Así que ¡hala! ¡pronto!

Más que aprisa marchó Andrés a comunicar a sus compañeros lo que el amo disponía. Todos se pusieron en movimiento, unos con unas cosas y otros con otras; mientras tanto Celestino relató a su amigo el episodio de él y sus padres. Ángel estuvo pendiente de sus labios y al final, emocionado, se expresó:

_Dios quiera que me suceda a mí lo mismo... pero ¡Ay! y no sé cómo se me ha metido en la cabeza que mi madre se ha de oponer terriblemente...

_No pienses en eso. Ya verás; cuando venga y le digas que también yo deseo ser sacerdote...

_¡Ójala, sucediera así!. Pero ¡bien la conozco yo!, Celestino.

_¡Bah! como que, si Dios quiere, no vas a llegar a ser sacerdote...

_Se puede llegar al término de muchas maneras, si no es cómodamente y con facilidad, será con mucha dificultad y removidos infinitos obstáculos.

De sopetón presentóse Andrés, medio sofocado, delante de su amo. Y les interrumpió:

_Señorito, está too preparao.

_¿Cómo sudas tanto?.

_¡Ya ves! he tenido que hacer ¡recórcholis! tantísimas cosas...

_Pues vamos para allá.

Se retiró a un lado Andrés para dejar paso a los señoritos y luego les siguió.

Ante la puerta del comedor grande los criados aguardaban en dos filas encabezadas por los más antiguos. Ángel les indicó que entrasen. Él y Celestino fueron detrás.

Ya estaban alrededor de la mesa, cuando notó Ángel que las sillas eran las que usaban

cotidianamente.

—¿Quién ha traído aquí esas sillas?.

—Señorito, las traje yo para que no rompiéramos las bonitas del comedor.

Contestó lleno de vergüenza un mozo que había entrado hacía poco tiempo de gañán.

En tono suave y sonriente, les indicó Angel:

—Retiradlas a un lado, y coged esas otras que están detrás.

Cada uno retiró la suya y cogiendo otra se colocaron de nuevo en pie junto a la mesa.

Ángel rezó luego un Padre nuestro y echó la bendición.

Acto seguido se sentaron. Ángel y Celestino en preciosos sillones, y el anciano Máximo al lado de Celestino y el famoso Andrés al de su amo; seguidos los demás. Casi todos estaban medio avergonzados y ninguno hablaba. Ángel entonces tomó la palabra.

—No tenéis por qué avergonzaros. Quiero que comáis bien y no tengáis ningún reparo, porque esté entre nosotros mi amigo Celestino; es de suma confianza, y no se extrañará de nada. No creáis que os he mandado reunir aquí por un mero capricho o para burlarnos de vosotros. ¡Nada de eso!. Las razones ya las sabréis al final de la comida.

Unos cuantos, cada uno en su tono y a la vez, asintieron con una fuerte exclamación:

—¡Muy bien!.

Mientras tanto una de las criadas había colocado ya en la mesa una media fuente de paella delante de los señoritos. Estos se sirvieron y se la pasaron después al señor Máximo. Cuando éste se sirvió, ya se habían comenzado otras medias fuentes

por los extremos opuestos. Bien pronto se llenaron los vasos de vino generoso y a medida que se bebía, aumentaba el entusiasmo, la alegría y la verborrea. El anciano Máximo era el único que seguía tan serio como al principio. Lo advirtió Celestino y conmovido, entre frases de broma y aliento le ofreció al señor Máximo -así se le nombraba tanto por los amos como por los compañeros debido al respeto que su edad imponía- un vaso de vino que el anciano agradeció y, como estaba acostumbrado a tomarse su pinta, se lo empinó sin respirar. El cambio fue radical; y ya alegrete, sonriente y gracioso exclamó:

_Señorito, ven muchas veces y ponte o ponme siempre a tu lado.

Mirándose mutuamente Celestino y Ángel, echáronse a reír y continuaron su conversación.

Los platos se sucedían, las botellas de vino se renovaban, la alegría y el entusiasmo eran ya casi exorbitantes, aunque no se habían puesto chispas, ni mucho menos, con todo, los más jóvenes no estaban completamente en sus cabales; así que ninguno quería escuchar y todos, a medio grito para hacerse entender:

_¡Oye Bartolo! ten cuidadito con la pinta que te vas a pasar de rosca...

_¡Andrés!. Echa un chiste de los muchos que sabes.

_¡Roque! ¡ja, ja, ja!

_Más valiera que te tapases esa boca con un puñado de paja.

_Qué dices tú, ¡canario!

_Jamás te he visto tan elocuente, Diego...

_¡Muchacha! ¿qué haces?.

_Andrés, que vas a ver las cosas al revés...

_Recórcholis ¡Dositeo! mira, que muy bien te veo...

_¡Por vida mía! que este gallo ya no me fastidia durante la noche con sus muchos quiquiriquíes. ¡Canastos!...

_¡Oiga, Sr. Máximo!. Hoy se le van a volver las canas muy rubias...

_¡Aprovéchate!, chacho, que me paice que nunca encontrarás una ocasión como esta...

_Lo que es, un bozal te debieran poner en el hocico...

_Hoy Ángel se ha mostrado espléndido...

_Yo no adivino por qué ha hecho esto ¿lo adivinas tú?...

_Que se va a ofender la chacha, no la mires Roque...

_¡Recórcholis, recórcholis!. Hoy hasta los gatos gastan zapatos...

_Chacho ¿qué haces?.

_¿No te da vergüenza?.

_Pero... ¡si está llorando!...

_¡Es bonito esto!. ¡Qué cosa más rara!.

_Deja las lágrimas para cuando te mueras chacho.

_Señorito, mía qué pucheritos hace aquel.

Tan ensimismados hablaban los dos amigos de sus futuros planes, que no se daban cuenta de los que decían y hacían los criados; por lo que Andrés dió un golpecito a su amo para llamarle la atención, y volvió a repetir:

_Mia, señorito, qué pucheritos hace Perico.

_¿Por qué llora? -preguntó Ángel admirado-.

_¡Recórcholis! no se náa, ni lo puedo adivinar.

¿Reventar?. No ha reventao... ¡Recórcholis!

Ángel, cual si hubiera sacado los registros todos de sus pulmones, dejó oír su voz potente y sonora:

—¿Qué te pasa, Pedro?. ¿Te ha sucedido algo?.

Al oír la voz del señorito todos callaron y Pedro contestó lloriqueando:

—Que he comío tanto, que ya no puedo meter este plato que es el más rico y el que más me gusta.

Tan estrepitosa carcajada soltaron todos que medio asustadas las cocineras corrieron allá, a ver lo que sucedía; y encontraron, que, a excepción de Pedro, todos se reían a más no poder, y que Roque, cual si le hubiera dado un ataque de risa, se retorció y revolvía en el suelo; al viejo Máximo le salían las lágrimas como a un niño; Andrés hacía mil jeroglíficos con la cuchara en la mano; Bartolomé, por haberle cogido la gracia en el momento de echar agua, había tirado la jarra; a Diego se le había caído de entre las manos el vaso de vino y se había hecho trizas; la muchacha habíase ido riendo a un cuarto inmediato; mas dejó por el suelo una media fuente hecha añicos; en fin, las cocineras solamente hallaron serio o dicho mejor, triste, pálido y tieso como una vela a Pedro, que más bien parecía una estatua del dios Baco presidiendo las grotescas fiestas de los paganos. Las cocineras juzgaron, quizá injustamente, que estaban medio beodos; y se volvieron escandalizadas, haciéndose cruces y criticando al señorito Ángel como reo de semejante desbarajuste.

Pasado un buen rato, algunos de los criados fueron serenándose; mas otros continuaban con la algazara sin visos de terminar, por lo que Ángel, aunque sonriente, llamó la atención:

_¡Bueno, bueno!.¡Basta, basta ya!. Vamos a dar gracias a Dios por la comida; y mientras las chicas limpian esto, pasaremos al salón y oiremos música interesante que nos proporcionará el fonógrafo. Luego volveremos al comedor para saborear unos dulces y tomar el café.

Dicho y hecho. Una breve y amorosa plegaria de agradecimiento a Dios nuestro Señor y a nuestra Madre celestial la Virgen María; y... ¡Todos al salón!

Ya en el lujoso salón y ocupadas las bellas y cómodas sillas, continuaron las bromas; alguna de ellas un tanto pesadas y mortificantes, como la de Andrés:

_¡Recórcholis, recórcholis, Perico!. ¡Mira que te luciste!. Creía yo que eras más listo; pero ahora veo que te diferencias poco de un borrico.

_¡Caracoles!.-Intervino Diego-. Me parece que no es tan borrico, cuando se arregló para que nosotros no comiéramos más, porque él tampoco podía hacerlo.

_¡Oye!.¡Qué diantres!. ¡Viva la Pepa!. ¿No crees?...

No continuó el criado Pablo, porque el señorito Ángel, observando el cariz que iba tomando el ambiente, se puso en pie, y con un ademán, el rostro y una mirada de mando se dirigió a los súbditos. Estos inmediatamente guardaron silencio y se pusieron en plan de escucha. El señorito Ángel afablemente les dijo:

_No está bien que se repitan escenas como la anterior. Os pido que hoy no se hable más de ésto. Y tú, Andrés, avisa que las sirvientas limpien el comedor y preparen unos dulces y el café: pero, ¡cuidadito!, sin

paliqne de lo acontecido.

_¡Señorito, señorito!. Ya no queremos comer más. -Exclamaron unos cuantos a la vez, como si se hubieran puesto de acuerdo. A lo que replicó Ángel:

_Pues, entonces... ¿qué deseáis?.

_Un cigarrillo; y nos basta.

Salió Ángel del salón, fué a la caja del dinero, cogió, volvió y con una seña es llamado Andrés. Este acude inmediatamente.

_Ten este dinero. Después del aviso a las sirvientas, te vas a comprar unas cajetillas de cigarros. Que haya una para cada uno de vosotros e igualmente unos puros de los buenos y no te detengas por ahí. Ven enseguida.

Andrés guardó el dinero y marchó.

Ángel escogió diversos discos y se los daba a Celestino, el cual los ponía en el gramófono.

Cuando volvió Andrés, nada más entrar, oyó la canción de una jota y en seguida, muy alegre, se dirigió a sus compañeros:

_¡Recórcholis, chachos!. ¿Qué hacéis que no os ponéis a bailar?.

_¡Cállate, diantre!. No vengas a alborotar. Le reprochó el anciano Máximo.

Andrés no se molestó por la advertencia del Sr. Máximo; y se dirigió a su amo:

_Ya estoy aquí, señorito.

_Reparte un puro a cada uno, pero dáselo en silencio; y deja aquí las cajetillas. Procura no interrumpir la música.

Colocado el paquete de las cajetillas donde se le había mandado, y devuelto el dinero sobrante a su amo, repartió los puros, y se fue luego muy

campechano cerca de su señor. Se sentó de lado, comenzó a mirar a una y otra parte; guiñaba a unos y hacía graciosas muecas a otros como si le importara un bledo toda la música y todos los discursos del fonógrafo.

Como sacara Ángel su reloj de bolsillo y viera que iban a dar las cuatro, dió la placa de los Suspiros de España a Celestino para que la pusiera, en tanto que colocaba él las demás en el mismo orden que estaban al principio. Terminada la pieza iba a meter el disco en la caja, cuando he aquí que se le antojó a Roque que se repitiera.

Ángel accedió gustoso; pero dijo:

_Será lo último, porque después me toca hablar a mí.

Se volvió a poner la placa en el disco y al terminar la aguja de recorrer su trayecto, Andrés dio un salto e insinuó:

_¡Recórcholis! ya se podía haber terminado hace media hora. Casi doy yo también el último suspiro por estar tan aburrido. Y se dirigió a la puerta, pero Ángel le echó el alto.

_¡Oye, Andrés! ¿a dónde vas?.

_A llamar a las criadas pa que vengan a escucharte a tí ¡recórcholis!. ¿Acaso no lo haces tú mejor que ese bicho?. Y señaló al gramófono.

_No, hace falta que llames a las sirvientas: ven, ven para acá y siéntate.

Todos miraban a su amo, el cual cerrada la caja de los discos y envuelto el aparato, se expresó de esta manera:

_Sin duda alguna que por vuestra mente habrán pasado un sin número de pensamientos acerca del acto

que esta tarde se ha verificado. Algunos lo habréis juzgado como estupendo; otros, lo contrario: una imprudencia; pero sea esto como quiera, lo que he hecho, ha sido obrado con toda conciencia y no por ostentación, sino por vuestro buen servicio en esta casa. Os doy las gracias por todo ello, y os ruego que en el tiempo que ha de faltar mi madre, que será un mes, os portéis como si ella estuviera, y aún mejor, si se puede. Quiero que no venga el desorden, y que los ganados no adelgacen, sino que engorden, aunque se tenga que gastar más. Que pueda decir mi madre cuando los vea: "Así me gusta". Otra de las razones por las que os he convidado a comer con nosotros dos, es, porque seguramente no tendré ocasión de volverlo a hacer; pues, si el Señor lo permite, probablemente os dejaré pronto y ¿será para siempre?. No lo sé.

Un murmullo se levantó y Andrés, con ímpetu, le interrumpió:

_¡Recórcholis!. ¡Señorito! ¿a dónde te vas a ir?.

_Ya lo sabréis.

_¡Caracoles! ¿y cuándo te vas a marchar?. -

Interrogó Dositeo-.

_Como puede ser dentro de tres meses, también puede pasar un año, es decir, que ni yo mismo sé cuando. Y no andéis indagando, porque perderéis el tiempo, y sin ningún resultado. Finalmente, otro de los motivos del convite es, como ya sabéis, por haber sido la primera vez que Celestino y yo comemos juntos en mi casa. Con esto he terminado.

A todos hicieron impacto las palabras de Ángel; sobre todo las frases: "...Que los dejaría... quizá tres meses... un año... para siempre..." En sus cabezas comenzaron las cavilaciones. Y unos, pensativos y en

silencio; otros con cierto susurro y todos bastante impresionados, como se reflejaba en los distintos aspectos del rostro, y con muy diversas frases de agradecimiento, cada uno se acercó, recibió la cajetilla de cigarros y, a la vez, un efusivo apretón de manos de Ángel y Celestino. Y cada cual se fué a su faena.

También las sirvientas recibieron una generosa y adecuada propina.

Los últimos que salieron del hermoso y amplio salón fueron los dos amigos, Angel y Celestino, que, muy satisfechos, se fueron a dar un paseo.

CAPÍTULO V

La Marquesita Avelina



Se encontraba Dña. Remedios en el Liceo de Salamanca. Hablaba con una amiga suya del hermoso paisaje que rodea al pueblo X... La butaca inmediata la ocupaba una joven por ella desconocida, pero muy bella y elegante, la cual, con un gesto gracioso y cortés, a media voz interrumpió a Dña. Remedios:

-Perdone, señora. ¿Me permite hablarles?.

En seguida Dña. Remedios, con no menos delicadeza, la animó:

_Diga, señorita, diga sin reparo.

_Les he oído mencionar al pueblo X...; pues yo conozco a un joven de esa localidad que es de una familia ilustre y muy apreciada por todos los vecinos debido a los muchos favores que les hace.

_¿Se llama Celestino?.

_¡No!. Ese es un amigo suyo; según me lo manifestó Ángel, que es el nombre del chico de quien hablo a usted. Por más señas le diré que Ángel es un gallardo joven, que por su altura y grueses aparente frisar los veinte años y solamente tiene diecisiete, según testimonio de él mismo. Su cabello es negro y enrizado; sus ojos azules y su faz redondeada.

A Dña. Remedios su corazón de madre se le

aceleraba; pero supo dominar sus sentimientos, disimuló y dejó que la hermosa joven continuara muy animada con la reseña:

_Ángel es de alma grande y de corazón noble y generoso sin que le falten además las cualidades de ser bravo, intrépido y valiente como todo buen salmantino. Señora, creo que con lo expuesto, se dará usted cuenta al joven que me refiero.

Dña. Remedios pensó que la joven estaba enamorada de Ángel y se contuvo para elogiar también a su hijo y con aparente indiferencia contestó:

_Sí, bien conozco a ese joven; no tiene padre y su madre se llama Remedios.

_Cabalmente. El mismo.-Afirmó la joven-.

_Tiene además un hermano que estudia en Madrid y espera finalizar este año con el doctorado en jurisprudencia.

_Aunque he hablado bastante con Ángel, no me ha mentado particularidades de su hermano.

Dña. Remedios, tras dudar si darse a conocer, optó por seguir adelante en su investigación; por esto su ofrecimiento:

_Mañana, Dios mediante, iré al pueblo de Ángel, si usted o su familia desea algo para él, me pongo a disposición de ustedes.

_Muchas gracias por su atención; pero mi familia no conoce a Ángel y yo desde la fiesta de San Blas, que me lo presentó una amiga.

_Y ¿no se han vuelto a ver?. -Preguntó Dña. Remedios-.

_Sí. Ya unas cuantas veces. La última, alrededor de un mes y medio.

Al llegar aquí la conversación, una de las amigas de la joven la llamó la atención con un golpecito y guiño del ojo izquierdo y comenzó a hablar con ella: así evitó que aquella desconocida preguntase cosas que nada le importaban, según les parecía a ellas. La joven se dió cuenta de la declaración que había hecho; y no volvió a hablar más con Dña. Remedios. Esta enseguida lo observó y se dijo para sus adentros:

_Pero ¿quién podrá ser esta joven?. Mira que se expresaba bien al hablar de mi hijo. Parecía hacerle un retrato... Y el haber cogido entrada de butaca demuestra, que ella y sus dos compañeras disponen de dinero...¿Cómo indagaré quién es esta joven?...¡Ya!. Al salir, me despediré de ella y le ofreceré mi esquila, y ella, como bien educada, me entregará la suya. Pero ¡qué boba soy!. Si se la entrego, me descubro... Aunque ¡no!. Se la entregaré al tiempo de subir ella en el coche; pues sin duda que poseerá alguno, y si veo que no monta en ninguno, la invitaré a que se venga con sus amigas al mío.

De esta manera la mente de Dña. Remedios revoloteaba alrededor de la joven hasta que se terminó la película.

La gente comenzó a salir y lo mismo la linda joven con sus dos amigas a las que siguieron detrás Dña. Remedios y su compañera Micaela. Todo sucedió como había pensado la madre de Angel. Al tiempo de subir la joven en un automóvil magnífico, la llamó la atención Dña. Remedios muy afablemente:

_Señorita, dígnese recibir esta esquila.

Nerviosa la joven por tanto barullo y la distinción de aquella señora cogió la tarjeta y la guardó, sin leerla, en su lujoso cabás del que sacó una

de las suyas y se la dió a la vez que ambas, sonrientes, y con un mútuo, rapidísimo y mero: ¡Adiós, adiós!, se despidieron.

Dña. Remedios se dirigió a su automóvil con la señora que la acompañaba. Ya acomodadas, el chófer puso en marcha el coche, la madre de Ángel sacó con mucha curiosidad la esquila de la joven y al leerla exclamó:

—Ya me parecía, Micaela, que aquella señorita debía de ser hija de algún noble de España, pues ¿sabes quién es?

—¿Cómo voy adivinarlo?

—Pues mira, Micaela, y oye: "Avelina XX hija única de los marqueses X". Ciertamente que he recibido una sorpresa, pero menuda se la llevará ella cuando lea mi esquila.

Habían llegado a casa, que se encontraba no muy distante del Liceo, y durante la cena se comentó el caso; caso y comentarios sobre los que, poco después, Dña. Remedios recapacitaba, ya en la cama, hasta que el sueño vino a cubrirla con su plácidas alas. La noche pasó. Los relojes anunciaban ya las ocho de la mañana. Nuestra preocupada señora, todavía acostada, soñaba, soñaba en su querido hijo Angel. Le veía hecho un marqués y ella, gozosa, asistía a la boda... ¡Cuán distintos eran los sueños de él!

A las ocho y media un reloj despertador desvaneció todos los sueños a Dña. Remedios, quien, al darse cuenta del lugar en que estaba, exclamó:

—¡Bah!. ¡Todo ha sido un sueño!

Sí, un sueño había sido; pero un sueño que había dejado bien marcadas las huellas en el espíritu de Dña. Remedios, y por su causa había de

padecer y sufrir tanto su hijo Ángel.

Ya vestida y bien arreglada mandó a una criada que la acompañara a la Capilla del Cristo de los Milagros. Allí oyó misa y comulgó, y a las diez menos cuarto se encontraba de nuevo en casa. Mientras que desayunó y preparó algunas cosas para llevar, el chófer había dispuesto el coche y fue a comunicárselo:

_Señora, cuando desee, podemos salir.

_¿Qué hora es?. -Preguntó el ama-

_Las diez y cuarto. -Respondió el chófer-.



*Torre del Ayuntamiento de Montejo.
Foto histórica de archivo.*

_Dile a la criada, que meta esas cestas en el coche mientras yo vengo, que será enseguida.

Cuando volvió, ya se había ejecutado su mandato; ella entonces subió al automóvil y detrás una sirvienta que siempre la acompañaba. El coche se puso en movimiento y a las doce menos cuarto, que tocaba el reloj de la torre del pueblo X, se paraba enfrente de la casa que más bien parecía un palacio por la suntuosidad del edificio y por su galanura y lujo en el mueblaje.

Ángel y Celestino que la esperaban, la ayudaron a bajar del coche. Besó y abrazó a su hijo y, después de saludar a Celestino y preguntar por su familia, se fue a sus habitaciones. Celestino se despidió de su amigo con el pretexto de tenerse que marchar a comer.

_¡Adiós, Ángel!. Y ten cuidado de manifestar nada por hoy a tu madre.

_¡Adios, Celestino!. No dejes de venir a la tarde.

_¡Bueno! y dile a tu madre que quizás vendrán conmigo mis padres. ¡Adios!.

_¡Adios, adios!. -Contestó Ángel, quien luego se fué a la habitación donde estaba su madre-.

_¿Ya terminó usted?.

_Sí, hijo mío, entra.

Ángel entró y se dirigió a su madre que le volvió a abrazar y besar de nuevo al par que le decía:

_¡Cuánto tiempo hacía que no te veía, hijo mío!. Y ¿qué tal lo has pasado por aquí?.

_Muy bien, gracias a Dios. No ha sucedido nada de particular. Los criados se han portado excelentemente y todas las cosas de casa, como ha

de ver, las encontrará en el mismo orden que las dejó usted.

_Pues yo en Salamanca estuve con tus tíos y me dieron muchos recuerdos para tí. También hablé en el Liceo con una señorita que antes no la conocía y es muy afable y muy buena.

_Vaya una cosa que me dice usted.

_Para tí bien interesante que es.

_¿Para mí?. Absolutamente nada.

_Porque no sabes quien es.

_Aunque sea la que usted quiera.

Desconcertada quedó Dña. Remedios con semejante respuesta; para disimularlo, contestó con cierta ironía:

_¡Vamos, vamos! hijo mío, me hablas así para que te diga quién es. ¿Eh?.

_Nada de eso, madre mía, hablo según lo siento.

_¡Bueno, bueno!. ¿No sabes, hijo mío, que la experiencia es la madre de la ciencia?. Ya que no te atreves a preguntarme, te lo manifestaré.

Abrió un cajoncito, sacó la esquila, se la entregó a su hijo; pero éste se negó a recibirla, y, con cierto desdén, se excusó:

_La puede usted guardar. Ya le he dicho que no me interesa nada el saber quién es aquella joven.

_Te mando que la cojas y la leas.-Replicó la madre con ímpetu-.

_Por obedecer y complacerla a usted, la leeré.

Al leerla, se puso completamente encarnado, cual si toda la sangre de su corazón se le hubiera venido al rostro; mas con todo, exclamó con cierta indiferencia:

_¡Para usted será muy importante esta señorita!.

_¡No!. Más lo es para tí. ¡Anda! que más de dos veces has hablado con ella, y la primera fué el día de San Blas.

_Todo, madre mía, pasó, como pasó el día de ayer y se ha desvanecido, como se desvanece el humo a merced del viento.

Pasmada se quedó Dña. Remedios. Comprendió Ángel el estado de su madre; pero... ¡tal para cual!... y prosiguió:

_Mi corazón no ha de ser para esa joven, como quizás a usted y tal vez a ella se les haya pasado por la mente. Yo aspiro a muchísimo más que a eso; y, a la corta o a la larga, espero alcanzarlo.

_Dime, hijo mío. ¿A qué aspiras? -preguntó, en tono humilde y suplicante, Dña. Remedios-.

_Madre mía, si le revelo esto ahora, creo que no me comprendería bien, por eso le ruego que se dé por satisfecha y no trace planes que ciertamente no se han de verificar.

. _Bastante sabes tú qué planes he formado yo.

_No se necesita tener vista de lince, para conocerlos. Los ha manifestado usted con sus gestos y palabras.

De improviso se presentó un criado y cortó el diálogo de madre e hijo.

_Señora, un pobre fraile acaba de llegar a la puerta, pidiendo. He querido darle un pedazo de pan, pero con mucha cortesía me ha contestado que solo mendiga especies que pueda llevar al convento.

_¿De qué orden es?. -Preguntó Dña. Remedios-.

_No lo sé; solo conozco a los Jesuitas y éste no

debe ser, porque viste con mucha austeridad y tiene barba.

_Pues vamos a verle nosotros.-Dijo Dña. Remedios a su hijo-.

Cuando llegaron a la puerta, se encontraron con un fraile de mediana estatura y barbas plateadas, vestido con tosco sayal y capucho a las espaldas, un cordón de lana a la cintura del que colgaba un rosario, su cabeza la traía descubierta y sus pies igualmente estaban al aire defendidos por unas simples sandalias; su rostro era apacible y sus miradas estaban impregnadas de ternura.

_¿Cómo están ustedes?... -Saludó primero el fraile.-

_¡Bien gracias a Dios!. ¿Y usted?.

_¡Bien a Dios gracias!.

_¿Qué desea usted?-Interrogó Dña. Remedios-.

Ángel mientras tanto miraba y remiraba al religioso, admiraba su vestido, sus miradas, sus palabras y todo su porte. Y como viera que la conversación se prolongaba y su madre se olvidaba de indagar a qué orden pertenecía aprovechó un momento de silencio para hablarle él.

_Perdóneme que le pregunte de qué orden es usted.

_No puede perdonar, quien no ha recibido ninguna ofensa, y siento sumo gusto en decirle que pertenezco a los Capuchinos y que estoy en la fraternidad del convento de Salamanca.

_¿A qué se dedican ustedes?.-Interrogó Dña. Remedios-.

_Nosotros a la oración y predicación y también tenemos misioneros en tierras de infieles.

_En ¿qué parte del globo?. -Preguntó Ángel-

_Los Capuchinos están esparcidos por todo el mundo. Nosotros, los de la provincia de Castilla, poseemos misión en Cuba y Venezuela.

_Nadie querrá ir, porque he oído que los indios son antropófagos.

_Sí, Señora, hay muchos que desean marchar y ellos mismos, sin aguardar a que los Superiores los manden, lo solicitan. Y eso que usted ha oído de los indios, no es del todo cierto, porque existen indios y son la mayoría que de ninguna manera comen carne



— *Misioneros Capuchinos en la imposición del crucifijo de misiones.* —

humana. Únicamente en una región es donde existen esos antropófagos y no crea usted que son muchos.

_Mayor enemigo que los antropófagos deben ser los protestantes para el misionero católico. - Contestó Ángel-.

_Así creo yo también, aunque no todos dirán lo mismo. -Asintió afablemente el religioso-.

Dña. Remedios con un gesto autoritario a la vez que con una sonrisa.

_¡Bueno!. Aquí nos cansaremos de estar de pie. Haga usted el favor de pasar y quede con mi hijo mientras vengo yo.

Dicho ésto, dió media vuelta y desapareció por unas escaleras. Ángel condujo al fraile al recibidor y ya sentados interrogó:

_¿Es usted, sacerdote?. Porque, si lo es, quiero comunicarle una cosa.

_Sacerdote no lo soy, pero, con todo, si puedo servirle en algo, estoy a su disposición. También en la Orden Capuchina tenemos religiosos sacerdotes. En nuestro convento de Salamanca se encuentran unos siete sacerdotes Capuchinos.

Como en Salamanca había tantos curas y tantos religiosos de varias órdenes y diversos institutos, de no ser por un motivo especial, ni llamaban la atención, ni sobresalían tanto para fijarse en ellos. Por ésto no hay que estrañarse que Ángel preguntase.

_¿Entran en la orden con la carrera de sacerdotes ya terminada?.

_Algunos sí; pero la mayoría desde niños se educan y estudian humanidades y lengua latina y otros idiomas en un Colegio que tenemos con ese fin. Después pasan al Sto. Noviciado y, si se encuentran con fuerzas para abrazar nuestra regla y legislación, profesan y quedan admitidos en la Orden Capuchina.

Luego, en otro Colegio cursan los estudios filosóficos y en otro Seminario los teológicos, el Derecho Canónico y otras asignaturas y concluida toda la carrera Eclesiástica son ordenados sacerdotes por el Señor Obispo.

_¿Están los tres colegios en el mismo lugar?.

_¡No!. El de los niños se encuentra en El Pardo, cerca de Madrid; el de los filósofos está situado en la misma orilla del mar en un lugar de la provincia de Santander, que se llama Montehano. Está rodeado por paisajes preciosísimos. Y el Colegio de los teólogos está casi a las afueras de la misma capital de León.

Ángel preguntó con muchísimo interés otras mil menudencias que ponían al pobre fraile en la precisión de no contestar algunas veces, y otras le llenaban de admiración, hasta tal punto que no pudo contenerse y por fin dijo en tono chistoso:

_Señorito, ¿trata acaso de meterse Capuchino?.

Porque supongo que usted no es policía.

_No sería muy extraño lo primero, y perdóneme usted si le he molestado con tanta pregunta en tan poco tiempo.

Con unos billetes de pesetas en la mano se presentó Dña. Remedios delante del pobre fraile.

_Reciba usted, este dinero; y tendré el gusto de que coma con nosotros.

_Señora, -contestó el Capuchino ya en pie, sonriente y muy afable-. Agradezco muchísimo su limosna y su invitación; pero perdóneme, ninguna de las dos cosas puedo aceptar.

Al oír esto Ángel, cruzó por su mente el pensamiento de que sus preguntas eran la causa de aquellas negativas y lleno de vergüenza se volvió un

poco de lado y escondió su rostro entre las manos; pero su madre admirada contestó al Capuchino.

_¿Por qué?.

_No recibo el dinero, porque mis Superiores me han mandado que la limosna sea en especie. Y no puedo quedarme a comer aquí, porque estoy comprometido con un señor que vive a las afueras y se llama D. José.

_Sí, es muy buen amigo nuestro. -Respondió Dña. Remedios; y añadió-. Puesto que no recibe dinero cuente con un costal de garbanzos.

_Muchísimas gracias y Dios Nuestro Señor se lo pague aquí en la tierra y después en el Cielo.

Al escuchar Ángel las razones que dió el fraile, le desapareció un poco el rubor, y se ofreció al fraile al salir:

_Si usted desea, yo le acompañaré.

_Joven, se lo agradezco mucho, mas no lo tome a mal, quiero ir solo; pues voy a pedir a otras familias.

_Entonces, hasta la tarde. -Replicó Dña. Remedios-.

_Eso es. Y el Señor quede con ustedes y les premie su caridad.

_¡Adios!. Contestaron, madre e hijo.

El fraile marchó, Dña. Remedios se fué a guardar los billetes que aún tenía en la mano, y Ángel se quedó en la puerta mirando con cierta ansia al pobre Capuchino, quien torció para la derecha en un cruce de calles y desapareció; pero Ángel absorto en sus pensamientos, siguió con la mirada hacia aquella parte como si viera todavía la figura austera de aquel humilde fraile.

CAPÍTULO VI

Dos madres



Había vuelto el fraile capuchino, y habíase ya marchado con la limosna y aún Celestino no llegaba. A través de los montes había escondido el astro rey su fúlgida faz y D. José con su esposa e hijo no aparecían.

Ciertas nubecillas, que separadas unas de otras flotaban en los espacios poco ha hermosas y atrayentes, cual si fueran bañadas en oro, habíanse ya reunido y puestas cenicientas y pálidas como si las amedrantara la lóbrega noche que con paso lento se acercaba y... ni a Dña. Consuelo, ni a D. José ni a Celestino se les veía venir. Ángel nervioso e impaciente, y ya cansado de tanto ir y volver a los balcones y puertas quedando siempre burlado, se puso a tocar una sinfonía de Beethoven; mas como las ansias de su corazón no se calmaran, cerró el método de golpe, luego hizo vibrar triste y melancólicamente al piano, y comenzó a cantar en el mismo tono aquella canción popular.

"El día ya se marcha
y el sol también se va
la sombra de mi alma... (2)
¿Cuándo se marchará?.

Ya no hay ruido en la calle;
soñar es mi ilusión,
mas no me deja el ruido
que hay en mi corazón"

Cuando Ángel iba en la mitad de su canción, llegó D. José con su esposa e hijo. Dña. Remedios, nada más oír la voz de su íntima amiga Dña. Consuelo, salió corriendo y hechos los correspondientes saludos y besos los condujo al recibidor; pero Celestino, que notó enseguida la falta de su amigo, preguntó a Dña. Remedios:

_¿Dónde está Ángel?.

_Arriba, debe estar tocando el piano. Vete con él, si quieres.

Celestino salió del recibidor y, por tener suma confianza, subió sólo las escaleras, atravesó un claustro y al abrir la puerta de una habitación por la que tenía que pasar, oyó el sonido del piano y la voz de su amigo sin poder entender lo que decía. Abrió con cuidado otra segunda puerta y a pies juntillas se dirigió a la del salón, se asomó por el agujero de la cerradura, vió a Ángel triste y melancólicamente comenzar de nuevo su canción, cual si en ella encontrara el linitivo de sus ansias.

Se le ocurrió entonces a Celestino contestarle con otra canción. Se puso a pensar..:

_¡Ya está!. Esta letra aplicada a la tonada de aquella canción... como anillo al dedo; mas cerrar bien la puerta, para que nadie me siga, porque si no... me traiciono a mí mismo.

En efecto, con mucho más cuidado del que entró, retrocedió hasta la puerta que había dejado abierta; llegado a ella, sacó la cabeza, miró a una y otra

parte, vió que nadie andaba por allí, la cerró con cuidadito y se volvió. Mientras Ángel terminaba, Celestino se puso a ensayar sin sacar la voz. Comenzó a modular y hacer graciosas muecas con los ojos y la frente, al tiempo que con las dos manos llevaba el compás. Por fin, Ángel cesó de cantar, y como continuara tocando ágilmente el piano, comenzó Celestino su canción:

Allí donde luce el sol
y siendo ya Capuchino,
allí he de misionar;
Ángel, fiel amigo mío.

¿Tú no me has de acompañar?.

Al oír la voz de su amigo dió un salto, y luego de tres brincos se plantó junto a la puerta; mas reflexionó al ir abrirla que interrumpiría a Celestino; por ésto, aunque agarrada la manivela de la cerradura, se contuvo y aguardó.

Celestino comprendió que su amigo Ángel no pudo haberse dado cuenta de los primeros versos de su respuesta. Había sido grande el ruido metido por Ángel al dar los saltos y habérsele caído la silla en la que se hallaba sentado. Por eso Celestino interrumpió su canción y la comenzó de nuevo.

Ángel admirado, escuchó atentamente hasta que, no pudiéndose contener, al finalizar aquel verso: "¿tú no me has de acompañar?", dió una sacudida a la puerta hacia la parte que él estaba y se lanzó al cuello de Celestino, tocó con sus labios los oídos de éste y murmuró:

—Sí, amigo mío, sí, yo te acompañaré y vestiré el mismo hábito que tú...

_¡Bueno, hombre, bueno!. Pero quítate, que me vas a ahogar y... no es para tanto la cosa.

Decía Celestino después de haberle besado y procurado con sus manos arrancarle de su cuello. Ni Jonatás y David se amaban más de lo que Celestino y Ángel se querían. Éste, desenlazado ya de su amigo Celestino le manifestó:

_No sabes cuánto me has hecho sufrir con tu tardanza. Me asomé muchas veces al balcón y como viera que la tarde se pasaba y tu no venías, me puse a tocar y luego a cantar.

Celestino jovial y animoso, elogió a su amigo:
_¡Y vaya! que lo hacías con un sentimiento que, de no estar yo tan alegre, me hubieras hecho llorar.

Replicó Ángel muy sentimental:

_Pues por no llorar, comencé a cantar. Son tales las ansias de mi corazón... Delante tengo mi llamamiento... y también la guerra que me ha de hacer mi madre...

_Eres terrible, Ángel, siempre andas con la misma cantinela.

_¡Sí, cantinela!. Escucha, escucha lo que te voy a decir.

-Le cuenta lo de la esquila de la Marquesita de X, y añadió:

_Dime tú ahora, querido amigo. ¿No tengo razón para temer?. ¿No ves cómo quieren cazar a mi alma, cual se caza la nacarada mariposilla?. ¿No ves qué emboscada me prepara el enemigo?.

_Y ¿no ves, Ángel, que Semana Santa ya pasó?. Por consiguiente, deja de lamentaciones y atiende...

_Pero que no sea para escuchar lo de siempre.

_Ese fraile Capuchino que comió en mi casa, entre otras cosas contó que el B. Diego José de Cádiz... ¿Has oído hablar de este Beato?.

_Que fué el Apóstol del siglo XVIII en España y que si nuestra nación está como la vemos, es por no haber hecho caso del B. Diego. También he leído que Menéndez Pelayo lo calificó como el Demóstenes del siglo XVIII.

_Pues no olvides que fué capuchino. Antes de entrar en la Orden Seráfica, su padre y sobre todo su madrastra y otros parientes se opusieron a su vocación religiosa y llegaron al colmo de maltratarle y pegarle.

Ángel con el rostro y tono medio sorprendido y malhumorado preguntó:

_¿Qué edad tenía entonces el beato Diego?.

Celestino hizo un gesto de indiferencia y contestó:

_No recuerdo bien lo que dijo el fraile; pero debía de andar por los 13 a 15 años.

Ángel replicó rápida y enfáticamente:

_ ¡Ya me parecía a mí!. Si el beato Diego hubiera tenido los años que yo ahora, creo que no se hubiera dejado tratar así.

Celestino interrumpió a su amigo y con prudente intento prosiguió.

_¡Bueno!. A lo que iba. El Beato Diego cuando se quedaba solo, después de cada batalla, pudiéramos decir, con sus parientes y su madrastra, daba gracias a los Ángeles Custodios, y brincaba de gozo por no haber sucumbido en la pelea. ¡Claro está!. Llegó un día que ya se cansaron de machacar en hierro frío; y no sé ¡por qué demonios! a la testaruda de la madrastra se le antojó entonces que entrara en los dominicos y no

en los capuchinos; como quien dispone es Dios nuestro Señor, el B. Diego entró, por fin, en la Orden Capuchina y después llegó a ser un gran apóstol y un gran Santo. Y con todo esto quiero decirte...

_No, no hace falta que digas, porque ya todo lo has dicho, a saber: que por mucha contradicción que yo tenga, nunca será tanta como la de ese Beato y que, si salió triunfante, igualmente triunfaré yo. ¡Qué!. ¿Querías decir esto?. ¿Me he equivocado?.

Celestino a la vez que asintió, se volvió enigmático.

_Eres más listo que el hambre, Ángel, con todo ¿a que no adivinas lo que te voy a decir?.

_Déjate de adivinanzas, Celestino, y suéltalo de una vez.

_¡Canarios, Ángel!. No estás hoy para bromas; pues... es, que les voy a manifestar a mis padres, que voy a abrazar la vida capuchina. Y una vez que obtenga su licencia, escribiré al director del Colegio de El Pardo, solicitando la admisión y demás informes.

_¿Para qué vas a ir a ese Colegio, teniendo, como tienes, terminado todo el bachillerato?.

_¡Hombre!. Voy, para aprender bien el latín.

_¡Va!. Ya te lo enseñaré yo, Celestino.

_¿Como si tú no tuvieras que estudiar otras cosas?.

_¿Yo?. A no ser Filosofía, Teología o Derecho Canónico...

_Vamos, Ángel, ¿he?, que ya supones, que tu madre te dará permiso, para ser sacerdote...

_Es, que, aunque no lo dé... si marchas tú, y me admiten también a mí, de seguro que no me vuelven a ver el pelo por acá...

_Y ¿si no te admiten sin consentimiento de tu madre?.

_Pues entonces... Celestino...

Celestino sin perder su perenne sonrisa, le dió unos golpecitos cariñosos en el hombro y le persuadió:

_Pues entonces, a pesar de tu bravura y valentía, tendrás que obedecer hasta que seas mayor de edad, y san se acabó. No será poco que sufras con paciencia y no pierdas la vocación...

_¡Por Dios, Celestino!. ¡Perder la vocación!. Preferiría perder antes todo lo que poseo juntamente con la vida.

_¡Sublime resolución!. Dios quiera que ninguna de las dos cosas te acontezca. Y dejando esto, hablemos de otro asunto.

Así lo hicieron. Mientras tanto, en el recibidor Dña. Remedios con los padres de Celestino conversaban muy amistosamente sobre cierto individuo que conocían mucho. Con gran interés D. José afirmaba:

_Pues, sin ir más lejos, hoy mismo he tenido una carta de él. Ya verás como escribe. Pero que vengan nuestros hijos, porque también a ellos les agrada; y Celestino tiene que irse con nosotros.

D. José sacó un sobre. Dña. Remedios apretó un botón y puso en funcionamiento el timbre. Inmediatamente apareció una sirvienta a la que dijo, sin aguardar a que ésta hablara:

_Arriba están Celestino y Ángel; avísales, para que vengan enseguida.

La criada hizo una inclinación de cabeza y, sin decir palabra, marchó. Llegaron los dos amigos.

Apenas sentados Ángel y Celestino, los miró sonriente D. José y dijo:

_Voy a leer una carta de D. Emilio y luego nos iremos.

Intervino Ángel con un ademán de afable cortesía y la frase:

_Escucharemos muy atentos.

D. José, con gracia, se puso unos lentes de armazón de oro y leyó:

"Intimo e inolvidable amigo:

Mucho ha sido mi sentimiento por no haber podido tener a mi lado al más caro amigo en los momentos de mi mayor felicidad sobre este suelo. Por fin ha subido a las gradas del altar el hijo que más amaba mi corazón. Jamás olvidaré ese día. El altar, todo adornado con vistosas y aromáticas flores traídas de Valencia, los rítmicos sonidos del órgano y un escogido coro de cantores interpretando magistralmente la Misa Pontifical de Perosi y el recinto de la Iglesia lleno de gente. Todo, todo esto, según el decir de algunos, era hermoso y elevaba el alma al cielo; más todo, querido amigo, para mí era como si no existiera, porque mi hijo me tenía casi, casi enajenados los sentidos.

Sí, aquel que celebraba era mi hijo; cuando se volvía hacia el pueblo, yo veía su rostro iluminado; no me parecía él... parecía un ángel.

Mi esposa lloraba de emoción y lo mismo mis hijas; y también ¿por qué no decirlo? también por mis mejillas corrieron no pocas lágrimas.

Mi hijo es sacerdote, es embajador de Jesús, es otro Cristo, eleva en sus manos la Hostia Sacrosanta lo mismo que el Papa; y su dignidad supera a la del Rey.



¡Qué grande es mi hijo! ¡qué grande es! ¡qué perfidia la mía cuando me opuse a su vocación! ¡qué necio era entonces! ¡cuán ciego estaba!

Yo deseando su bien, buscaba su mal; yo anhelando su grandeza, procuraba su caída y ansiando su felicidad y dicha, intentaba hacerle miserable y desdichado. ¡No veía, creyendo ver, y juzgaba estar rodeado de luz, estando envuelto en tinieblas!

José, si alguno de tus hijos desea consagrarse a Dios, no seas tan necio como fuí yo. No te opongas al llamamiento divino; y si te pide tu bendición, dásela, no se la niegues.

Si me lo permiten mis ocupaciones dentro de 5 ó 6 días iré a visitarte..."

Cesó de leer D. José y dijo:

_Aquí pasa a tratar de otros asuntos.

Acto seguido D. José guardó la carta, se quitó los lentes y mientras los metía en la caja, intervino su esposa Dña Consuelo con su habitual amabilidad reflejada en su bello rostro, agraciados labios, su dulce voz y su sabias palabras:

_¡Qué hermoso testimonio y acertado consejo nos da D. Emilio!. Ya verás, Remedios, cuando cante Misa nuestro hijo.

Celestino bajó la cabeza, Ángel se sonrió y Dña. Remedios, muy sorprendida con un aspaviento, se dirigió a Celestino:

_Pero ¿qué?. ¿Tú deseas ser sacerdote?.

Sereno, muy formal, más que serio, Celestino rotunda y afablemente contestó:

_Sí, señora. Deseo ser sacerdote y ya mis padres me han otorgado el permiso para ir a estudiar cuando quiera.

_¡Ah claro!. Nosotros jamás nos opondremos.-
Afirmó D. José.-

_De él ha salido, sin que ninguno de los dos le hayamos dicho nada. -Añadió Dña. Consuelo-. El dice que Dios Nuestro Señor y la Virgen le llaman ¿no es verdad hijo?.

_Sí, madre. En eso estoy.

_Así, que ya ves, Remedios, aunque es nuestro hijo, pertenece a Dios todavía más que a nosotros, por consiguiente no nos debemos oponer: como supongo que tú tampoco te opondrías si Angel tuviera la misma aspiración.

_¡Ay!, Consuelo, si mi hijo quisiera ser sacerdote, yo examinaría bien su vocación y después... ya veríamos.

Inmediatamente intervino Ángel:

_Madre. Y si Jesucristo me llamase, igual que a éste (señaló a su amigo)...

_Pues, hijo, si el Señor hacía un milagro, para que yo conociese sin duda alguna, que realmente te quería para Él... Entonces te dejaría marchar, de lo contrario, no consentiría que te apartases de mi lado.

Ángel, al decir esto su madre, tornó los ojos y miró a su amigo como indicándole: ¿No te decía yo?. ¿Eran infundados mis temores?.

_Amiga mía, -repuso Dña. Consuelo- a Dios no se le pueden pedir milagros así, como así. Y si en el supuesto que Ángel quisiera ser ministro del Altísimo, muy bien podrías enterarte de si era su vocación verdadera por otros medios; porque ¿quién somos nosotros, para exigir a Dios un milagro?.

_Ciertamente, Consuelo, que nosotros no somos nadie, para exigir al Señor nada; pero no ignoras cuán inconstantes y veleidosos son los jóvenes; por eso una madre, que bien ama a su hijo, no se fía de sus caprichos, sobre todo cuando va en ellos su posición en la vida.

_Hay en los jóvenes, -dijo Celestino- algo más que meros caprichos, Dña. Remedios, y sobre todo, cuando esos jóvenes están animados por un ideal grandioso.

_Bueno -exclamó D. José sacando el reloj- esto lleva visos de no acabar y dije al comenzar a leer la carta, que al terminar nos íbamos. Así que... ¡hala!.

Y levantándose él, todos hicieron lo mismo.

Ángel se adelantó a abrir la puerta y D. José rompió la marcha y siguió su esposa, sin dejar de hablar con Dña. Remedios, y detrás los dos amigos.

_Mira, Celestino, el Espíritu Santo me lo estaba inspirando, ¿te has convencido de mi cantinela?; ya puedes rezar para que el Señor cambie el corazón de mi madre, porque si no... creo que voy a andar mal con ella.

_No te apures, Ángel; si Dios permite que tu madre se oponga, será ciertamente por algún alto designio que tiene sobre tí. Ya sabes que los mayores santos son los que han sufrido más contradicciones por amor a Jesucristo. Ármate de fortaleza y ten delante de tus ojos nuestro sublime ideal y ya verás cómo te sirve de consuelo, te proporcionará en el contratiempo algo que no hay palabra para denominarlo y que sólo se conoce experimentándolo.

_Tienes razón, Celestino. Cúmplase en nosotros la santísima voluntad de Dios.

Habían llegado a la puerta de la calle. Dña. Consuelo cubrióse casi por completo el rostro con la piel de su abrigo y D. José y Celestino subieron el cuello del suyo, y entre tanto que Dña. Remedios se despedía de los padres de Celestino, éste dijo bajito:

_¡Ángel, amigo mío!. Nada sucede al acaso. Por algo Dios Nuestro Señor te adornó con las cualidades de ser bravo y valiente, y ¿dónde se demuestra esto sino en la pelea?. ¡Ánimo! pues, y ¡adelante con tu ideal!.

Replicó Ángel como con un suspiro:

_¡Quién hubiera podido tener unos padres como los tuyos!.

Y con un buen apretón de manos se

despidieron. Ángel miró a su amigo, que ya se iba con sus padres, y exclamó en sus adentros:

_Dichoso de tí, que tan bien te salen las cosas.

Después cerró la puerta y sin hablar nada a su madre, se fué a la habitación de él, en la que, cerrada la puerta, se arrodilló delante de un crucifijo y... Solo Dios sabe la oración que hizo...

Oración fervorosísima como se puede deducir por las abundantes lágrimas que derramó. Tres cuartos de hora estuvo, luego cogió la Biblia y sentado la abrió



al azar, y comenzó a leer en el evangelio de San Mateo (capítulo X versículo 37). "El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí". "Siguió leyendo algunos versículos más, y, como le

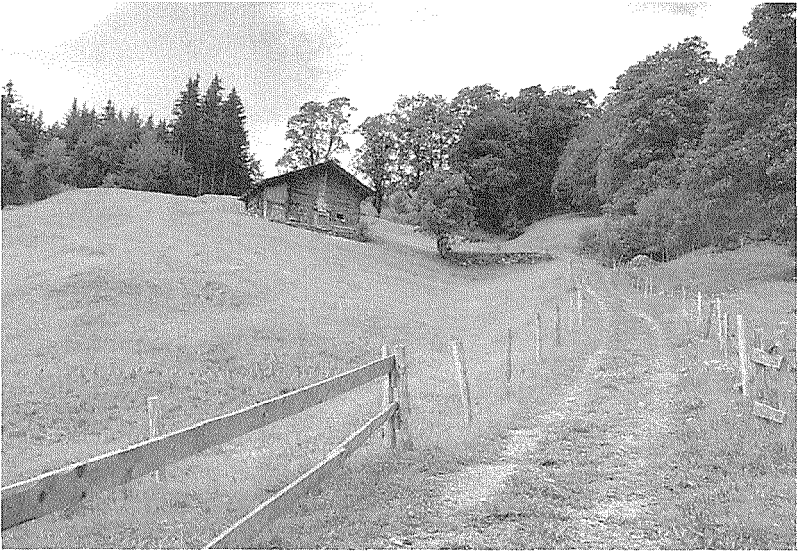
llamara mucho la atención, volvió la hoja para ver de qué venía tratando; en el versículo 34 y 35 se encontró que decía: "No penséis que he venido a traer paz a la tierra, sino espada.35. Sí, he venido a enfrentar al hijo con su padre, a la hija con su madre, a la nuera con su suegra; y sus propios familiares serán los enemigos de cada cual"..."Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, que yo os aliviaré".-Mt. 11,28-... "El que me sirva, que me siga, y donde yo esté, allí estará también mi servidor".-Jn.12,26-.

Ángel no leyó más. Se quedó con la mano derecha sosteniendo la hoja de la Biblia un poco levantada por la parte de arriba, y la cabeza recostada sobre la mano izquierda. Cerró los ojos.

Reflexionó profundamente lo que había leído... Eran palabras de Jesucristo... "Dios-Hombre... Y Ángel siguió en oración.

CAPÍTULO VII

Familia: Diálogo entre padres e hijo



Era el mes de abril. D. José con su esposa y Celestino habían salido en el auto a dar un paseo por una finca que poseían en el espacio intermedio de las estaciones de la Maya y Pizarral.

La finca es preciosa y está formada por tres montes consecutivos. El primero, por ser la primavera, se encontraba tapizado de aromáticas flores. Hacía resaltar más su hermosura el no tener ni un solo arbusto. En su cima, cual si fuese la reina a la que tales aromas y flores se le ofreciera, se levanta una casita. Es la vivienda del rentero, y a unos cincuenta o setenta metros más abajo, pasa el ferrocarril dando casi media vuelta al monte. El segundo monte, como si fuera el esqueleto del primero, carece de todo vegetal y es de tierra y de piedra de granito. Según el decir de aquellas gentes, las ruinas, que se ven en lo más alto de este monte, son ruinas de un antiguo convento. También es tradición constante que en la profunda cueva que tiene, estuvieron escondidas dos campanas durante el dominio de los moros. Y afirma la misma tradición, que, expulsados los moros de aquellas tierras, los vecinos de los pueblos de Pizarral y Cabezuela, como no se avinieran después de mucho discutir sobre qué

pueblo había de llevar la mejor campana, quedaron en que, quien madrugase más temprano y llegase primero a este lugar, cargase con ella. Se la ganaron los de Pizarral y aún hoy la conservan colocada en la torre. También en el torre de Cabezuela se ve la otra campana.(Histórico). El tercer monte, por su gran número de encinas, visto desde lejos, aparece negro, cual si estuviera de luto, se desliza en caprichosas curvaturas un afluente del río Tormes denominado Alhándiga. Como si todo este contraste no fuera bastante hermoso, a la izquierda del Alhándiga y en la falda del tercer monte se extiende una espaciosa huerta con distintas variedades de árboles frutales y una cristalina fuente a cuyos lados hay dos bosquecillos de negrillos y chopos. Desde ella se contemplan claramente los tres montes.

Sentados junto a la fuente, animosamente conversaban D. José, su esposa e hijo. Pero, después de largo rato, la conversación decayó de interés y, como ensimismado Celestino mirara de hito en hito a los montes con los codos sobre sus rodillas y su rostro entre las manos, D. José muy disimuladamente, y por detrás, tocó con la punta de su bastón el cuello de su hijo, quien, al sentir el frío contacto, dió de repente un salto que cayó en gracia a sus padres.

D. José con gran risa interrogó:

—¡Ja, ja, ja!. Pero ¿qué te pasa?.

—¡Ah!. Fue usted.-Respondió Celestino también sonriente-.

—¿En qué pensabas, hijo?.-Preguntó dulcemente la madre. También había observado la abstracción de Celestino-.

—Pensaba que estos tres montes son una imagen

del "mundo". Aquel monte, que se halla cubierto de flores, se me imaginaba como si fuera una representación de la grandeza humana con todas sus pompas y vanidades de las que se jactan algunos personajes; mas cuando estos individuos famosos o poderosos mueren, quédanse como ese otro monte que está desnudo de todo vegetal. Todas aquellas grandezas, pompas y vanidades pasaron y pasan, como el agua de ese arroyo que jamás vuelve atrás. Después permanece únicamente la obscuridad, el olvido; olvido y obscuridad figurados por este tercer monte lleno de encinas. Esta era una de las cosas sobre las que reflexionaba.

_Dices una, luego también pensabas en otras.

_¡Claro!. Pero muy semejantes, padre.

_Pues, hijo mío, -repuso Dña. Consuelo- como sean tan hermosas y aleccionadoras como las que terminas de contar ya puedes manifestárnoslas.

Celestino reflexionó un poquito, juzgó que era buena ocasión aquella para descubrir sus deseos y no quiso perderla.

_Ya que usted así lo quiere, le daré gusto. Imaginábame que, así como este monte es oscuro y amedrentador a pesar de que múltiples avecillas revolotean en su frondoso ramaje y llenan los espacios de dulces y melodiosos trinos; así también al "mundo" le considero oscuro y amedrentador, aunque ofrece mil y mil placeres y objetos muy halagüeños a los sentidos. Que, al igual que tengo que pasar por ese monte para llegar a aquel otro que se presenta hermoso y atrayente, lo mismo he de hacer en el orden espiritual; tengo que dejar cosas para llegar a la gloria. Para eso se requiere mucho sacrificio, tengo que

privarme de no pocas comodidades; pero... esta mañana misma leí en el Evangelio que el reino de los cielos padece violencia y quien no se la hace a sí mismo, lo perderá.

_Hablas como si fueras sacerdote.-Dijo su padre.-

_Cuando te vea en el púlpito, -repuso la madre- me vas a hacer llorar.

_Sin duda que llorará usted, sobre todo si me encuentro vestido con el hábito capuchino y me ve con largas barbas.

_¿Qué dices, Celestino?.-Interrogó sorprendido y con entereza D. José-

_Que, si ustedes, me lo permiten, me retiraré del "mundo" y entraré en la Orden Capuchina.

_¿Desde cuándo, hijo mío, has tenido ese pensamiento?.-Preguntó la madre.-

_El Señor me llamó a esa vida en la última venida del fraile Capuchino a nuestra casa.

_¡Va!.-Replicó el padre- ¡Caprichos!. Ahora veo que no tienes vocación ni para cura, ni para fraile, ni para nada.

Al decir esto D. José guiñó el ojo izquierdo a su esposa.

_¡Padre!. Estoy cierto que es voluntad de Dios el que abrace la vida capuchina. Si antes me dió la vocación de ser cura, fué para ir gradualmente, porque si al principio me hubiese inspirado que fuera Capuchino, de seguro que yo me hubiese amedrentado y no hubiera hecho caso de tal inspiración.

_Pero, hijo mío, ¿te atreves a dejar para siempre a tu padre y a mí?.

_Si la muerte me viniera a mí, o me arrancase

a alguno de ustedes, quisiera o no quisiera yo, tendría que separarme a lo menos corporalmente.

_Mas, si entras Capuchino, -repuso el padre- nos dejarás también con el afecto y para nada te acordarás de nosotros, porque bien sabes que hay un refrán castellano que dice así: "Ojos que no ven, corazón que no siente".

_De ninguna manera se puede aplicar semejante refrán en este caso; pues yo les puedo probar que ningún hijo ama más a sus padres, que el hijo que es religioso. Ustedes bien conocen a algunos individuos que bien mal tratan a su padres, y de tres o cuatro sabemos que los han metido en un asilo de ancianos, teniendo dinero para sobrellevar todos los gastos no solo de sus padres, sino de 20 ancianos. Y esto ¿por qué?. Porque no son buenos cristianos, por no decir que nada tienen de ello. Y, si no obra así quien está educado cristianamente y se gloria de serlo, díganme ustedes ¿cómo obrará un religioso?. Si quieren otra prueba, yo mismo bien pocas veces rogaba a Dios por ustedes; en cambio, desde que tuve vocación no ha pasado ni un solo día en que no lo haya hecho varias veces al día.

_Pero los padres necesitamos que se nos muestre el amor, y una vez que te vayas, no veo la manera...

_¿Para qué son, madre, las cartas y otros objetos?. Ya se recordarán ustedes del tío Dionisio, que, cuando se le habla de sus dos hijos, suele decir con las lágrimas en los ojos: ¡Ay!. El hijo que es fraile, aunque está allá lejos, muy lejos, en las Misiones, me escribe y dice que se acuerda de mí y todos los días me encomienda al Señor, y algunas veces me manda

retratos de él con los indios; pero no se porta así el hijo que tengo en Barcelona: nunca me escribe, ni me manda nada, ni siquiera RECUERDOS; y, si sé que vive, es porque otras personas me lo dicen por medio del tío Juanito. ¡Ya ven!.

_Pero también vemos, -contestó el padre- que tú no tienes fuerzas para llevar una vida tan austera.

_Creo que estoy bastante desarrollado para abrazar la vida de un anacoreta. ¡Cuánto más Capuchino!.

_Hijo mío, tú estás acostumbrado a una vida regalada y te será imposible el andar descalzo y con un hábito tan burdo.

_Otros muchos más delicados que yo han andado así y vestido ese hábito, como nos contó aquel fraile. Además la costumbre hace una segunda naturaleza. Así que por ese lado, madre...

_¿Y te resignarás tú a guardar vacas y otros ganados, que es lo que suelen hacer para probar si uno vale para Capuchino?.

_Padre, eso será una fábula, por no decir que es invención de usted; con todo, le digo que si me mandaran, lo haría con sumo gusto.

_¿Y, con sumo gusto comerás también la berza?.-Preguntó D. José-

_Bien sé que eso y legumbres es el alimento casi cotidiano de los Capuchinos; y, aunque ahora no me gusta, comiéndolo, poco a poco con el tiempo no me desagradará y me sabrá hasta sabroso. Miren lo que me ha sucedido con el tomate; hace tiempo no lo podía ver y ahora ya... si me presentaran uno aquí mismo... hasta crudo me lo comía.

No pudieron menos de reirse con esta salida, por lo que exclamó Celestino:

_¡Qué!.¿Se ríen ustedes?. Es la pura realidad.

_Sí, tan real es eso como que tú no consentirás que nadie te pegue ¿verdad?.

_No, padre. ¡Ya lo creo!.

_Pues, si te metes Capuchino, te pegarán con unas cadenillas, porque esos frailes se pegan unos a otros para mortificarse.

_Pero, padre, ¿cree usted eso?. Yo pregunté al hermano que vino a pedir limosna, y me dijo que eso era invención del vulgo y de hombres mal intencionados, porque es completamente falso, y tanto es así que si lo hicieran quedarían excomulgados, porque...

_Porque, ¡cállate! y no vayas a hablarme lo que no sabes.-Repuso D. José-.

_Hijo mío, ¿te atreverás a levantarte a las doce de la noche para rezar?.

_Y a la una también, madre. ¡Bah!. Un poco de mortificación.

_Mas ten en cuenta que no solamente es un día o dos.

_Bien sé, padre, que son todos los días.

_Y ¿si te mandan tirarte por una ventana...?.

_Eso es cuento de viejas. Imposible que los frailes manden, ni aconsejen el suicidio. Mejor que nadie saben ellos que nuestras vidas pertenecen a Dios y Él es el único que puede quitárnosla cuando le plazca.

_Lo que no es cuento de viejos -repuso el padre- es que obligan a sacar agua de un pozo con una errada sin fondo.

_Mandar... puede ser que lo manden; pero no creo que exijan el que se saque agua; y nada dirán por ello porque... a no ser un milagro...

_Ahí está el quid, que no se puede y lo exigen sin que se obre ningún milagro.

_Pues, padre, sencillamente, le digo que no lo creo. Y si lo hacen es algo semejante a lo que mandó S. Francisco a dos novicios: Plantar las berzas al revés, raíces al aire y las hojas en tierra; uno de los novicios obedeció y se verificó el milagro, las berzas prendieron y crecieron. El otro novicio puso reparos y S. Francisco le dijo "que no tenía vocación, porque no había obedecido".

_Y ¿no crees tampoco que hacen embarcarse para tierras lejanas y les dejan allí que se las arregle uno como pueda?

_Para que se las arregle como pueda... jamás he oído semejante cosa.

_¡Hombre!. ¿Con que no has oído que mandan ir a Misiones?

_¡Ah!. Es cosa muy distinta... y tampoco es cierto que los abandonen; pues lo único que suelo yo leer del "Mensajero Seráfico" son las cartas de los misioneros, y por ellas veo que están en continua comunicación con los superiores de España.

_Pero mira que, si te metes Capuchino y te mandan a Misiones, aquellos indios son antropófagos y... muy bravos.

_El Mensajero ha traído la muerte de varios religiosos; una vez contaba que uno se había ahogado al pasar un río, y otra vez hablaba de cierto misionero que había muerto por paludismo, y así otros; pero todavía no he leído en él que algún Capuchino haya

sido muerto y comido por los indios. Además, si es que entro en esa Orden y habiendo ido a Misiones, me matan aquellos infieles... más recto voy al cielo por ser mártir.

_Para ir al cielo no hace falta ser mártir.

_Pero ninguno lo tiene más seguro de entrar en él tan pronto, como el que da la vida por Jesucristo.

_¡Está bien, hijo mío!. Te gusta dar muchas limosnas ¿verdad?.

_Sí, padre, bien lo sabe usted.

_Y ¿ya sabes que un Capuchino no puede hacer limosnas?.

_No sé... Según he oído decir a la hora de mediodía siempre están muchos pobres cada uno con su vajilla a la puerta de los conventos esperando para recibir la comida que el hermano portero reparte entre ellos.

_Será un dicho.

_Y, si le dijera que lo he visto yo mismo, ¿lo creería usted?.

_Pues, si lo has visto ¿para qué dijiste que lo habías oído?.

_Madre, lo he oído y lo he visto.

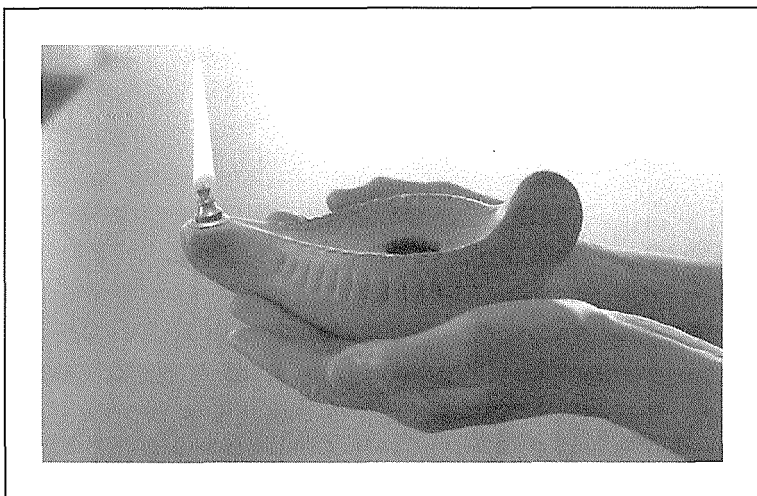
_Sí, darán lo que sobre de la comida, mas, dinero no pueden dar por carecer de ello.

_Ya se dan ellos a sí mismos, padre, ¿qué más quiere?.

_¡Bueno!. Y ¿Qué más te da ser cura que Capuchino?. Porque, siendo cura me parece que puedes ser más perfecto que siendo fraile; pues ejerces mil obras de celo que tendrás que privarte...

_¡Basta, madre, basta!. Ya sé a qué punto va usted, y le digo que dar uno su propia voluntad por

amor de Dios, le agrada a Éste más que todas las obras de celo; además que un religioso también las tiene y puede practicarlas y de hecho así las ejecuta. Pocos curas hay que prediquen y confiesen y visiten a enfermos etc. etc., como los frailes. De ordinario las



“.-- dar uno su propia voluntad por amor de Dios, le agrada a Éste más que todas las obras de celo”.

obras del cura se limitan a un territorio más o menos extenso, como a una feligresía por ejemplo; mientras que las del religioso no tienen rayas ni fronteras, ni límites, pues, donde quiera que hay un alma y esta necesita del consuelo, allá va el fraile, allí corre presuroso y, aún mejor pudiéramos decir, que vuela en alas de la caridad.

_¡Hijo mío! -exclamó Dña. Consuelo-, el Espíritu Santo es quien te ha movido a que te metas Capuchino y quien te ha inspirado las respuestas a nuestras preguntas. No le seas infiel; corresponde a su llamamiento y pídemelo cuando quieras mi bendición que con sumo gusto te la daré.

_Y yo, hijo mío, te digo lo mismo que tu madre y además que, cuando quieras, puedes escribir al Superior de los Capuchinos, para exponerle tu vocación y solicitar la entrada en la Orden; mas, dile o, si tú quieres, se lo diré yo, que, si te admite, diga al mismo tiempo qué tienes que hacer, qué tienes que llevar y a dónde tienes que ir.

_Yo quisiera ir al Colegio de El Pardo un año para aprender bien el latín, y después ya el Noviciado.

_¡Bueno! pues expónselo a él, y ya te dirá.

_Así lo haré, madre.

D. José, que había permanecido con la barbilla sobre la mano izquierda que sostenía el bastón fuertemente apoyado en tierra, cambió de postura al par que variaba el tono de su voz.

_Ahora, hijo mío, te voy a preguntar una cosa.

_Pregunte usted, lo que desee, padre.

_Tu amigo Ángel ¿quiere ser también Capuchino?.

_En ello está empeñado y dice que, aunque su madre no le deje, llegará a serlo por encima de todo.

_¡Pues buena se va a poner Dña. Remedios cuando lo sepa!.

_Pues, madre, aunque Dña. Remedios se ponga como quiera, no adelantará nada, porque bien sabe usted, cómo es Ángel... y esto sin contar con la gracia divina, que si añadimos ésta, creo que su madre, si

quiere dar golpes, le resultará como si los diera en un yunque... ¡Menudo es Ángel!

—¡Menuda es su madre!, puedes también decir, porque, si tal temperamento tiene Ángel, de Dña. Remedios lo ha recibido; pues su padre era como un pedazo de pan.

—De todas las maneras Ángel tiene un talento muy práctico y ya sabrá conducirse y no manifestará a su madre el deseo de abrazar la vida Capuchina...

—Madre, no le niego lo que dice; pero... ¡vaya! que mi amigo a veces suelta las cosas de sopetón, aunque... ¡claro!, cuando no espera conseguirlo gradualmente.

—¡Bueno, bueno! -interrumpió D. José-. El sol parece estar avisándonos de que es hora de marchar.

Y Celestino añadió:

—Y lo mismo nos indica la algarabía que forman entre el ramaje estos pajarillos que comienzan a reunirse para pasar la noche en esta espesura.

—Pues, ya que lo deseáis tu padre y tú, vamos para allá.

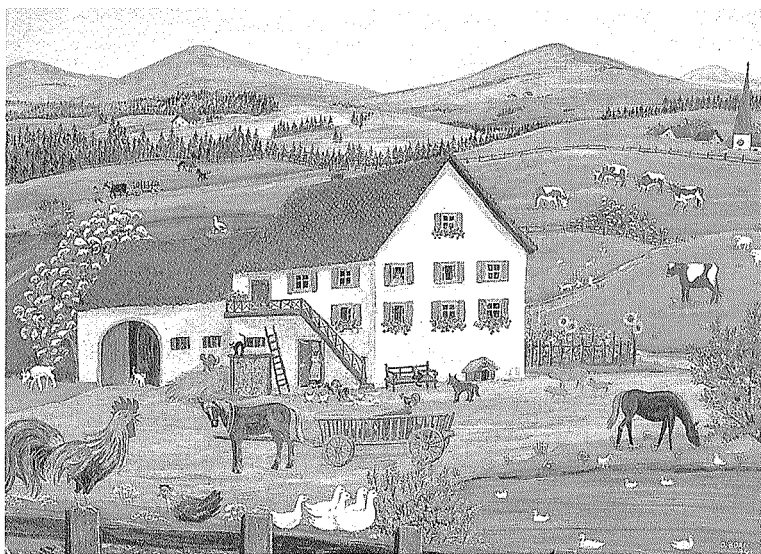
—Pero, madre, ¿quiere estar usted, más tiempo aquí?.

Dña. Consuelo no contestó, y levantándose, extendió una mirada triste por todo el espacio de su alrededor y exclamó:

—Si no estuviera ésto tan lejos, ¡cuántas tardes había de pasar yo aquí!

Salieron de la huerta, pasaron el río y subiendo, subiendo llegaron poco a poco a la casita. En el automóvil se pusieron en camino del pueblo.

Tal era el gozo de Celestino, que, no cabía dentro de sí, hablaba y echaba chistes y maquinaba



planes y se reía. Para decirlo en una palabra, su corazón rebosaba de tanta alegría y tanto contento que su madre admirada le dijo:

_Pero, hijo, ni aunque hubieras visto el cielo abierto. No estará así tu amigo seguramente...

Celestino, por ser su natural muy sensible, cambió enseguida y con cierta tristeza respondió:

_Es verdad, madre... ¡Pobrecillo!...¿Ya saben ustedes lo que ha sucedido?.

_¿Qué?.

_Que la Marquesita Avelina escribió no hace mucho a Dña. Remedios dándole excusas de cierto trato de ella; y, habiéndole dado su carta a Angel para que la leyera; éste se negó por suponer que escribiría algo para él. A su madre le ha extrañado mucho y,

como ha notado además, el cambio de conducta de Ángel, sospecha lo que realmente hay, y ha comenzado a obrar según las sospechas... ¡Pobre amigo mío!... ¿Cómo se encontrará hoy?.

Siguieron hablando de Ángel hasta que llegaron al pueblo, donde aquel mismo día y precisamente mientras Celestino refutaba las objeciones que sus padres ponían a su vocación, más por prudencia de examinarla que por ánimo de quitársela, Ángel se vió precisado a declarar a la madre uno de sus deseos tan en contra de los de ella. Y esto será la materia del capítulo siguiente.

CAPÍTULO VIII

*Una de las pruebas de la
vocación*



*Dios purifica nuestra vocación
con las diversas pruebas que permite.*

Había recibido Dña. Remedios carta de la marquesita Avelina, e incluía en ella una tarjeta para Angel.

_La marquesita me encarga que te dé esta tarjeta; tenla.

_Esa flor de pensamiento y ese precioso lazo me han dicho todo lo que contiene; así que puede quedarse usted ya con ella.

_¡Consérvala tú! ¿para que la quiero yo?.

_Pues yo tampoco la quiero para nada.

_Déjate ya de tonterías y cógela.

_Ya que se empeña...

Cogió la tarjeta y sin leerla exclamó:

_¡Como me estorbará en el cuarto...! -y la rompió-.

Dña. Remedios presurosamente le arrebató de las manos unos cuantos pedazos; iba en uno de ellos el pensamiento y el lazo; y prorrumpió:

_¡Como si no tuvieras en el cuarto otras cosas que te estorben más que esta!. ¡Habrase visto..! ¡Con qué frescura la hace trizas!. ¿Ese es el respeto que tienes a la Marquesita?. Te hace una distinción y ¿así

le correspondes tú?...¡Qué hijo más atroz! ¡Qué...!

_Cálmese, madre, cálmese y piense que aún tengo diecisiete años... Me parece mentira que esa señorita piense, en lo que le será imposible... Ciertamente es extraño que obre como si fuéramos mayores de edad tanto ella como yo.

_Nada tiene de extrañar y está muy bien que piense ella, lo que tú no quieres pensar. ¡Qué deseará este hombre!...

_Y ¿qué desea usted, de mí?.

_Que llegues a ser... GRANDE.

_Pues descuide que lo seré, aunque por muy distintos caminos de los que intenta usted.

_¿Qué caminos son esos?.

_Los que la Divina Providencia me tiene marcados.

_Con esa respuesta me dejas como estaba. Dilo de una vez, y no andes con rodeos ¿qué caminos son esos?.

_Determinadamente no se los puedo decir; pues no me los ha revelado el Señor.

_¡Nada! ¡Erre que erre!... pues dí los que a tí te parezca que son.

_Y ¿si se disgusta usted?.

_Como si no me disgusto: lo que hace falta es que termines de una vez.

_Madre, mejor será que se lo diga más adelante.

_No señorito, no. Lo tienes que decir ahora mismo.

_Y ¿qué pasará si yo me empeñase en no decirlo?.

_Con esta pregunta quieres evadirte. ¡He!. Anda, termina y no me consumas la paciencia.

_Pues se lo diré: ¡Quiero ser célibe!.

Dña. Remedios hizo un gesto repugante y centelleando los ojos preguntó con ira:

_¿Para qué semejante tontería?.

_Para consagrarme al Señor -respondió Ángel con firmeza-.

_Para consagrarte al Señor... ¡ya me lo estaba yo viendo!... Como si no hubiera otros nada más que tú para eso.

_Ciertamente, otros hay; pero si al Altísimo le place que yo le sirva...

_¿Qué sabes tú, si a Dios le place?. ¿Te lo ha dicho Él acaso?. Ya te sacaré yo esa bobería de la cabeza...

_A no ser que me la rompa usted, difícilmente lo conseguirá.

_¡Lo veremos!.

_Dios está por encima de usted, y de todos.

Dicho esto, Ángel se puso en camino a su cuarto, pensaba cómo también S. Francisco había dejado a sus padres y las riquezas. Dña. Remedios le volvió la espalda y se dirigió a la cocina.

El criado Andrés, que trabajaba en una habitación inmediata a la que tuvo lugar la contienda de sus amos, por estar la puerta abierta, se dió cuenta de todo y comenzó a hablar consigo mismo:

_Ahora me explico por qué el señorito nos dió a los criaos aquel banquete. Y qué cabeza más de melón tengo, pues no me había dao cuenta de esto; si nos lo dijo él cuando nos regaló aquellos puros y cajetillas... Soy más bobo que caco, veo que ya no asiste a las algazaras, que comulga casi todos los días y que a este paso... va a llegar a ser un beato... y a mí

no se me había ocurrido que quiere ser cura... Po buena se ha puesto su madre... ni aunque un demonio se le hubiera metió dentro... ¿Qué dirá Roque cuando lo sepa?... y ¿Disoteo y Periquín que tanto le quieren...?. ¡Mía qué cosas ocurren en la vida!... ¡Recórcholis, recórcholis!. Mi señorito que es el más fanfarrón de todos los mozos de por acá y que nadie le echa la pata, quererse meter cura... ¡Recórcholis, recórcholis!.

—¡Pero, Andrés! -Le interrumpió una criada que iba a buscar unas ropas-. ¿Con quién hablas?.

—Con nadie. ¡Recórcholis!.

—Entonces te has vuelto bobo; pues los bobos hablan solos.

—¡Recórcholis, chica, no me insultes así!.¿Tú no te sueles poner a cantar cuando limpias los platos?. Pue ¿qué más me da a mí cantar que hablar alto mientras mi trabajo?.

—¿Sabes por qué el ama está tan enfadá?. Porque ha ido a la cocina con una cara muy fea y sin decir na se ha sentao a leer un libro.

—Yo lo sé too. Y ahí -apuntando a la habitación inmediata- en ese cuarto ha sucedido... ¡Mia!...

Y le contó lo sucedido entre Dña. Remedios y su hijo. La criada tan pronto se echaba las manos a la cabeza, como hacía cruces o lanzaba al aire patéticas exclamaciones e interrumpía a Andrés su narración, expresada con prosopopeya y adornada con ciertos chistes característicos suyos. Contado el episodio; detrás vinieron los comentarios; y en los comentarios estaban, cuando los sorprendió Ángel.

—¿Qué es lo que habláis?.

—Pero señorito. ¿Cómo se le ha ocurrido ser cura?.

—¿Tú también?... Anda; y dí a mi madre que voy a dar una vuelta por el campo. Y tú, Andrés, ensíllame el caballo.

—¿Solamente tu caballo?.

—¡Qué!, ¿quieres acompañarme?.

—¡Recórcholis!. ¡Angelito!. Por algo te lo he preguntao.

—Pues, ¡qué se va a hacer, Andrés!. Hoy tienes que terminar el trabajo en que te hallas, y si te vienes conmigo, se quedará sin concluir.

Ángel se volvió, y Andrés torciendo el ceño murmuró:

—¡Uf, uf, uf!. ¡Qué mal güele esto!. Y se fué a cumplir su mandato.

Montado en brioso caballo y seguido de un perro perdiguero y tres galgos marchó Ángel. Había dejado atrás el pueblo y ya había cruzado el monte y todavía seguía pensando en lo acontecido con su madre:

—Guerra me declara mi madre; pues guerra tendrá... Ya puede estar segura que he de salir victorioso, no me vencerá... Pero qué capricho más extraño... ¡Dios mío!. ¡Dios mío!... Pediré consejo y... ¡Nada!. Abandonaré estas tierras, me escaparé... ¡Claro! que mi madre se va a llevar un disgusto morrocotudo... Pero ¡qué!. Ella ya me lo ha dado a mí... Y ¿si me aconsejasen que permanezca aquí hasta que sea mayor de edad?... Señor mío y Dios mío dadme fortaleza y haced que no sucumba en la tentación...

Mil pensamientos pasaron por su mente, causando muy distintas impresiones en su ánimo y en una de estas comenzó a recitar aquellos versos de Sta.



Teresa que muy bien tenía grabados en su memoria:

"Todos los que militáis
debajo de esta bandera
ya no durmáis, ya no durmáis;
pues ya no hay paz en la tierra.

Ya como capitán fuerte
quiso nuestro Dios morir,
comencémosle a servir,
pues que le dimos muerte.

¡Oh qué venturosa suerte
se le siguió desta guerra!
Ya no durmáis, ya no durmáis,
pues Dios falta de la tierra.

No haya ninguno cobarde,
aventuremos la vida,
pues no hay quien mejor la guarde,
que el que la da por perdida.

Pues Jesús es nuestra guía
y el premio de aquesta guerra.
Ya no durmáis, ya no durmáis
porque no hay paz en la tierra".

Entusiasmado estaba, y repetía de nuevo la 4ª estrofa, apenas terminar el primer verso: "No haya ninguno cobarde", uno de los galgos saca una liebre y el caballo da un bote y a carrera tendida se lanza tras la liebre: "¡Perro, perro!... gritó Ángel; y los galgos corren, no ven la tierra y la liebre tuerce para una parte y tras ella van los galgos; ya el blanco se adelanta y con su hocico toca la liebre, la que dando un salto, cual si se le hubiera aplicado una descarga eléctrica, deja atrás a su enemigo. El pinto la da un cruce, más ella se para de repente en la mata de un tomillo y los galgos no se pueden frenar en su carrera; al fin se detienen y emprenden de nuevo tras la liebre, que corre que te corre por la parte opuesta se había metido entre las patas del caballo que venía bufando.

Ángel estira de las bridas y el caballo se encabrita de manos y casi, casi, se desploma para atrás. Emprende de nuevo su carrera y trata de cortar a la liebre que volaba por un cerro seguida por los galgos; ora el blanco se adelanta, ora tuerce para la izquierda, ora para la derecha, ya el negro, en una media vuelta, salta por encima de la liebre, ya el blanco intenta darla un zarpazo, pero queda burlado. "¡Perro, perro!"

vuelve a gritar Ángel, que ya se encontraba también cerca. A las voces de su amo los galgos se animan, y la liebre hace los últimos esfuerzos; el negro la da un cruce, el blanco la vuelve a dar otro, ya se adelanta la liebre, ya el pinto la alcanza y la da un envite; la liebre se detiene y recibe una investida y el blanco que sigue al pinto, y el negro que seguía a este, arremete con ella y de un zarpazo la tira al aire, esta lanza un chillido, pero todavía sigue y corre hasta que el negro, en un nuevo envite se queda con ella entre los dientes, y ufano por su victoria sacude a la liebre para una y otra parte, marchándose a esperar a su amo que, corriendo en su caballo, venía muy atrás. El pinto y el blanco pusiéronse a los lados del negro y de cuando en cuando volvían sus cabezas para ver la presa. Ángel, cuando estaba cerca de los galgos, se apeó les aguardó y mira para atrás a ver si venía el perro perdiguero. El blanco y el pinto se adelantaron un poquito, como si fuera para avisar al amo, y llegados donde éste, se extendieron en el suelo mirando al negro que aún venía con el trofeo de su victoria. Llegado que hubo, depositó su botín a los pies de Ángel, quien, después de haber cogido a peso la liebre, acarició a los galgos, y habiéndola atado a la silla de su caballo, dió unas cuantas palmotadas en los pechos de éste, que por el sudor parecía haber salido del agua. Con las bridas en la mano, en pie y mirando a los galgos aguardó a el perdiguero, que jadeando se le veía venir. Por fin llegó y siguió el ejemplo de sus compañeros, extendiose en tierra.

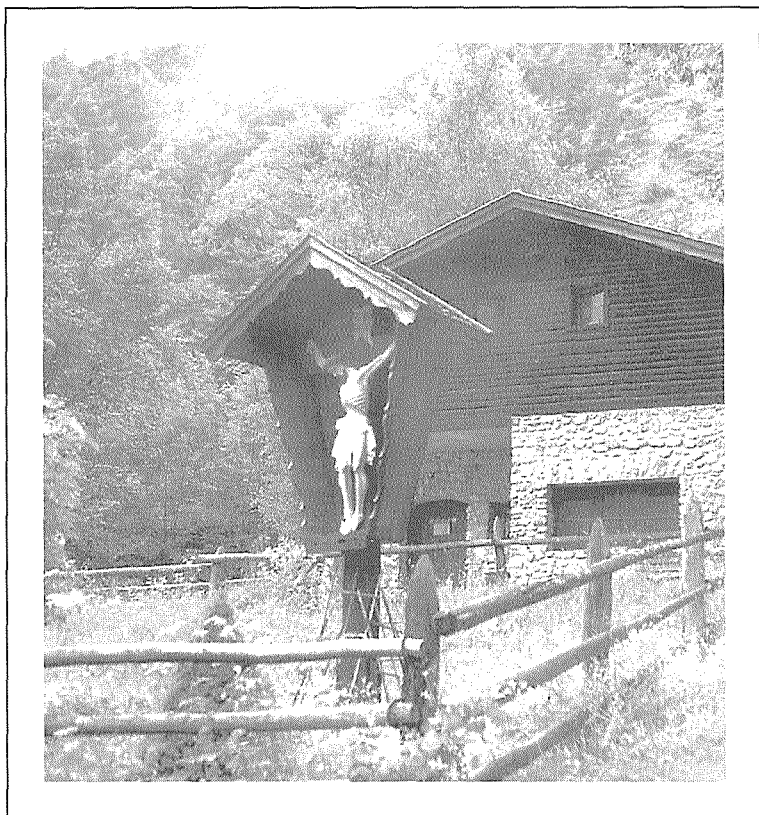
Como un cuarto de hora más aguardó Ángel ya sentado para dar tiempo a que descansasen los perros. Luego se volvió a montar y los podencos se levantaron

poniéndose en filas. No habían caminado mucho; y el perdiguero olfateó, comenzó a ladrar y menear con agilidad la cola. Los galgos se vinieron a él y este olfateando y dando vueltas llegó a una mata de carrascos de la que otra liebre salió más que aprisa, y Ángel a cuatro pies con su caballo; siguiéronle los galgos, gritaba: "¡Perro, perro!.." Y se volvió a repetir la misma escena; pero con más éxito para la liebre, porque, después de mucho correr y dar vueltas y revueltas, tiró recta por un cerro arriba y se metió por el agujero de unas tapias que cercaban una ermita. Los galgos no pudieron saltar por ser bastante elevadas las paredes y escarbaban en el agujero y daban mil vueltas alrededor de la cerca y se deshacían sin ningún resultado.

A todo galope llegó Ángel a aquel lugar y dirigiéndose a la puerta, ató el caballo y al abrirla, el galgo pinto se le coló. Ángel entró, cerró la puerta y sin hacer caso de la liebre, se fué arrodillar delante de una gran cruz de piedra que había a un lado de la puerta de la ermita. Mientras Ángel rezaba, el pinto dió con la liebre, y comenzaron las carreras alrededor de la ermita; pero Ángel no hizo caso ni del pinto, ni de la liebre, ni tampoco de los aullidos del perdiguero que parecía que lloraba por no poder entrar.

La liebre ya cansada, se refugió y se acurrucó, entre la Cruz y Ángel, el cual con su mano derecha la cogió suavemente, mientras que con la izquierda impedía al galgo que metiera su hocico como intentaba. Después, con caricias la apostrofó: "¡Pobrecita liebre!. Lo que a tí te ha pasado, a mí me ocurre. A tí te han perseguido los galgos, y mi alma es perseguida por los lobos infernales. Tú, por haberte

metido en esta cerca y refugiado al pie de la Cruz, te has salvado, a mí me sucederá lo mismo; me meteré debajo del manto de la Stma. Virgen, y allí pediré socorro a Jesús Crucificado y seguro estoy que Jesús y María me socorrerán y me salvarán... ¡Pobrecita liebre!..."



Ángel se levantó, y habiendo besado la Cruz, se salió y antes de cerrar la puerta, y ya fuera también el galgo pinto, soltó la liebre diciendo: "Quédate ahí

dentro de esta cerca hasta que hayamos desaparecido yo y los galgos, porque si sales antes y te ven estos, lo pasarás mal, y no respondo de tu vida."

Montado en el caballo se dirigió al pueblo rectamente sin separarse del camino. Iba triste, meditabundo y pensaba cómo se había de portar aquella noche durante la cena.

Cuando llegó a casa, ya habían venido los criados del campo y al encontrarse con algunos, quien le miraba compasivamente, quien con admiración, éste como si quisiera preguntarle algo, y aquel como reprendiéndole, y al abrir una puerta se enfrentó con Perico que traía al hombro una escudriña de harina para apajar al ganado y preguntó a Ángel:

_Pero... Angelito mío... -en la emisión de su voz se notaba que tenía suma confianza con su amo y le quería muchísimo más que Ángel a él-. Con que ya me vas a dejar. ¿He?. ¿De manera que quieres ser cura y no sé si fraile también?.

_¿Quién te ha dicho semejante cosa?.

_Andrés nos lo ha contao a toos los criados.

_¡Bah!.

Y sin decir más, dejó a Perico, y siguió su camino. Apenas se había sentado en su cuarto, cuando oyó que su nombre era pronunciado en una habitación inmediata, y picándole la curiosidad se fué a escuchar, sin hacer ruido, a la puerta y percibió el diálogo siguiente de dos criadas: una joven que se llamaba Felisa y otra ya anciana que se denominaba Josefa.

_Mía, Josefa, te lo digo francamente. Un señorito tan guapazo y tan galán como es Ángel que se meta a cura es una tontería, y no saberse aprovechar de

tan hermosas cualidades... ¡Vaya!. Que si otros fueran como él...

_Pero, Felisa, si ninguna dignidad es tan grande como el ser cura. Ya ves cómo se respeta y cómo se le quiere al cura de aquí; y ¿tú te crees que si D. Antonino no fuera cura, se le estimaría como se le estima?. No te lo creas, guapa. Y... deja, deja...

_¡No! si yo, ya le dejo; pero ya verás cómo el ama no lo dejará, porque... bien sabe ella lo que vale Ángel y además... a nadie le amarga un dulce...

_Pues si Dña. Remedios no le deja, no obrará bien.

_Pues, sí señora, hace bien no dejarle y si yo fuera ella, tampoco lo dejaría. ¡Qué cuernos!

_Lo único que adelantará el ama es que Ángel no la quiera y que aborrezca la casa. ¡Mira, cómo hoy ya se ha ido al campo solo y cuánto tarda en venir!

_No ha venido, porque se le habrá juntao seguramente su amigo Celestino, y los dos se pasan las horas muertas.

_No te lo creas, Felisa. La causa de su tardanza es por lo que he dicho.

_Sí, puede ser; pero... cualquiera lo adivina.

_Bien adivinado está. No te extrañe lo que te voy a decir. Yo he conocido a Ángel desde que vino a este mundo y recuerdo muy bien las cosas que hacía de pequeñito; también me acuerdo de otras muchas de cuando tenía 13 ó 14 años y de todo esto puedo colegir ¡pásmate! me atrevo a decir que si él se ha empeñado en ser cura y su madre se empeña en quitarle la vocación cualquier día desaparece de estas tierras.

_Pero ¿qué dices Josefa?.

_¡Cuernos!. Lo que oyes.

_Y ¿se atreverá Ángel a hacer eso?.

_Ángel tiene pujos para hacer eso y mucho más, Felisa.

_Sería cosa rara y extraña.

_En mi larga vida, Felisa, he oído que otros jóvenes han hecho eso por metérsele en la cabeza a sus padres mil tonterías, por no decir mil demonios; así que no sería nada de extraño que Angelito lo hiciera.

_Mas antes de hacer eso lo consultaré. ¡Josefa! es una cosa que va mucho monta en ella.

_Si obra prudentemente, así lo hará; pero los jóvenes sois jóvenes y no tenéis la prudencia de los que tenemos canas.

_¡Ja, ja, ja!. Todos los viejos decís lo mismo.

_Porque tenemos experiencia, y de la experiencia es hija la ciencia.

_No me convences, Josefa, porque si Ángel se mete cura, la alegría de esta casa toda se esfuma y eso no está bien. Menudo disgusto para Dña. Remedios si se marcha su benjamín... ¡Estaría bonito!. Ha tenido que estar en Salamanca mientras que Ángel hacía sus estudios, porque decía que no podía vivir sin su hijo, y ahora iba a consentir que se metiera en un seminario. ¡Ca!. No pasará por eso ella.

_Pues, Felisa, tarde o temprano se lo tendrá que tragar. No siempre va a andar Ángel alrededor de las faldas de Dña. Remedios. ¡Cuernos!. ¡Sólo faltaba!.

Atentamente escuchaba Ángel cuando inconscientemente le salió un fuerte estornudo que hizo exclamar a Felisa:

_Vámonos de aquí, que ya está ahí el señorito y si me oye ¡bueno se pondrá!. -Y corriendo se fue-.

Ángel no pudo menos de reirse con cierta compasión y en voz baja dijo: "¡Pobre Felisa!. Si supieras que no he perdido ni una sola de tus palabras... Te he cazado como al conejo en su madriguera. ¡Dios y la Virgen María, te perdonen!.

CAPÍTULO IX

*“No se puede servir a dos
señores” -Lc 16,13-*



“ Escucha, Israel, Yahveh nuestro Dios es el único Yahveh. Amarás a Yahveh tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza.” -Dt 6,5-

_Ángel, he recibido carta del P. Director del Colegio de El Pardo y me dice que le parece muy bien lo que decía en la que le escribí; exceptuando lo tuyo.

_¡Válgame el Cielo!. Pero, Celestino, ¿no da ninguna razón?

_Solamente dice que para entrar en un Colegio, como es el de El Pardo, se necesita el consentimiento paterno.

_¿Nada más pone eso?

_Tocante a tí nada más.

_Y si tú te marchas amigo mío, ¿qué he de hacer yo?

_Hombre... Te voy a decir una cosa que no he querido manifestarte hasta no haber tenido contestación del R. P. Director. Y es que, cuando estuve en Salamanca el otro día, consulté tu caso con varios religiosos; uno era Capuchino, otro Jesuita, y también a un Carmelita.

_Y a los Dominicos ¿no preguntaste?

_También.

_Y ¿qué te dijeron?

_No convenían en todo. Pero el Capuchino me dijo, que si tratara de entrar en otra Orden distinta de

la Seráfica, seguramente ni aconsejaría lo que aconsejaba.

_Todavía no has dicho el consejo.

_Pues aconsejó que aprendieras bien el latín sin que se enterase tu madre, a poder ser, y que tuvieras paciencia por un año, para ver si cambiaba tu madre de parecer...

_Tener paciencia por un año... ¡Qué fácilmente se dice!... y ¿qué?. ¿Me voy a estar con los brazos cruzados?. ¿Voy a poner un sello a mis labios para...

_Ya me dijo que con frecuencia solicitases el permiso y que no te amedrentases por la dureza de las respuestas que sin duda recibirías de tu madre.

_Y dices que espere un año ¿verdad?.

_¡Claro!. Después... ¡quién sabe!.

_Pues yo sí sé que mi madre no cambiará, si no se obra un milagro; pero un milagro de eso que... ¡Vaya!. No ignoras las terribles disputas que hemos tenido. Casi siempre hemos comenzado por buenas y hemos terminado... ¡qué sé yo de qué manera!. Los criados mismos se han alborotado y... menudas contiendas sostienen entre sí; unos favorecen a mi madre y otros me apoyan a mí. En fin, que mi casa está, pudiera decir, en completa guerra y esto ¿va a durar un año?. De ninguna manera. Antes desaparezco yo de estas tierras, si no encuentro otro remedio mejor.

_No olvides que muchas veces por evitar un mal menor, se cae en un mal mayor... en un abismo.

_Mayor mal, que no corresponder yo a la gracia, no me puede venir.

_Pero puedes ser fiel a la gracia de tu vocación, y al mismo tiempo evitar un grande mal a tu familia y tal vez a todo el pueblo y hasta... quién sabe si también

a la Orden en que deseamos ingresar.

_Todo eso, Celestino, ya lo tengo muy bien pensado; pero...

_Pero. ¡Mira!. Allí viene un cura y parece D. Antonino.

_¡Claro!. Es él. Vendrá a recoger flores para adornar la imagen de la Purísima. Como estamos en el mes de Mayo...

_Pues, si viene a eso, le ayudaremos nosotros, porque está muy bien que nosotros ofrezcamos flores a la Virgen.

_Esperémosle sentados. -Hecho esto, después de un poco de silencio, prorrumpió Celestino:-

_Siempre me ha gustado considerar la naturaleza. ¿No te llama la atención esas subidas y bajadas que hace el trigo mecido por el viento?. Parece las ondulaciones de las olas del océano.

_Más me gustan los trinos y los pasos de garganta de ese ruiseñor que anda por esas enramadas ¿no oyes?.

_Ciertamente que son hermosos; mas no pares tus sentidos solamente en las notas rítmicas de ese rey de los cantores, considera también el conjunto de toda esa melodía formada por las distintas clases de pajarillos que ahora lanzan su voz a los espacios.

_¡Cuán alegre es el mes de Mayo!. Todo él alfombrado de hierba y flores; los pájaros se muestran complacientes como aquellos dos "siete colores" que están en la punta de aquel árbol, ¿no los ves allí?.

_Sí, ya los veo; y más abajo hay un verderol.

_Pues bien, desde esas avecillas hasta, mira, a esta laboriosa abeja que extrae de esa flor el néctar para hacer la miel, todo en este mes es precioso y todo

rebosa vida y alegría y ¡que solamente mi alma, Celestino, esté anegada en tristeza!.. ¡Y que sea la causa de esto mi propia madre!...

_¡Vamos!. No comiences, Ángel...

_Sí, mejor será porque...

_Ya llega D. Antonino, y no está bien que note nada.

_Tienes razón. Desimularé. Y levantémonos, Celestino.

Faltaban unos metros todavía y ya el sacerdote preguntó sonriente:

_¡Hola!. ¿De paseo?.

_Sí Señor, a saborear algo las bellezas que nos ofrece este mes. -Contestó Celestino-.

_Y las mamás ¿en casa?.

_Sí, Señor.-Celestino respondió otra vez, y preguntó:

_¡Qué!. ¿Ha venido usted a recoger algún ramillete de flores para la Virgen?.

_No es ese el objeto principal, Celestino; pero de paso no estará mal llevar algunas.

_Nosotros le ayudaremos, -dijo Ángel-.

El buen cura se rió casi a carcajada; y como Celestino creyera que D. Antonino se lo había tomado a broma, insistió:

_Sí, Señor Cura. Va de veras. Nosotros también queremos obsequiar a la Reina del Cielo.

_A la Reina del Amor Hermoso puedes decir, Celestino, porque todo este mes está dedicado por la Sta. Madre Iglesia a la Madre del Amor Hermoso.

_Muy bien, así -repuso Celestino- que el ofrecimiento de las flores es hecho a la Virgen María bajo ese preciosísimo título del Amor Hermoso.

_¡Bueno!, Celestino, y ¡qué!, ¿ya te contestó el Director de El Pardo?. -Preguntó frotándose las manos D. Antonino-.

_¿Quién le ha dicho a usted que yo he escrito a El Pardo?.

_¡Otra!. Pues si esto no lo sabe el cura ¿quién lo va a saber?.

_¡Vaya! -replicó Ángel-. Como si eso fuera Teología o Derecho Canónico.

_Pero dí -insistió el sacerdote-. ¿Ya has recibido contestación?.

_Sí, Señor. Y me ha dicho que vaya cuando quiera, pero dentro de los meses de Julio y Agosto.

_Y tú ¿cuándo te piensas marchar?.

_Cuando mis padres lo determinen; mas supongo que será en Agosto.

_Y tú Ángel ¿no te vas con tu amigo?.

_Deseos no me faltan -murmuró tristemente Ángel-, pero mi madre... Dígaselo usted a ella para ver qué contesta.

_Dios cambiará el corazón de tu madre -compasivamente se expresó D. Antonino- y verás como te deja ir con Celestino.

_No lo creo yo así Sr. Cura.-Contestó Ángel-.

_Y ¿qué debiera de hacer mi amigo en ese caso, D. Antonino?. -Ingenuamente interrogó Celestino-.

_Tener paciencia y aguardar... Sí; hay que dar tiempo a estas cosas; porque sin estar los ánimos sosegados, no se puede pensar, ni discurrir nada útil. Cuando pase la primera borrasca, ya se apercibirá uno para la segunda; pues esta no le cogerá de sorpresa a Ángel.

_¿Qué quiere decir usted con todo eso?.

_Lo que dije al principio, Celestino. Que hay que armarse de paciencia y dejar que obre el tiempo.

_Ya comprenderá usted D. Antonino -repuso Ángel- que los jóvenes tenemos la sangre muy caliente, por no decir hirviendo, y que nos es imposible permanecer como los viejos.

_Pues, hijo mío, en asunto como el tuyo, tienes que hacerte viejo, es decir, tienes que obrar como los ancianos, aunque no te agrade.

_Sea así, Sr. Cura -replicó Ángel-, pero bien sabe usted que las golondrinas por instinto natural dejan estas tierras cuando se aproxima el invierno y el hambre... es hambre.

_Hablas, Ángel, de una manera -contestó el Párroco- que me temo que me hayas obligado a hacer un juicio tal vez demasiado temerario.

_Si no me engaño, el juicio de usted, nada tiene de temerario y si no... dígalo.

_Casi no me atrevo.

_Pues lo diré yo por usted -repuso Celestino- que usted ha pensado que aquí, Ángel, ha querido decir que tiene tentaciones de abandonar esta tierra fugitivamente. ¡Qué!. ¿A que este fué su juicio?.

_Ese mismo.-Declaró el Sacerdote-.

_Y a eso me refería -Ángel afirmó-.

_Si así es, tengo que decirte que, si llegas a caer en esa tentación, harás un horrible disparate. ¡Mira!, Ángel, -continuó con gravedad el Sacerdote- te recomiendo por amor de Dios que no des un paso en falso, porque pudiera ser fatal. Sé muy bien, que ha habido individuos y hasta santos, que han puesto en práctica ese tu pensamiento, pero considera que a tí te rodean circunstancias muy distintas de las que a ellos

rodeaban. Y este consejo recíbelo, no como de la simple persona de D. Antonino, sino de un Sacerdote, que está revestido de la dignidad de otro Cristo.

_Ya que apela usted a su dignidad, por esa misma dignidad del sacerdocio prometo seguir ese consejo. Bien sé, que esta promesa me ha de ser causa de tener que sufrir mucho; pero no me arrepiento de haberlo hecho. El Señor me dé fortaleza y tenga misericordia de mí.

Continuaron la conversación y habla que habla, pasaron de un asunto a otro y a otro, hasta que D. Antonino indicó que cogiesen flores, si querían ayudarle. Con sumo gusto, y recordando los tiempos infantiles, cogieron flores que iban llevando al Sacerdote, que sentado en la verde hierba, hacía una corona para la Virgen. Cuando la hubo terminado dijo Celestino:

_No creía yo que tenía usted tan buenas manos. ¡Vaya!. Ni las coronas que hace Dña. Vicenta están tan bien... Ni son tan preciosas...; ¡Qué hermosa va a estar hoy la Virgen!.

_Vamos a coger un ramillete cada uno y nos marcharemos: ya va a ser hora .-Esto dijo D. Antonino y, habiendo formado cada uno su ramillete, se volvieron al pueblo.-

El Sr. Cura se adelantó, para poner la corona a la Virgen y colocar los ramilletes en el altar. Cuando Ángel y Celestino llegaron a la Iglesia, ya estaba la Virgen adornada con la corona; y los ramilletes se encontraban entre otros que algunas "Hijas de María" habían llevado. La Iglesia estaba casi llena de gente que aguardaba ansiosa el comienzo del ofrecimiento.

Al comenzar el acto del ofrecimiento se cantó

con gran fervor por todo el pueblo el coro de:

"Venid y vamos todos
con flores a porfía,
con flores a María
que madre nuestra es"

Y las "Hijas de María" interpretaron respectivamente las estrofas:

"De nuevo aquí nos tienes,
purísima doncella,
más que la luna bella,
postrados a tus pies.

Venimos a ofrecerte
las flores de este suelo,
con cuanto amor y anhelo
Señora tú lo ves".

Entusiasmados salieron los dos amigos.

_Ángel, hoy sí que hemos podido decir con verdad a la Virgen María: "Venimos a ofrecerte - las flores de ... etc.

_¡Calla Celestino!. Y dí más bien: las penas de mi amigo...

_Pues sin duda, que eso le agrada muchísimo más que las flores materiales por hermosas y aromáticas que sean.

_No lo ignoro, amigo mío, Celestino, y eso me sirve de consuelo.

Hablando siguieron hasta la plaza, desde donde tiró cada uno para su casa.

Habiendo llegado Ángel, su madre le llamó a solas para leerle una carta de su hermano Jesús que se encontraba estudiando en Madrid. Nada más terminar Dña. Remedios de leerla, dijo su hijo Ángel:

_Madre, mi hermano la pide dinero, y yo le voy a pedir otra cosa. Que, por el amor que tiene a mi hermano, me deje ser sacerdote.

_Es que te quiero a tí más, porque eres menor que Jesús.

_Entonces... si mi hermano quisiera ser cura ¿le dejarías?

_¡Claro!. Aunque fuera ahora mismo.

_Luego usted ha dicho una cosa inexacta; y perdóneme que se lo diga.

_¿Cuál es?

_Que quiere menos a Jesús que a mí.

_Eso sí lo he dicho, y no es ninguna inexactitud, pues no te dejo marchar de mi lado por eso mismo que te amo más.

_Qué mal entiende usted el amor. ¡Madre mía!. Si usted me amara más que a mi hermano, no solamente no impediría ser yo Sacerdote, sino que ahora mismo me daría su bendición para serlo. Más ¡ay! . Usted confunde el amor con el cariño, usted no me ama...

_Yo te amo como tu madre que soy...

_Pero no me ama según manda Dios. El amor de usted es solamente natural.

_¡Qué sea como quiera!. Pero no puedes negar que te quiero.

_Pues lo niego, y por ello no se moleste.

_¿Por qué?

_Porque es usted quien se quiere a sí misma y

no a mí.

—¡No es cierto!. Yo te amo, más que a mi vida...

—¿Más que a su vida?. Puede ser; pero no más que a su honor, que a su honra y que a su comodidad.

—Prueba lo que afirmas.

—Allá va. Usted no me deja ser Sacerdote porque sueña en unirme con la hija de los Marqueses XX y de esta unión quiere aprovecharse...

—¡Calla, calla!. No continúes. ¿Así piensas de tu madre?.

—¿Por qué me interrumpes?. ¿He puesto el dedo en la llaga?. Pues todavía no he dicho nada...

—Me estás insultando...

—Estoy diciendo la verdad sin insultarla...

—¡Mentira!. Yo no te dejo ser Sacerdote porque no tienes vocación.

—La tengo. Dios me la ha dado, y Él me la conserva; pues de lo contrario, usted ya me la hubiera quitado.

—¿Prueba que tienes vocación?.

—¿Qué pruebas quiere usted?. Ya no asisto a los bailes, comulgo casi todos los días, rechazo toda amistad de distinto sexo, renuncio a lo que pretende usted, y a pesar de su continua contradicción, me encuentro animado y anhelo vehementemente llegar a ser Sacerdote; y ¿todavía quiere mayores pruebas?.

—Sí, quiero que me obedezcas.

—Me parece que nunca la he desobedecido desde el día que la declaré mis deseos.

—Nunca me has obedecido, desde ese día, dí más bien; porque cuántas veces te he dicho que no me hables de eso y tú ¿cómo has cumplido ese mandato?.

—Es que en eso no debo obedecerla.

_A tu madre debes obedecerla en todo.
¡Habrás visto!.

_Debo obedecer primero a Dios que a usted. Y Dios me manda que sea Sacerdote y usted ¿por qué no me deja seguir la voz de Dios?.

_La voz del diablo es la que voy a dejarte seguir...

_Es que no quiero seguir esa voz, aunque usted me está forzando para que la siga...

_¡Nada!. Todo me lo has de interpretar mal...

_No señora. Yo interpreto las cosas tal cual son.

_Tú las interpretas según te dicta el demonio, para hacerme rabiar y consumirme la paciencia. ¡Dios mío!. Ni el Santo Job pudiera soportar a este hijo... ¡Cuándo podré quitarte de delante!.

_Ahora mismo si quiere usted. Deme licencia por escrito para seguir mi vocación y esta misma noche abandonaré este pueblo. ¿Saco papel y pluma?.

_Lo que tienes que sacar es una mordaza para ver si aprendes a no contestar a tu madre. Si fuese tu vocación verdadera, no me contradecirías así.

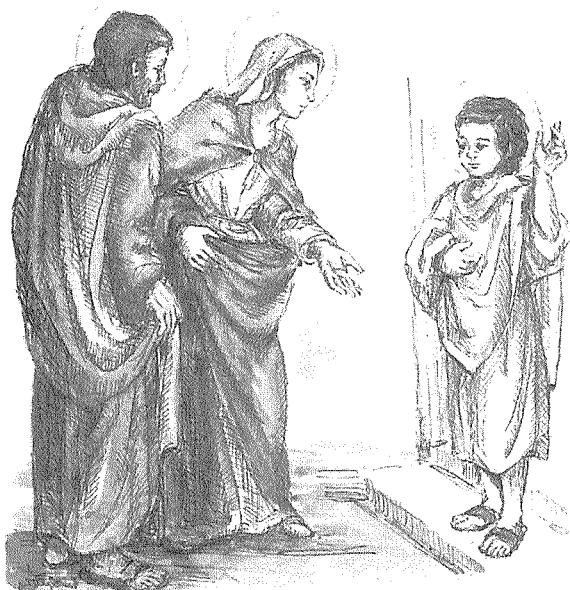
_Si usted, por buenas, me diera licencia para seguir mi vocación, no tuviera que recibir las respuestas que me es imposible no dárselas.

_Lo que te voy a a dar es la herencia de tu padre y después despedirte. ¡Ay!. Solo haces matar a tu madre a disgustos.

_Me basta el que me de el permiso por escrito; y no me hacen falta bienes; ni los de usted ni tampoco los de mi padre. Ya me las sabré yo solo arreglar...

_¿Hasta eso te atreves?. ¡Oh qué hijo más insufrible!. Cuando se te mete una cosa en la cabeza no hay quien te la saque...

Dña. Remedios dejó a su hijo, quien sin responder y viéndose solo, se marchó a su cuarto a postrarse delante de un Crucifijo, y besar un hermoso



*“Él les dijo: Y ¿por qué me buscábais?
¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi
Padre? -Lc 2, 49-*

cuadro que representaba su ideal, según tenía costumbre de hacerlo cada vez que sostenía alguna contienda con su madre.

Había llegado a la cocina Dña. Remedios, cuando la criada Felisa la dijo:

_Angel es atroz ¿verdad ama?.

_Y tanto; pero creo que no le valdrá.

_Hace usted bien; y otro tanto haría yo. Mira que tiene gracia. Le está colmando de mimos y todavía no está contento... ¡Cuerno!. Parece mentira que obre de esa manera.

Despilfarrando continuó Felisa; y la pobre Josefa que también escuchaba, se mordía los labios y ya comprimía su rostro, ya tornaba los ojos en sus órbitas hasta que no pudiendo resistir saltó como una víbora:

_La lengua te debiera de cortar, a ver si dejas de hablar y atiendes más a lo que estás haciendo. ¿Qué te importa a tí que el ama o el señorito obren de esta o de la otra manera?. Tú no olvides que estás como yo sirviendo, y que nada nos interesa que Angel sea o deje de ser cura. Además, si Dios Nuestro Señor le llama, hace bien el querer serlo. ¿Te crees que el ama va a ser como tú?. ¿Tú crees que va a ser tan mala que si conoce realmente que Jesucristo llama a su hijo, no le va dejar irse?. ¿Verdad Dña. Remedios que deja ser sacerdote a su hijo?.

Disimulando lo mal que le sabían estas palabras de Josefa contestó:

_Si llego a conocer que tiene verdadera vocación sí; pero mientras no me convenza de esto, no.

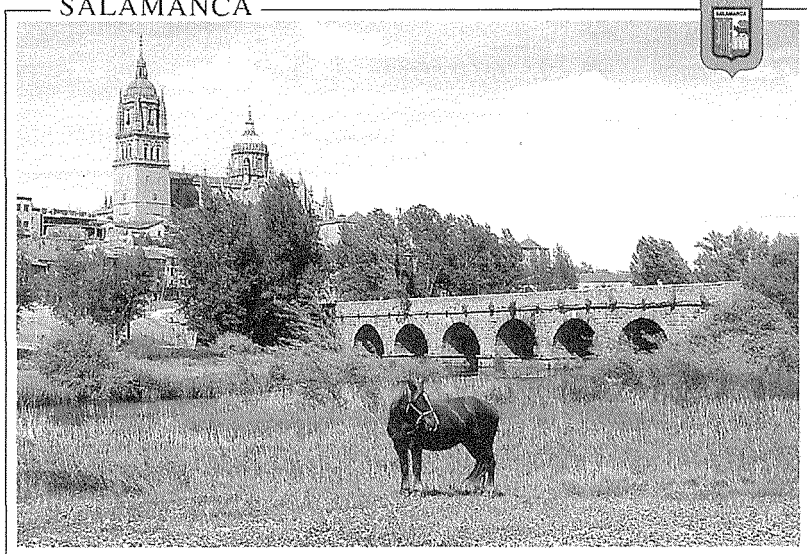
Dña. Remedios era una de esas muchas personas que se tienen por muy cristianas, porque comulgan alguna vez en la semana y dan limosnas abundantes casi más por ostentación que por caridad y se inscriben en un sin número de Cofradías, cuidándose muy poco de cumplir lo prescrito por éstas tocante a lo que hay que hacer privadamente; y para hacer un retrato de la madre de Ángel, con una sola frase, diré que Dña. Remedios tenía la fatalidad de

querer contentar a Dios y al mundo al mismo tiempo; es decir, que a lo mejor por la mañana comulgaba y por la noche asistía a espectáculos no en todo conformes con la ley de Dios. Cosa reprobable y que ningún cristiano debiera hacer: "No se puede servir a dos señores...", nos dice Jesucristo... (Lc. 16,13).

CAPÍTULO X

*Con ideas verdaderas
Ángel intenta convencer
a su madre: ¿Cielo e
Infierno?*

SALAMANCA



Había pasado el alegre y risueño Mayo con todos sus primores; los trigos comenzaban a ponerse dorados y los estudiantes abandonaban las aulas para comenzar las soñadas vacaciones. A disfrutar las vacaciones venían de Madrid Jesús -hermano de Ángel- y Cesárea. Él con el doctorado en derecho civil; y ella, hermana de Celestino, que había sido premiada con cinco diplomas.

Ángel y Celestino les aguardaban impacientes en la estación de Salamanca. Un estridente silbido de la máquina del tren, cual si hubiese sido un resorte aplicado a los nervios de las personas que en su seno llevaba y de las que en la estación lo esperaban, puso en movimiento a todas ellas; y ya el andén se llena de tanta gente que apenas se puede dar un paso, y ya por las ventanillas de los coches sacan muchos las cabezas, mientras otros, cogiendo los bultos y maletas, se disponen a bajar. Bufa y chasquea la máquina, porque, con poderosos frenos, se la va deteniendo su veloz carrera; y, cuando ya casi está dominada completamente, lanza a los espacios otro silbido que parece un quejido; quejido que a muchos hace gritar: "¡Ya paró!. Subamos pronto para coger asientos, mas

que no se quede ningún bulto abajo". Y a otros les impele a exclamar: "¡Bajemos pronto, que nos esperan!".

Efectivamente, de un coche de primera bajaron Jesús y Cesárea, juntamente con unos tíos de ésta que se llamaban D. Fermín y Dña. Meli inesperados por Celestino. Hechos los saludos acostumbrados, todos se dirigieron al auto de Cesárea y Celestino. Montados y colocados los bultos y maletas del modo que Dios les dió a entender, a una indicación de Celestino el chófer puso en marcha la furgoneta que parecía un microbús.

_Con que, Celestino, -exclamó su tía Meli- ¿Te vas a meter fraile?.

_Sí Señora; y fraile Capuchino.

_¿Para cuándo te vas a ir? -Preguntó su tío D. Fermín-.

_Todavía no lo hemos determinado; mas supongo que será a mediados de Agosto.

_Muy bien -prorrumpió Cesárea- pero... ¡Dios mío! qué poco tiempo me queda para estar contigo. ¡Solamente unos dos meses!.

Jesús intervino, miró a Ángel y dijo:

_Mi hermano también quiere ser sacerdote. ¿Verdad, Ángel?.

_¿De veras?.-Interrumpió Dña. Meli-.

_Tan de veras. -Contestó Ángel-.

A lo que Jesús replicó:

_Ahora creo que mi madre no lo dejará.

_¿Por qué?.-Preguntó D. Fermín-.

Y Jesús con cierta sonrisita le contestó:

-Porque es el menor; y ...el de los mimos...

Ángel escuchaba todo esto con la cabeza baja, y su amigo Celestino con mucha habilidad, cambió de

conversación y fue tan animada que el conductor juzgó conveniente avisar cuando llegaban a la plaza de la Libertad, de la que estaban cerquita las dos casas a donde se dirigían. Celestino interpretó la advertencia del chófer como si fuese una pregunta, y le indicó:

_Primero vamos a dejar a Jesús y Ángel. Después, a nuestra casa.

Eran las diez y media de la mañana. Ya por la tarde, hacia la hora 16 Celestino marchó a buscar a su amigo Ángel, para dar un paseo por la ciudad.

_¿Dónde está tu hermano Jesús?.

_En la cama, descansando del viaje.

_Pues lo mismo están haciendo mis tíos y mi hermana.

_¿Quieres dar un paseo por ahí?.

_Para eso he venido, Ángel.

_Aguarda un momento, amigo, que voy a mudarme la chaqueta.

Cuando Ángel volvió, marcharon a la plaza Mayor y habiendo dado un par de vueltas por ella, cogieron después la calle de la Rua adelante. Al pasar enfrente de la librería Religiosa, Celestino se detuvo de repente, y se quedó mirando el escaparate.

_¿Qué miras?.-Preguntó Ángel.-

_Me llama mucho la atención ese cuadro que representa el cielo. ¡Qué colores más vivos tiene!. ¡Jamás he visto otro semejante!.

_¿Deseas hacerte con él?. Si quieres... será un regalo mío.

_Es otro el pensamiento que me ha venido, Ángel, mas necesitaría también otro cuadro que represente el infierno y que sus colores fuesen tan chillones o vivos como estos.

_Nada perdemos con preguntar; pero... ¿para qué los quieres?.

_No los quiero para mí, sino para tí, Ángel.

_Y ¿para qué me van a servir a mí?.

_Para lo siguiente; y te lo diré en breves palabras, porque no conviene que llamemos la atención a los que por aquí pasan. Digo que, si no te parece mal, compraremos este cuadro y otro que represente el infierno, si es que se vende, para que los cuelgues, sin que se dé cuenta tu madre, en una habitación, y cuando los tengas ya colocados, la llamarás y ...

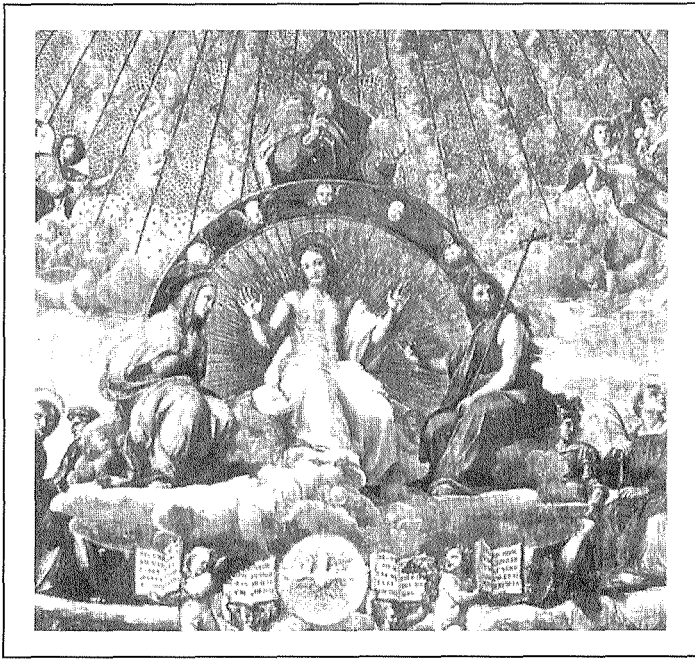
_Y ¡Basta, Celestino!. Ya te he comprendido, y me parece que es una ocurrencia feliz. Así que vamos a entrar a ver si tienen el otro cuadro que me hace falta.

Preguntaron y como le sacasen varios cuadros que representaban el infierno, escogieron el que más contraste hacía con el del cielo. Habiéndolos comprado, salieron de la librería muy contentos; y comenzaron los comentarios y con estos, los interrogantes y problemas, ¿cómo resolverlos?.

_¡Menudo golpe se va a llevar mi madre!. Si de esta no cede... entonces si que digo que se necesita un milagro; pero... ¡oye!. ¿Cómo me arreglaré yo para que mi hermano Jesús no me los vea?. Pues está bién que no lo sepa nadie, no sea que se lo digan a mi madre antes.

_Los pegaremos por todos los lados, y a no ser que rompan este papel que les envuelven o que lo despeguen...

_Mucho me temo que aún con eso no se entere



Jesús, porque es tan curioso... Ya procurará despegar alguna esquina sin que se note para atisbar por ella el contenido.

_Con tal que no despegue todo, poco importa.

_¿Y si lo despegas todo?. Lo mejor será que te lo lleves tú, Celestino, y cuando te los pida, me los entregarás con mucha cautela.

_¡Bueno! acepto.

_Pues convenido en ello.

_Ahora vamos desde aquí a dar una vuelta a la Catedral... y luego... a casa; pues hay que salir de aquí a las seis lo más tardar, para no llegar muy tarde al pueblo.

_Todo estará el ir a gran velocidad, Celestino.

_Para tí eso es cosa bonita; pero a mí no me agrada mucho. Eso de morir a lo mejor estrellados contra un árbol o bajar rodando como una bola por un

precipicio... ¡Quita allá!

_Adios nuestros ideales pudiéramos decir entonces ¿verdad?._Dijo Ángel con la sonrisa en los labios y en tono humorístico-.

_De seguro que ya no tendrías más contiendas con tu madre. -Replicó Celestino en el mismo tono-.

Y conversando unas veces en bromas y otras en serio, se transcurrió el tiempo. A las seis y cuarto, en compañía de sus hermanos y tíos, dejaban ya la ciudad. Jesús y Cesárea hablaban de la Capital Española y sus tíos se reían a más no poder, y Ángel marcaba en su rostro una sonrisilla que bien se notaba ser artificial. El pensamiento de los cuadros le tenía preocupado como se echaba de ver por las miradas que de cuando en cuando dirigía a la maleta donde su amigo los había guardado.

El chófer, al entrar en el pueblo, tocó dos o tres veces la bocina, con lo cual avisó a los que se encontraban en la casa de D. José que llegaban los esperados.

En efecto Dña. Consuelo y su amiga Dña. Remedios salieron a la puerta seguidas de dos criadas y dos criados. D. José se encontraba ausente; pero no tardaría mucho en llegar.

El automóvil se paró y Cesárea y Jesús fueron recibidos por sus madres con los brazos abiertos, besos y felicitaciones, y tras un breve intervalo, quien coge una maleta, quien un bulto, éste, al dar media vuelta, da un empujón a Dña. Meli que seguía besando a Dña. Consuelo; aquel, al volverse, pega un coscorrón a Felisa que exclama: ¡Zopenco! ¡ten más cuidado!; ese otro deja caer al suelo una caja que hace gritar a Cesárea: ¡Adiós, mis placas!. En fin, que Ángel tuvo



— *Casa de la Familia García Guevara* —

que alzar su potente voz y decir:

—¡Bueno!, Señores, sigan entrando, porque si no, es un desorden que nadie nos entenderemos.

Y para dar ejemplo, con la mano derecha hizo señas a su amigo Celestino y estirando con la izquierda por la chaqueta a su hermano Jesús, que hablaba con su madre, entró en casa.

D. Fermín, al ver que Dña. Remedios también entraba con sus hijos y Celestino, dijo a Dña. Consuelo con quien hablaba:

_Vamos para allá, después conversaremos detenidamente.

Habiendo entrado los amos, los criados se desenvolvieron mejor para sacar los bultos, lo que hizo exclamar a uno de ellos:

_"Gracias a Ángel que tuvo atrevimiento para mandar entrar a todos".

En el recibidor estaban cambiando impresiones, cuando llegó D. José. Todos se levantaron y los venidos de Madrid le saludaron y su hija también con besos, como los buenos hijos hacen a sus padres; a lo que correspondió D. José con mil felicitaciones y enhorabuenas y los invitó a sentarse.

En el rostro de todos se reflejaba la alegría menos en el de Ángel, su madre lo notó, y, cuando nadie la veía, dejaba escapar una mirada impregnada de ira hacia su hijo. Celestino la cogió en algunas de ellas y compadecido de su amigo dijo:

_¡Bueno!, con permiso de ustedes Ángel y un servidor nos retiraremos a llevar las maletas.

_Está bien, -respondió D. José-

Y los dos amigos, hecha una inclinación de cabeza, se salieron. Ya solos, prorrumpió Ángel:

_Gracias, amigo mío, por haberme sacado de la presencia de mi madre...

_Ya noté, Ángel, que a veces te lanzaba miradas amenazadoras y, so pretexto de lo que dije, procuré librarte de otras muchas más.

_Y ¡chico! tuviste buena ocurrencia.

_Vamos a cumplir lo que dije para que no resulte una mentira.

Al coger Celestino la maleta donde estaban los cuadros preguntó:

—¿Quieres ahora los cuadros, Ángel?.-Pensando se quedó Ángel y luego dijo:-

—Sí, sácalos ahora que nadie nos ve, y sin tardar más, nos iremos con ellos y los clavaremos en las paredes de mi cuarto; porque, ¡mira! cuando venga mi madre, yo no me dejaré ver y ella ¡claro! enseguida irá a mi cuarto; a reprenderme y... se encontrará lo que no piensa.

—Muy bien está lo que has dicho, Ángel, y démonos prisa.

Sacaron inmediatamente los cuadros y, cogiendo Ángel una maleta y su amigo una caja, se fueron, sin decir a nadie nada, a la casa de Ángel. Al entrar en ésta, se encontraron con Andrés que dijo al verlos:

—¡Recórcholis!. ¿Ya habéis llegado? y ¿dónde ha quedado el Señorito Jesús?.

—Tu vete con Perico y Roque a la casa de Celestino a buscar otras maletas.-Replicó Ángel-.

Y el criado, obedeciendo, con sus compañeros se marchó a la casa de D. José. Ángel condujo a su cuarto a Celestino. Ya en él, trancó bien la puerta por dentro y dijo:

—Aquí sólo Dios y los Ángeles son testigos de nuestros actos. Desenvuelve pronto los cuadros.

Mientras Celestino los desenvolvía, Ángel había cogido una caja de puntitas y subiose en una silla. Al dar Celestino el cuadro del cielo, le dijo su amigo Ángel:

—Mira desde la puerta para ver como le pongo.- Y lo clavó en la pared-.

—Me parece, -dijo Celestino-, que se ve poco, deberíamos poner una bombilla enfocada en él.

_Pues ya lo haremos, venga el otro cuadro.

Celestino se lo entregó; y puesto bastante separado del otro, Ángel replicó:

_Aguarda un poco y cierra la puerta mientras que vengo.

Salió y apenas pasados unos minutos volvió con un rollo de cuerdas; dos bombillas de 100 bujías y un cable. Cerró de nuevo la puerta, y a prisa y corriendo, cambió la bombilla que lucía, por una de las que había traído, después encendió una cerilla y quemó por una parte el cable de la electricidad; y ya, viéndose los hilos, apagó el fósforo y empalmó el cable, que había traído, con el que había quemado. Por medio de unas cuerdas enfocó las bombillas a los cuadros, resultando cosa sorprendente. Después de toda esta faena, que se hizo con rapidez, dijo Ángel:

_¿No te parece que si esta bombilla que da su luz al cuadro del infierno fuese roja resaltará mucho más el cuadro?.

_Creo que sí. ¿Tienes por ahí papel transparente que sea encarnado?.

_Aguarda.-Y abriendo un cajón de un artístico aparador sacó papeles de varios colores-.

_Escoge, Celestino, que voy por goma.

Rápido volvió Ángel con un botellín. Rodearon la bombilla de papeles rojos y enfocada su luz al cuadro exclamaron a la vez:

_¡Estupendo!. ¡Magnífico!.

_Ya me puedo ir -continuó Celestino-, porque no conviene que tu madre me pille aquí.

_Tienes razón. Vamos para allá.

Miraron una vez más a los cuadros iluminados, cada uno en su color, y salieron; Angel trancó la puerta

y se guardó la llave. Sin que nadie se diera cuenta dejaron la casa.

No habían andado mucho, cuando, al volver una esquina, advirtieron que por el extremo de la calle en que ellos habían entrado, venían Dña. Remedios, Jesús y los criados.

_¡Son ellos!.-exclamó Celestino-. Volvamos para atrás; y tú vete a casa que yo tiraré por esa otra calleja para no encontrarme con ellos.

_Ruega a Dios para que resulte bien.

_Así lo haré. Adiós y que tengas feliz éxito.

Mientras Celestino cogía una callejuela que iba a dar a la Plaza, Ángel casi corriendo volvió sobre sus pasos, y bastante antes que llegara a casa su madre, ya se había él encerrado en su habitación. Después de pedir auxilio al Señor, reflexionó sobre lo que había de decir a su madre; y reflexionando estaba cuando llegó ella, quien nada más pasar por el umbral de la puerta, preguntó a Felisa, que había salido a recibirlos:

_¿Ha venido Ángel?.

_No Señora.-Contestó la criada y comenzó a saludar y dar la enhorabuena a Jesús.-

_¿Has visto a Ángel?.

Interrumpió Dña. Remedios y preguntó al criado Máximo, que también salió a recibir al Señorito, ya Doctor.

_No Señora.

_¿Sabes dónde está Ángel?.-Volvió a preguntar el ama al criado Dositeo, que estaba en medio del claustro.-:

_No Señora.

Y exasperada Dña. Remedios se dirigió al cuarto de su hijo, el cual, sintiendo los pasos de su

madre, se puso en pie junto a los cuadros, y aguardó a su madre, que sin llamar abrió rápidamente la puerta. En el mismo umbral de ella, se quedó estupefacta mirando los cuadros. Ángel no perdió ese momento de impresión para su madre y exclamó con énfasis:

—Sí, contemple, madre, esos dos cuadros; mire bien lo que representan y elija ahora el lugar para su hijo. Si quiere que se condene; si quiere que esté en compañía de estos demonios; si quiere que sea martirizado y atormentado como estos condenados, no le deje ser sacerdote, ponga todos los obstáculos posibles para que no siga la voz de Dios; porque si esto hace, esté usted segura que no subirá a este delicioso cielo -y señaló inmediatamente el otro cuadro-, y piense usted firmemente que no formará coro con estos ángeles y santos, ni gozará jamás de las delicias de la vista del Señor. Escúchelo bien; si se empeña en que su hijo se condene, de ninguna manera le permita ser sacerdote, no le deje seguir la voz de Dios; pero entienda lo que la digo: si su hijo se condena, eternamente la maldecirá; sí, maldecirá a usted, su madre, maldecirá también la hora que le engendró y la hora en que le dió a luz; y no solo eternamente la maldecirá, sino que también la odiará eternamente. Sí, eternamente la odiará.

Los vivos colores de los cuadros y estas acerbas palabras, tal impresión causaron a Dña. Remedios que, no pudiendo decir palabra, por fin lanzó un grito y se desmayó; al desplomarse, Ángel dió un salto y la cogió entre sus brazos, impidiendo así que diera la cabeza en la esquina del sofá. Al grito de Dña. Remedios todos los que la oyeron fueron corriendo en tropel donde estaba; y como lo notara Ángel, dejando

a su madre en el sofá, apagó las luces de su cuarto y volvió a coger entre los brazos a su madre de manera que, cuando llegaron Jesús, Andrés, Felisa y otras criadas encontraron a la madre con el rostro blanco como la cera, sostenida por su hijo Ángel, que no estaba menos pálido.

_¡Andrés! -exclamó Jesús-. Vete a llamar enseguida al médico D. Marcelino.

Andrés se fué y entre Ángel y Jesús llevaron a su madre a su habitación y su cama. Cuando llegó el médico, ya Dña. Remedios había vuelto en sí; pero esto no fué obstáculo para que la reconociese D. Marcelino, quien dijo después de haberla auscultado:

_No encuentro nada. Sin duda que fué un desmayo causado por alguna fuerte impresión.

_Eso mismo creo yo, D. Marcelino.-Replicó Dña. Remedios cuidando de ocultar lo acontecido.-

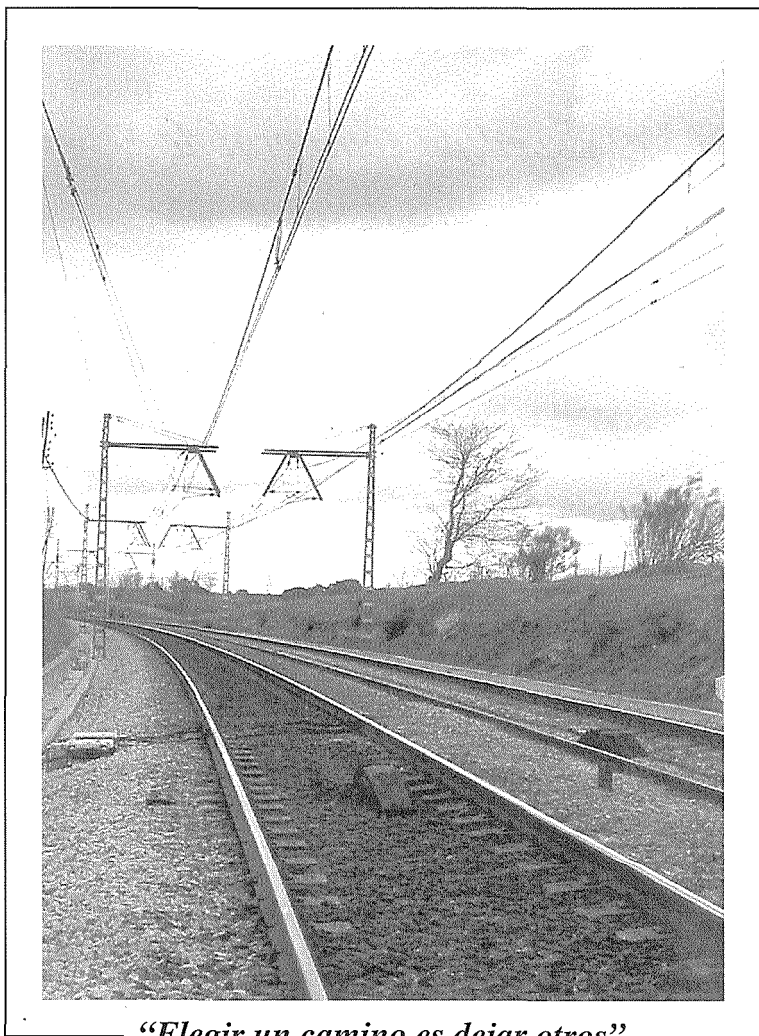
_Pero de todas las maneras -prosiguió el médico- usted debe guardar cama hasta las diez o las once de la mañana.

En la cama continuó Dña. Remedios, y ¡qué noche tan funesta para ella!. Todas fueron pesadillas; a veces despertaba sobresaltada, otras llorando y en algunas se encontró sentada en la cama.

Pero, por fin, amaneció el nuevo día y con el día cesaron las pesadillas y los insomnios y procuró distraerse por todos los medios que la fué posible; la distracción y la disipación borraron las impresiones de la noche pasada; y fracasaron los resultados que Ángel esperaba; pues su madre quedó aferrada en su juicio como antes o más todavía.

CAPÍTULO XI

*Despedida temporal de
los dos amigos*



“Elegir un camino es dejar otros”.

_El tiempo parece una rueda con movimiento continuo. Todo llega, Ángel, amigo mío.-Así se expresaba Celestino, rebotando de alegría-. Mañana, si Dios quiere, me iré a El Pardo.

A lo que Ángel replicó con tristeza:

_ Tú, amigo mío, te vas a ese Colegio, jardín ameno de la Orden Capuchina, como te decía el R. P. Director en una de sus cartas; pero yo me quedo en medio de este mundo lleno de corrupción y de maldad. ¿Qué será de mí?. ¡Ay!. Si uno cualquiera tiene peligros sin cuento en el mundo y se halla casi siempre en la vena del pecado, a mí que, además de encontrarme rodeado por doquiera de esos peligros, se me hace cruda guerra, tanto más peligrosa, cuanto proviene de mi propia madre ¿qué he de hacer, digo, qué he de hacer yo?... Y tú ya te vas, y yo me quedo solo, puedo decir. Tú que me consolabas y a quien yo descubriría mis penas, a quien descubriría mis deseos y mi todo ¿ya te vas, y me dejas solo aquí?.

_Mira, Ángel, ten ánimo, y el que hasta aquí te ha sostenido y ha sido tu apoyo, también lo será en adelante; y Ese, como tú bien sabes, no soy yo, sino que es el Señor, el Dios Omnipotente; así que no temas

y cree firmemente que, si tú no me acompañas al Colegio de El Pardo, me acompañarás al ir al Noviciado, y desde ese futuro día solamente la muerte nos separará al uno del otro.

_Dios quiera que tus palabras, Celestino, sean una verdadera profecía.

_Tal es la fe que tengo en lo que terminas de oír, Ángel, que de no ser así, no estuviera yo tan contento, ni con tanta alegría me marchara. Yo rezaré todos los días por tí; y aunque nos hallemos separados con el cuerpo, permaneceremos unidos con el afecto.



Sí, amigo mío, Ángel, ni la distancia, ni el tiempo serán capaces de separar mi corazón del tuyo: y para que tengas un recuerdo y lo puedas llevar junto a tu corazón, te voy a dar una medalla de oro, una medalla que en el anverso tiene el Corazón Eucarístico de Jesús y en el reverso la Divina Pastora.

Sacó Celestino de su bolsillo un portamonedas preciosísimo y de éste la medalla envuelta en un pedacito de paño de seda, y al entregársela, ya desenvuelta, a su amigo, dijo:

_Ángel, ¿ves cómo este corderito está recostado sobre la rodilla de la Santísima Virgen y cómo le acaricia el Niño Jesús?, así quiero que te pongas tú junto a la Stma. Virgen María; es decir, que siempre te encomiendes a Ella y siempre la tengas por Madre y como a tal, con toda la confianza de un hijo, acudas en tus necesidades; y notarás bien pronto que Jesús te acaricia como a ese corderito, y sentirás siempre en tu alma la paz y fortaleza que te será indispensable. Ten la medalla: recíbela como un recuerdo de tu amigo que mucho te quiere y te ama, y que te la da con todo el afecto de su corazón, como ahora te da un beso y un abrazo.

Sin aguardar más, se abrazaron los dos amigos; e inmediatamente Ángel se desprendió la pluma estilográfica del bolsillo pequeño de la chaqueta y se la ofreció a su amigo con frases afables y contundentes:

_Ten Celestino, mi pluma y consévala como un recordito, aunque insignificante, de nuestra gran amistad.

_Mira, Ángel, no te disgustes, porque no te reciba este regalo, pues es un objeto de gran valor por

el mucho oro que tiene labrado tan artísticamente y ya ves... voy abrazar no una vida cualquiera, sino la Capuchina: y como sabes los Capuchinos siguen a S. Francisco de Asís en su ideal del Evangelio y unión con Cristo pobre y crucificado.

_Muy bien te comprendo, amigo mío, Celestino, y ya que me rechazas la pluma ¿no me cogerás la cadenilla que tengo a mi cuello con la medalla de la Virgen del Carmen?.

_Eso sí, te lo acepto, Ángel.

Este se quitó de su cuello la cadenilla que era de plata y lo mismo la medalla y se la puso a su amigo, quien con la mano derecha la apretó contra su pecho y exclamó:

_Medalla bendita del Cármen que has sido testigo de los latidos del corazón de mi amigo, sedlo desde hoy también del mío. Y dirigiéndose a Ángel le dijo:-

_ Te prometo, Ángel, que no me quitaré esta cadenilla hasta que con el tiempo ella misma se rompa.

Conversando dejaremos a los amigos para trasladarnos al recibidor donde Dña. Remedios, que había ido con su hijo Jesús a la casa de D. José, discutía con Dña. Consuelo, D. Fermín y su esposa Dña. Meli. Y ahora Dña. Consuelo insinuante y amabilísima se dirige a su íntima amiga:

_Mira, Remedios, me extraña que no te convenzas de que Ángel tiene vocación, ¿te crees que, si su vocación fuese falsa, estaría tan empeñado en ser Sacerdote, como lo está, después de haberle hecho la guerra que tú le has hecho?. Estoy convencida de que Dios le llama como ha llamado a mi hijo Celestino; lo único, que tú eres todo corazón y de ahí te viene que te

cueste tanto el desprenderte de él ¿no es verdad, amiga mía?.

Con cierto ríntintín replicó Dña. Remedios:

_En parte tienes razón; pero no es esa la principal.

_¿Cuál es entonces?.-Replicó D. Fermín sonriéndose-.

Con naturalidad Dña. Remedios contestó:

_Pronto será declarado mayor de edad mi hijo Jesús, y puede ser que, cuando yo menos lo piense, me comunique su deseo de casarse; y si él, después de casado se va a vivir a una ciudad ¿a quién voy a confiar toda la labor?. Precisamente no he dejado seguir con sus estudios a Ángel por esta razón; y ahora ¿voy a consentir que no solamente deje todo esto, sino también a mí?.

D. Fermín con gran afabilidad contestó:

_Si en eso se apoya usted, para contradecir a su hijo, se apoya en un motivo insignificantísimo; porque con arrendar usted todas las tierras, y después marchar a vivir a la ciudad con su hijo Jesús, me parece que es cosa muy fácil de hacer. Y hasta yo creo que usted debería de hacerlo una vez que Jesús instale su oficina en la ciudad, pues una casa tan grande como la de usted es demasiado para sobrellevarla una mujer.

_Me satisface, D. Fermín, sus palabras, pero ya ve usted: mi naturaleza no está hecha para vida de ciudad, sino de pueblo. A mí me gusta mucho contemplar la naturaleza y si me encierro en la ciudad, ¿cómo voy a respirar allí el aire tan puro como por estas tierras?.

Una de tantas soluciones como podría haber, se la señaló a Dña. Remedios Dña. Meli:

_Eso mismo creía yo, cuando aquí mi esposo me llevó a Madrid. Los primeros meses ciertamente que la vida de la capital me era insoportable, mas ¿ahora?. Estoy encantada de ella. Además que de cuando en cuando voy a pasar alguna temporadita a una casa de campo que tenemos y después ¡tan divinamente!

Y Dña. Consuelo animó a Dña. Remedios:

_Así que ya ves amiga mía, si tú puedes hacer lo mismo sin que Ángel te haga falta para nada. Y añadió D. Fermín-:

_Y aunque le hiciera falta, si Dios le llama ¿quiénes somos nosotros para oponernos?. ¿No le pertenecemos a Dios más que nos pertenecemos a nosotros mismos?.

_Ya sabe usted -replicó Dña. Remedios dirigiéndose a D. Fermín- que es una ley natural que los hijos cuiden de sus padres...

_Si usted -contestó D. Fermín- necesitara de Ángel para sustentarse y no tuviera otro hijo, entonces muy bien pudiera usted apelar a esa ley natural; pero la situación de usted le impide agarrarse a semejante ley.

_Dña. Remedios -repuso Dña. Meli- yo tengo un hermano fraile, como usted bien sabe, y, cuando quiso serlo, unos tíos míos quisieron oponerse diciendo que hacía falta en casa; pero mi madre no les hizo caso y dió su bendición a mi hermano para que siguiese la voz de Dios, y el que antes parecía indispensable, después no nos hizo falta para nada, y en cuanto a los asuntos, ni siquiera notamos su ausencia.

_Y sabes, amiga mía -continuó Dña. Consuelo-

¿qué resultó después con aquellos parientes?

—¿Qué?.

Y continuó Dña. Consuelo:

—Díselo tú, Meli, que te acordarás mejor que yo.

—Pues que más tarde -afirmó Dña. Meli- nos dimos cuenta que mis tíos se creían que mi hermano iba a un asilo de niños pobres y por ello comenzaron a alegar otras mil razones, pero nuestra madre, como era muy buena, no hizo caso de nada, y aunque lloraba mucho, porque mis tíos la metieron en escrúpulos, con todo, no se opuso a que mi hermano marchase. Y aconteció que, cuando fueron a verle a El Pardo aquellos, mis tíos, que tanto se habían opuesto antes, después han sido los mejores, y los que más alaban a mi hermano por el sacrificio que ha hecho.

—Y ¿dónde está ahora tu hermano? -Interrogó astutamente Dña. Remedios para cambiar de conversación.-

—En América se halla misionando.-Respondió D. Fermín.-

—Amiga mía -dijo Dña. Consuelo volviendo otra vez al tema- a tí te va a suceder lo mismo que a los tíos de Meli. Cuando Ángel llegue a ser sacerdote a pesar tuyo, entonces cambiarás y ¡con cuánta alegría le besarás las manos ya consagradas!

Añadió D. Fermín:

— Yo conozco a un Capuchino que le aconteció un caso muy singular y es que sus padres no le dejaban de ningún modo ser fraile; él entonces se escapó de casa y se fue a un convento; los superiores por misericordia y por ver claramente que le llamaba el Señor, le admitieron. No habían pasado muchos días cuando el padre del joven se fue al convento en busca

de su hijo; los frailes le recibieron con mucho afecto y cortesía; pero él correspondió con amenazas; visto lo cual, los superiores iban a mandar que el fugitivo saliese; mas busca por aquí, y busca por allí, el individuo no apareció. El paisano se enfureció más y marchó para volver al día siguiente con la guardia civil. Efectivamente se presentó una pareja acompañada del padre del joven solicitando la entrega de éste; mas los religiosos les contestaron que ellos de buena voluntad se lo entregarían, pero que, como no sabían a dónde se había ido o en dónde se había metido, no podían efectuarlo. ¡Claro está! los guardias no se fiaron, o mejor todavía, el que no se fió ni dió crédito a los frailes fue el padre del joven fugitivo, y así ordenó a la pareja que registraran el convento sin dejar rincón por mirar, ni jergón por levantar. El paisano quedó burlado y tuvo que volverse a su casa sin llevar a su hijo, quien inmediatamente después de marchar su padre se presentó delante de los frailes, sin saber estos cómo ni en dónde pudo haber estado. Mas el tiempo fue transcurriendo, el joven había ingresado ya en la orden, y, habiendo terminado felizmente la carrera eclesiástica llegó el día de su primera Misa. Sus padres fueron invitados, no se negaron a la invitación y asistieron al Sto. Sacrificio. Cuando el P. Baltasar, -que tal es el nombre que se le dió al joven al tomar el hábito capuchino- terminó la Misa, salió a saludar a sus padres. Él les presentó sus manos consagradas para que las besaran y ellos llorando las besaron y requetebesaron bañándolas con sus lágrimas al tiempo que le pedían perdón. El P. Baltasar les abrazó y besó también con lágrimas y les animó.

_¿Ese padre vive aún?. -Preguntó Dña. Remedios.-

_Y come y bebe y no es otro que quien ha escrito a D. José y a Celestino .- Respondió D. Fermín con una sonrisa y manifiesta satisfacción-

_¿Entonces es el Director del Colegio de El Pardo?

_El mismo.

Y Dña. Consuelo muy cariñosa y persuasiva:

_¡Anda, anda!. A tí, Remedios amiga mía, te va acontecer otro tanto.

_Con tal que no le suceda -añadió Dña. Meli- lo que a una Señora que conozco, pues no quiso dejar ser sacerdote a su hijo, Dios Nuestro Señor se lo llevó consigo juntamente con una hermana...

_¡Con cuánta razón se dice que Dios castiga sin palo ni piedra!.

_¡Y qué sabia y justamente lo hace Dios, Dña. Consuelo!. -Exclamó D. Fermín.-

Al terminar de hablar D. Fermín se presentó una criada.

_Están ahí D. Fabián y su esposa Dña. Vicenta.

_¿Cómo no los has pasado?. -Preguntó Dña. Consuelo-

_Enseguida -respondió la criada y se fue.-

_Vendrán a determinar la hora para partir mañana. -Replicó D. Fermín.-

Efectivamente, a eso ´fueron y habiendo quedado en que el viaje se emprendería a las seis y media de la mañana, se volvieron a marchar, después de conversar un rato. Apenas habían salido D. Fabián y su esposa, dijo Dña. Remedios:

_Yo también me voy, pues ya va siendo tarde;

pero antes quiero despedirme de Celestino por si acaso mañana no puedo hacerlo. Haber si le mandas llamar, amiga.

Dña. Consuelo tocó el timbre y se presentó una sirvienta a quien ordenó que llamase a su hijo.

Mientras llegaban los dos amigos, Dña. Remedios preguntó a D. Fermín y a su esposa Meli:

_¿Cuándo vuelven ustedes por aquí a hacernos otra visita?.

_Ya veremos. -Respondió D. Fermín-.

_Por Navidades seguramente -repuso Dña. Meli.-

_¿Ustedes irán con frecuencia a El Pardo a visitar a Celestino?.

_¡Claro!.-Contestó D. Fermín sonriéndose-, y Dña. Meli añadió:

_Ya tenemos costumbre de ir, así que ahora con mucha más razón.

Siguieron hablando hasta que se presentaron los dos amigos. Ángel iba serio, al revés que Celestino que se manifestaba gozoso y sonriente, lo que hizo exclamar a Dña. Remedios:

_Estás más contento que unas Pascuas, ¿no te da pena dejar a tu madre?.

_No Señora. Bien sabe mi madre que aunque la dejo con el cuerpo, no la abandono con el afecto ¿verdad madre?.

_Sí; es verdad, hijo mío, sí.

Dña. Remedios se despidió de D. Fermín y de Dña. Meli, y por último de Celestino. Cuando parecía que se iba a ir, cogió una caja que al venir había dejado en una silla y dijo:

_Bueno Celestino, yo te regalo lo que contiene

esta caja, y a ver si me encomiendas en tus oraciones.

_Así lo haré y muchas gracias por el regalo.

Salieron todos a despedirla a la puerta de la calle y entonces dijo Celestino:

_Yo les acompañaré hasta casa, y desde allí iré a despedirme de mi tía que está enferma la pobrecilla.

_Es verdad; vete hijo mío... -Y se fueron-.

Cuando Celestino volvió, encontró los recibidores llenos de gente que habían venido a despedirse de él. Celestino se despidió de todos aquellos y de otros muchos que llegaban sucesivamente; así estuvo hasta las diez de la noche. Todos le pedían que les encomendase en sus oraciones. Y todos recibieron palabras de cariño que no cesaban de brotar de los labios de Celestino.

Admiraban el gran sacrificio que Celestino hacía con abandonar tantas comodidades como le rodeaban, para abrazar una vida austera y de penitencia.

A las once se retiró Celestino a descansar. ¡Qué sueños tuvo aquella noche!. En el último, se le representó un Colegio levantado en una elevada planicie, rodeado todo el edificio de resplandecientes y hermosísimos ángeles, y vió que en una explanada a la parte oeste del edificio jugaban alegre y cándidamente un sin número de niños y bastantes jóvenes. Un ángel tocó la campana del Convento y entonces los niños dejando los juegos se arrodillaron mirando al colegio y comenzaron a rezar. Mientras éstos rezaban la bóveda del firmamento se iluminó con una luz entre dorada y color de rosa, y en frente del edificio apareció la Divina Pastora, con el niño Jesús en los brazos, sentada en sillón formado al parecer por

una blanquísima nube. A la derecha de la D. Pastora y en pie estaba S. Francisco de Asís, y a la izquierda, de rodillas y con las manitas juntas aparecieron dos niños vestidos exactamente igual que los que rezaban en el suelo. El Niño Jesús habló a los niños:

—¿Qué me pedís, amados de mi Corazón?.

Al mismo tiempo que Jesucristo decía esto, la Divina Pastora dijo a S. Francisco:

—¿Qué quieres, Francisco?. -Y el Patriarca de Asís señalando al Colegio respondió:-

—Quiero, Virgen bendita y Pastora divina de las almas, que bendigáis a todos estos niños que han de ser mis hijos y apóstoles tuyos, y deseo también que echéis igualmene vuestra bendición a ese edificio plantel de futuros misioneros.

Los dos niños pidieron a Jesús lo mismo que el Seráfico Padre. El Niño Jesús, mirando igual que su Madre a los niños de abajo, los bendijo al mismo tiempo que Ella; y luego bendijeron al edificio y desaparecieron; mas un ángel dijo a Celestino: "Como ya sabías por fotografías, ese edificio es el Colegio Seráfico Apostólico de El Pardo y esos son los niños seráficos, que por su candor y por su mucho amor a la Divina Pastora han merecido que ésta les concediera la gracia que acabas de presenciar."

El sueño se desvaneció y ya el nuevo día había amanecido. Celestino miró el reloj, vió que eran las cinco y media. Lleno de satisfacción y gozo se levantó y comenzó su aseo.

Todas las personas de la casa de D. José se habían puesto en movimiento para arreglarse a sí mismos unos, o ayudar a otros. A las seis y veinte minutos estaban ya todos preparados.

Entonces D. José y Dña. Consuelo fueron con su hijo Celestino al oratorio. En él, ante las imágenes del Corazón de Jesús y de la Sagrada Familia se arrodillaron, oraron en silencio unos instantes; luego D. José ya de pie, puso la mano izquierda sobre la cabeza de su hijo -que continuaba de rodillas-, diciendo:

_Celestino, hijo nuestro, antes de que tu madre y yo te bendigamos, quiero recordarte lo que continuamente nos has oído: Dios nos ha creado, para que le glorifiquemos haciendo su Voluntad Divina en la tierra y después en el cielo; y seremos felices eternamente. Así que... ¡Ya lo sabes!... Si Dios y la Virgen María te quieren capuchino, sacerdote y misionero... ¡Pues a serlo!... Y si ves que Dios y la Virgen María no te llaman para eso... ¡Pues fuera del seminario!... Como te hemos repetido: nos escribes, nos pones en la carta la COTRASEÑA que te hemos dicho y... ¡Enseguida vamos a buscarte!... Y ahora mi bendición:

"Que la Santísima Trinidad y los Corazones de Jesús, María y José te iluminen, fortalezcan y acompañen siempre, para que seas valiente, reflexivo, decidido y animoso en cumplir la Voluntad Divina. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén".

D. José se inclinó, abrazó y estampó en cada carrillo de su amado hijo dos cariñosos y sonoros besos. Dña. Consuelo, que continuaba de rodillas igual que su hijo, le estrechó contra su regazo y apretándole la cabeza junto a su corazón maternal se la cubrió con un chorro de besos y le dijo:



_Cuanto te ha expresado tu padre, Celestino hijo nuestro, no lo olvides jamás. Nosotros queremos que seas feliz ahora y por toda la eternidad. Nosotros hemos sido y somos instrumentos de Dios. Él es el Señor, el dueño tuyo y nuestro. Lo sabes muy bien. Nos lo enseña la Sta. Madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana; así, pues, Celestino hijo nuestro, te repito lo que tantísimas veces nos has oído y tu padre ahora te ha recalcado: Si ves que no tienes vocación, nos escribes poniendo la **contraseña** y cuanto antes iremos a buscarte; pero si tienes vocación consérvala, defiéndela contra : demonio, mundo y

carne, y vívela. Dificultades no te han de faltar, pero las vencerás acudiendo siempre como hijo-niño, según nos enseña Jesucristo, a nuestro Padre Dios, Uno y Trino, y también al mismo "Jesucristo, María y José, nuestros padrecitos los tres". Y ahora te bendigo con la fórmula de S. Francisco de Asís, que tiene esta estampa:

"El Señor te bendiga y te guarde, te muestre su rostro y tenga misericordia de tí. Te mire benignamente y te conceda la paz. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén."

Una nueva corazonada maternal y nuevo chorro de besos en la cabeza de su hijo y...

_¡Tan! ¡tan! ¡tan!. ¡Ya pueden venir, ya están todos esperando!.

_"Es nuestra hija Cesarita". Vamos -dijo D. José.-

Y ya los tres de pie, y, mirando Celestino las imágenes, se dirigió a quienes representaban, y en alta voz oró así:

_Santísima Trinidad y Sagrada Familia os doy gracias por todos los beneficios que me habéis concedido y el haberme dado unos padres y una hermana tan buenos, bendecidlos siempre. También os pido mi perseverancia en hacer la Voluntad Divina y que no tenga yo que usar la **contraseña**. Igualmente os suplico por mi amigo Ángel y que su madre cambie e imite a mi madre.

Al oír estas últimas palabras de Celestino su madre Dña. Consuelo sin decir una palabra, como impulsada por un potente resorte, le da un rápido y fuerte abrazo y beso maternales y asiéndole la mano salieron del oratorio, y comenzaron a bajar la hermosa

y ancha escalera. Dña. Consuelo con un halo sorprendente en su rostro y en silencio, reconcentrada en el santuario de su interior y unida a la Virgen María, San José, y los Ángeles Custodios, se dirigía al Señor con el cántico celeste:

"Santo, santo, santo es el Señor,
Dios del Universo.

Llenos están el cielo y la tierra
de tu gloria".

Eran las siete de la mañana, ya se habían presentado D. Fabián y su esposa Dña. Vicenta. La puerta de la casa estaba llena de gente. Después de despedidos D. Fermín y su esposa Dña. Meli, éstos montaron en el auto de D. Fabián. D. José con sus hijos Cesarita y Celestino subieron en su propio coche. Dña. Consuelo se acercó, habló un poquito con su hijo y, le besó en la frente. Ángel que ya estaba allí, viendo ésto, aprovechó la ocasión y se aproximó a la ventanilla, que había dejado Dña. Consuelo, por la que habló algunas palabras con su amigo. Los motores de los automóviles comenzaron a funcionar, y Ángel, que seguía conversando con su amigo, no pudo impedir que corriesen por sus pálidas mejillas algunas lágrimas.

Celestino enternecido las miró, y cogió con rapidez el pañuelito de crespón que colgaba del bolsillo pequeño de su chaqueta, se las secó y dijo:

—Ángel, amigo mío, este pañuelo, con el que he limpiado tus lágrimas, lo despositaré a los pies de la D. Pastora nada más llegar al Colegio Seráfico de El Pardo; será el mejor modo de rogar a la Sma. Virgen por tí, el presentarle tus propias lágrimas.

Habían emprendido la marcha, y la gente

seguía dando el ¡adios! con las manos y pañuelos, a los que Celestino correspondía con el suyo sacando el brazo por la ventanilla.

Por fin los coches desaparecieron. Dña. Consuelo miró con ternura a Ángel, que se había puesto a su lado, le dió en la frente un beso y bajito, al oído le dijo:

_¡Buen ánimo, Ángel!. ¡Fe y adelante!. El Corazón de Jesús, la Divina Pastora y S. Francisco te han elegido para Ellos y llegarás a ser, con mi hijo Celestino, capuchino, sacerdote y misionero. Pasarás la prueba, aunque sea larga y dura... Das a tu madre mis saludos.

Y dando otro beso con un abrazo cariñoso a Ángel, Dña. Consuelo volvió sus brillantes y hermosos ojos a todos que, muy emocionados, la miraban silenciosos, y como si esperaran unas palabras de ella. En efecto, no quedó fallida su esperanza; pues Dña. Consuelo, sobreponiéndose, cual heroína cristiana, muy afable y llanamente, hasta con ciertos rasgos de sonrisa -así era ella- les manifestó y pidió:

_Os agradezco muchísimo vuestro afecto amistoso hacia mi hijo Celestino y a toda mi familia; y os pido que me ayudéis con vuestras oraciones a dar gracias al Sagrado Corazón de Jesús y a la Divina Pastora, Virgen María, porque con la marcha de mi hijo al Seminario Capuchino veo que me conceden lo que les pedí con todo mi corazón antes de mi matrimonio, que me dieran hijos para, si era voluntad Divina, consagrárselos a Ellos... Y ¡ya véis!. Así que estoy muy contenta. Y vuelvo a pedir os oraciones para que mi hijo Celestino persevere en su vocación y podamos algún día verle ya sacerdote capuchino y

venga de cuando en cuando a celebrarnos la Sta. Misa y a predicarnos.

En ese instante un espontáneo del grupo con voz varonil y potente dijo:

—¡Confiamos que Dios y la Virgen nos lo concedan!.

Dña. Consuelo, a la vez que se despedía con ademanes de su mano, entró en casa y directamente, sin detenerse, subió al piso, pasó al oratorio, cerró la puerta, se arrodilló ante las imágenes del Corazón de Jesús y la Sagrada Familia, cerró los ojos y... oró... oró. ¡Comunicación celestial!... Y la oración duró un poquito más de una hora.

¡¡Sí, sí!!.. ¡Dña. Consuelo imitadora de la Virgen María, y hasta modelo perfecto para todas las madres!.

Mientras Dña. Consuelo oraba, las personas, que habían quedado en la calle, fueron marchando y comentando lo que habían presenciado: unos ponderaban los designios divinos y la vocación de Celestino; otros resaltaban las palabras y el ánimo de Dña. Consuelo; quienes narraban la final despedida de los dos amigos: lágrimas de Ángel y recogidas por Celestino; y quienes alababan el grito de confianza divina del espontáneo.

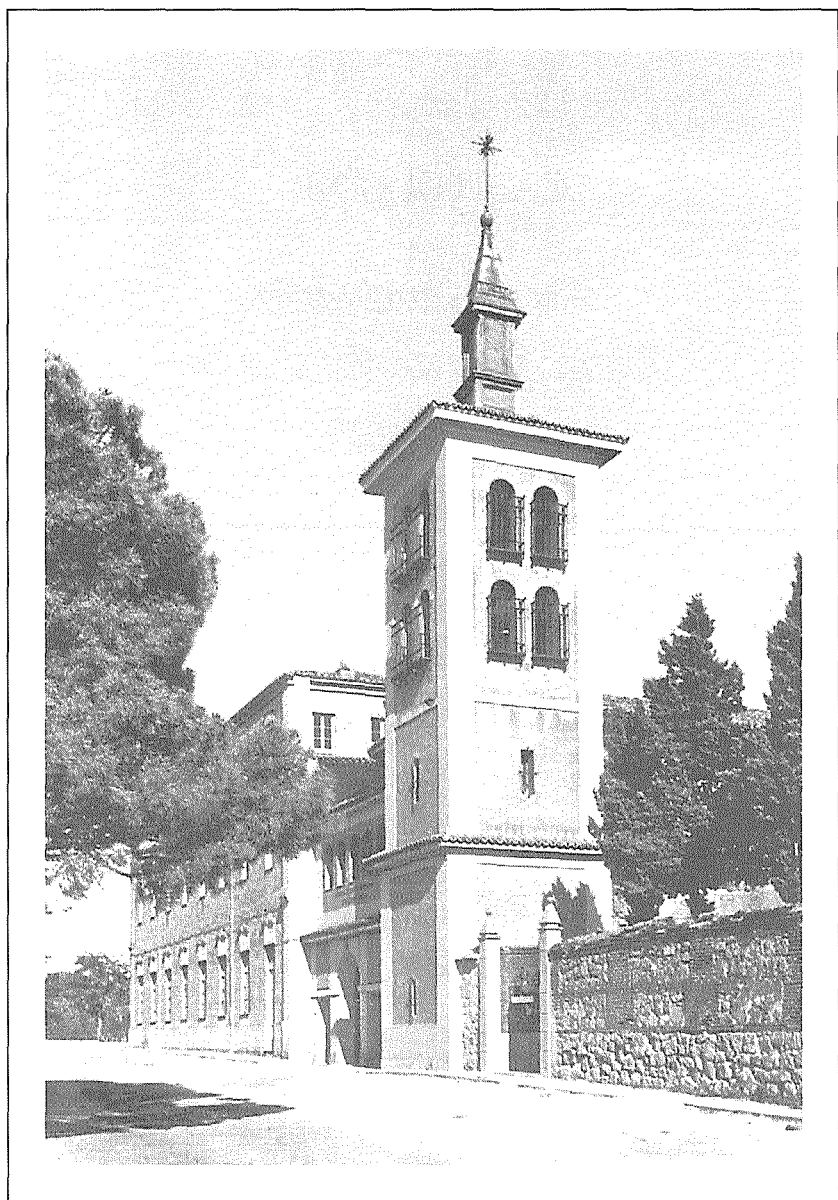
También Ángel triste y casi, casi llorando, se fue enseguida a su casa y, sin hablar con nadie, se encerró en su cuarto del que solamente salió a la hora de comer.

Este método de vida siguió hasta que vino D. José de El Pardo, a quien fue a preguntar por su amigo, como más adelante se verá; mas no se crea que no le costó pocas reprimendas de su madre a la que muchas

veces escuchó con la cabeza baja y sin decir palabra y otras contestó tan enérgicamente como se ha visto ya en algunos de los capítulos anteriores.

CAPÍTULO XII

*En el Seminario
Capuchino de El Pardo
- Madrid -*



A las once y media llegaron los dos autos a la puerta del convento de El Pardo. Celestino fué el primero que puso pie en tierra, bajaron después todos y se dirigieron a la portería; al llegar Celestino cogió la cadena de la campanilla y tiró con infantil alegría. Transcurridos algunos momentos, apareció un hermanito que abrió la puerta y saludó cortésmente:

_ Paz y Bien. ¿Qué desean ustedes?.

_ Deseamos, -dijeron ellos-, hablar con el P. Superior.

_Entonces, hagan el favor de venir al recibidor y esperen unos momentos, entretanto que yo le aviso.

Mientras llegaba el Superior, dijo Cesarita a su padre D. José:

_Padre ¡qué pobre es esto!.

_Pero ya ves, -replicó D. Fermín- qué recogimiento se siente aquí. Habrá más de cuarenta frailes con un colegio de cien niños y sin embargo no se oye ruido alguno.

_Esto eleva el alma a Dios, -exclamó D. José- y no ese barullo mundano, que ensordece y aturde.

_Tiene usted razón, D. José, -repuso Dña. Meli- Esta calma y el aire, que aquí se respira no se pueden

comparar con el movimiento y la pestilencia egoísta de las viviendas seculares. Aquí todo es caridad, todo es virtud; en cambio en el mundo casi todo es vicio y corrupción.

—¡Qué bien voy a estar aquí, lejos de ese ruido mundanal, que hiere los oídos y perturba el corazón!.

—¡Dichoso tú, hijo mío, que has sido llamado por el Señor a este estado!.

A la exclamación de D. José, siguió el silencio por oírse pasos. Eran los del P. Guardián y del hermano portero, que llegaban a la puerta del recibidor. Abrióse ésta, entraron los dos religiosos; el P. Guardián saludó sonriente; y entrecambiadas algunas preguntas con respecto a la vocación de Celestino, dijo:

—¡Bueno!. Vamos para que vean ustedes el convento y el colegio y les presentaré al P. Director.

—¿Y nosotras no podemos ir?.-Replicó Dña. Vicenta.-

—A ustedes, las señoras, les está vedada la entrada en el convento por ser clausura, mas el colegio no es clausura, se lo enseñaremos; pero no ahora, sino a la tarde cuando los niños hayan salido de paseo.

—Así que, -indicó sonriente D. Fabián- quedaros aquí o id a la Iglesia, según os plazca, hasta que nosotros volvamos.

—No; pueden quedarse ustedes aquí,- interrumpió el P. Guardián-; volveré yo enseguida.

—Padre -preguntó D. Fabián- ¿podré llevar la máquina para sacar algunas fotos del Colegio?.

—Sí, Señor, no hay inconveniente alguno.

Este salió fuera en busca de la máquina. Volvió con ella y fueron al colegio. Se quedaron en el

recibidor Dña. Meli, Dña. Vicenta y la joven Cesarita, hermana de Celestino.

Llegando al Colegio, el P. Guardián llamó, mediante unos toques de campana, al P. Director, el cual apareció sonriente, y viendo a los señores se adelantó a saludarlos, y presentados por el P. Guardián, el P. Director se dirigió a D. Fermín, a quien ya bien conocía, y le preguntó:

_ D. Fermín, ¿qué tal su esposa?.

_Bien, gracias a Dios, P. Baltasar. Ha quedado en el recibidor con la de D. Fabián y la hija de D. José.

_Y ¿qué? -dijo el P. Director-, ¿este es el mocito que desea ser capuchino?.

_Sí, Señor, -respondió Celestino-.

_¡Bueno!. ¡Bueno!. Ya verás lo bién que vas a estar aquí; esto es hermoso y encantador.

A estas palabras, añadió el P. Guardián:

_Bueno, les dejo, no sea que las señoras se cansen de esperar. Usted, P. Baltasar, enséñeles el Colegio primero y después el convento; además, D. Fabián desea sacar algunas fotografías...

_Será para llevárselas a Dña. Consuelo, ¿verdad?.-Preguntó el P. Baltasar-.

_Sí, señor, -respondió D. José-.

_¡Solo faltaba! -replicó el P. Director-; las madres siempre desean saber cuál es y cómo es el lugar donde sus hijos viven y ¿la madre de este galán -puso la mano sobre Celestino-, va a ser una excepción?.-Todos sonrieron-.

_¡Bueno!.¡Bueno! -continuó el P. Baltasar, vamos a ver el Colegio; ya verás cómo te gusta, Celestino, y cómo no desagrada a tu padre.

Les fué enseñando todas las clases una por una, y D. Fabián retrató la que más le agradó; después fueron al salón donde los niños preparan sus lecciones y en él vieron cuadros, mapas, mesas y todo lo demás, al llegar al escenario admirado dijo Celestino:

_Padre ¡si es un teatro!.

_Claro, -dijo el P. Baltasar-, este es el pequeño escenario donde los niños declaman poesías, discursos, etc. y donde las recitarás tú.

Visto esto, subieron al dormitorio en el que encontraron a un hermanito fraile que asistía a un niño, enfermo. Al verlos dijo el P. Director:

_Mira, Celestino, este hermanito hace de madre para los niños; él los cuida y les quiere mucho; se llama fray Primitivo, y está en este Colegio desde 1.914. ¡Mira, si conocerá ya a los niños!.

_¡Vaya si los conozco!, -replicó fray Primitivo sonriéndose-, ya sé de qué pie cojean, ¡ya!...

_Bueno, fray Primitivo, ¿cuál es la cama que tiene preparada para Celestino?.

_Ahora se la indicaré; -y llevándoles al número 40, les dijo:- Esta es.

Quiso volver a cuidar al niño, mas D. Fermín le preguntó:

_¿Está enfermo de gravedad?.

_No, -se adelantó a contestar el P. Baltasar- un poquito de fiebre con malestar de cabeza.

Vistos el dormitorio y la enfermería, bajaron y pasaron por la capilla a la Iglesia, en la que admiraron unos momentos los cuadros. Después fueron al convento en el que vieron la biblioteca con sus catálogos de libros; bajaron luego a la huerta en la que estuvieron algunos momentos contemplando los

trabajos de los hermanos no clérigos. Mientras el recorrido D. Fabián sacó unas 18 fotografías. Cuando llegaron al recibidor preguntó ansiosa Cesárea a D. Fabián.

_¿Cuántas fotos ha sacado?

_Ya veremos. Negativas he gastado dieciocho y otra que voy a sacar ahora en este recibidor con todos los presentes.

_Mejor será fuera, que aquí, -interrumpió D. José.-

_Esto no impide para que saquemos otra fuera.-
Añadió D. Fabián sonriente.-

_Después de esto -indicó D. Fermín-. ¡Bueno! tenemos que ir a comer a Madrid.

_Eso no -dijo el P. Guardián- hoy tienen que comer aquí.

_¡Pero si nos están esperando, Padre! -insistió Dña. Vicenta.-

_¿Están comprometidos? -preguntó el P. Baltasar.-

_¡No! -contestó D. José-; pero...

_Pero... ¡nada!. Hoy hay que comer aquí.

_Comeremos, -afirmó D. Fabián- P. Guardián, pero con una condición; que nos han de servir de la misma comida de la comunidad sin añadir, ni quitar nada.

_¡Muy bien ha dicho D. Fabián! -exclamaron D. Fermín y D. José.-

_Otra cosa, P. Guardián -volvió a decir D. Fabián-, ¿comerán ustedes con nosotros?.

_Eso no, -contestó el P. Guardián- comerán ustedes solos, pues nosotros tenemos que hacerlo con

la comunidad.

—Entonces, -replicó D. Fabián-, para no molestarles, iremos a dar una vuelta por los pinos.

—¡Muy bien!, puesto que así lo quieren, les daremos gusto.

Salieron, pues, a dar el paseo y contemplar aquellos paisajes encantadores, de los que D. Fabián sacó varias "fotos".

Estaban contemplando el Guadarrama a la sombra de unos negrillos, cuando aparecieron el P. Guardián y el P. Director, que venían a llamarlos para comer. Al verlos se levantaron y se dirigieron hacia los Padres Guardián y Baltasar y juntos se volvieron al convento, donde comieron con mucho gusto la comida acostumbrada por la comunidad, diciendo al terminar: "¡Esto sabe a Cielo!".

Habiendo comido salieron a dar un paseo por el monte hasta las seis, hora en que debían regresar a Madrid.

Celestino quedó en el convento y desde la cena comenzó a seguir todos los actos del Colegio. Al salir al recreo el P. Baltasar lo presentó a los niños Seráficos, quienes, formando círculo, saludaron a Celestino dejándole en el centro con el P. Director, el que les dijo:

—Aquí tenéis un joven, que ha renunciado como vosotros a todas las vanidades y comodidades del mundo, para ser hijo de S. Francisco, para ser misionero. Además tiene un amigo, que quiere ser fraile, como vosotros, pero su madre no se lo consiente. Rogad por él, para que le pueda acompañar a Celestino y hacer el santo Noviciado juntos.

—¿Cómo se llama éste, nuestro hermano?.-

Preguntó uno que frisaba los quince abrilés-.

_Celestino García Guevara. -Dijo el P. Director-.

_¿Estudiará con nosotros? -añadió uno de los mayores-.

_No, estudiará solo, porque ha venido a terminar el latín, que es lo único que le falta; lo demás ya lo ha estudiado, y lo sabe igual o mejor que vosotros.

Todos se echaron a reír y entre risas y preguntas se pasó todo el recreo alegremente.

Después se dirigieron a la capilla donde rezaron algunas oraciones, seguidas del examen de conciencia acostumbrado; terminado éste, fueron a acostarse; siendo acompañado Celestino por el P. Baltasar y el Fr. Primitivo hasta su cama. Al despedirle el P. Baltasar le dijo:

_No te apures si extrañas un poco la cama;- y el Fr. Primitivo afablemente añadió:-.

_Si te pasa algo, avisas al hermano, que esté por aquí paseando; y si no, mira ¿ves aquellas cortinas?, pues vas allí, que allí estoy yo. Ahora a dormir.

Fr. Primitivo comenzó a pasear; y Celestino, observó que todos se arrodillaban junto a la cama, él hizo lo propio, rezó, después se acostó. Antes de dormirse besó la medalla, que le había regalado su amigo Ángel, oró por él y se quedó dormido.

Cinco días habían pasado, cuando D. José y su hija Cesarita regresaron al pueblo. Ángel, enterado de la llegada, marchó presuroso a preguntar por su amigo Celestino.

_¡Has llegado a tiempo! -exclamó D. José al verle-. Ahora precisamente voy a enseñar a la madre

de Cesarita, las fotografías del Colegio de El Pardo.

_¿Han sacado muchas? -preguntó Ángel-.

_Las suficientes para que mi padre dé unas cuantas conferencias sobre dicho colegio.

_Si así es, D. José, como dice Cesarita; puede usted comenzar, porque Dña. Consuelo y yo estamos dispuestos a escucharle horas seguidas.

_No es para tanto, Ángel.

Replicó D. José sonriéndose; y le mostró una foto:

_¿Conoces a este, Ángel?.

_¡Oh!.;Si es él!.;Celestino ya en el colegio ¡bueno!, D. José, le voy a suplicar una cosa...

_¡Jé, jé! que te dé esta fotografía; ¿verdad?.

_Eso mismo.

_Bueno, tenla, que para nosotros aún hay más.

_Gracias. -Dijo Ángel recibéndola alegremente; y siguió contemplándola un gran rato:-

Pero mucho más le miraba y le contemplaba Dña. Consuelo. Era la foto de su hijo... de su hijo Celestino escogido por Dios nuestro Señor y por el Inmaculado Corazón de María para ser sacerdote y misionero...; ¡se lo había pedido tanto!... Y, aunque silenciosamente, ahí, en el santuario de su alma bendecía, alababa y daba gracias a la Sma. Trinidad y la Virgen María, e imitando y unida a Ésta "guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón". -Lc. 2, 19-.

_Deja de contemplarla, Ángel, -dijo D. José-, y mira esta otra foto; es el convento, que está a unos 680 metros sobre el nivel del mar.

_Y el pueblo de El Pardo, -añadió Cesarita- a unos 622 metros.

_El convento, -dijo D. José-, dista de Madrid 15 kms. escasos, y está situado al noroeste de la capital y a la derecha del río Manzanares, que fertiliza aquellas tierras. El edificio se levanta en lugar sanísimo, aireado por los puros vientos del Guadarrama. Al norte se encuentra una hermosa plaza con sus copudos pinos y al este una explanada empedrada para jugar los niños.

_Y, ese poste que se ve ahí, ¿para qué es?.

_Mujer, ¿no ves esos dos cables, que a él llegan?.

_Es verdad, -exclamó Dña. Consuelo-, no me había dado cuenta.

_¡Cómo hermosea a la fachada esta fila de acacias!.

_Más preciosa es esta otra fachada, Ángel, ha sido edificada no ha muchos años.

_¿Hacia qué parte mira esto? -preguntó Dña. Cosuelo-.

_Hacia el norte. -Dijo Cesarita-.

_Y ¿qué árboles son estos? -Volvió a interrogar Dña. Consuelo-.

_Eso, -contestó Cesarita, son dos filas de copudos pinos, y en su sombra estuvimos nosotros sentados contemplando la sierra de Guadarrama.

_Mirad, -dijo D. José, sacando otra foto-, ¿véis ésto?.

_¡Un salón de estudio, ! -dijo Ángel-.

_Sí, -continuó D. José-, es un salón grande donde estudian los niños.

_¡Qué bien, están! ¡Si parecen angelitos...!.- Exclamó Dña. Consuelo-.

_Y ¿no está aquí Celestino?. -Preguntó

conmovido Ángel-.

_No, -dijo D. José-, pues aún no estaba en el Colegio.

_Y ¿ésto, un escenario?.-repuso Ángel-.

_Ésto -contestó D. José- sí donde declaman discursos, poesías, etc., y hacen teatro.

_Y ¿no tienen cine?.

_Algunas veces, sí; pero lo más común es que tengan conferencias con proyecciones, y algunas representaciones, hechas por los mismos niños.

_Me encanta este salón por lo grande y espacioso que es y por la iluminación que tiene, -dijo Dña. Consuelo-.

_Mirad una clase -continuó D. José-.

_¡Vaya, -exclamó Ángel-, como en cada clase tengan dos pianos ...

_No te creas, intervino Cesarita, pues entre armonios y pianos serán casi veinte; además de una buena orquesta.

_Por aquí se sube al dormitorio, en donde vimos un niño enfermo cuidado por un hermano religioso quien, según nos dijo el P. Baltasar, es una verdadera madre para los niños; tanto es así que lleva unos veintitantos años en el Colegio.

_¿Es este que aparece aquí?.

_Sí, Ángel, el mismo.

_Padre, ¿le vi yo?.

_Claro, hija; os saludó, después de comer.

_Fueron tres o cuatro religiosos; así me quedo como antes, si no me dice más.

_Pues este hermano, era el más alto de los que fueron a saludarnos; de cuerpo recto y delgado, cabello ralo y recién cortado, frente un tanta arrugada, ojos

vivos y color entre castaño y azul, nariz aguileña y barba bastante larga que ya blanqueaba un poquito. Y si con lo dicho no adivinas quien era el Fr. Primitivo, que así se llama, quédate, hija mía, como estabas que tu padre...

D. José sonriente y amoroso miraba a su hija mientras la contestó; y Cesarita aclaró:

_Nada más decir su estatura caí en la cuenta, pero dejé que terminara usted su reseña.

_Mirad, -dijo D. José-, estas dos fotografías: aquí tenéis la capilla donde rezan y oyen Misa los niños; y aquí el altar mayor, cogido de perfil; detrás de este altar hay un hermoso cuadro de Ntra. Sra. de los Angeles de muchísimo mérito, el cual lo quisieron robar los franceses durante la guerra de la independencia, mas como pesaba mucho lo dejaron. Su valor es tanto, que unos norteamericanos daban al P. Guardián unos tres millones por solo un S. Francisco extático, que tiene, poniéndole además otro en su lugar.

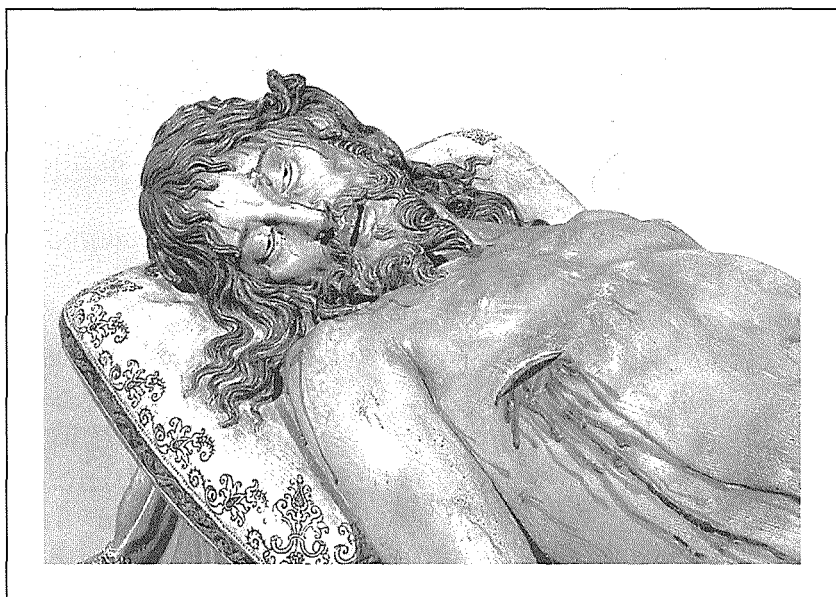
_¿Se lo vendieron?.

_No, mujer; los capuchinos no quieren dinero. Aquí tenéis otra postal hermosa.

_¡Es un Jesucristo Yacente! -dijo Ángel-.

_Es una imagen hermosísima y muy milagrosa del Cristo de El Pardo;- contestó Cesarita- está puesto en una capillita circular a la derecha de la Iglesia, en una urna de cristal muy hermosa; las paredes están rodeadas de exvotos y señales de milagros. A este Cristo tiene mucha devoción el pueblo de Madrid.

_La historia, -añadió D. José-, dice que el rey Felipe III se lo mandó hacer al famoso escultor



Gregorio Hernández, por haber nacido su hijo el día de Viernes Santo; al terminar la imagen, dice la misma historia, que el artista no quedaba satisfecho con ninguna de las cabezas que hacía, viendo lo cual hizo penitencia tres días, después de los cuales hizo una tan perfecta, que exclamó el mismo escultor: "Esta cabeza no es obra mía, sino de un ángel". Es la que actualmente tiene la imagen. ¡Impresionante!. ¡Maravillosa!.

D. José mostró otras fotografías, las explicó y al fin dijo:

_Ya estáis enterados de todo.

_No, padre, falta una cosa.

_A ver hija, dila tú.

_Que el fundador del Colegio seráfico fué un hermano de un cardenal, del cardenal Vives y Tutor.

_Ya, sí; el P. Joaquín de Llevaneras.

_Pues no es pequeña gloria el tener por fundador al hermano de un cardenal, -dijo Dña. Consuelo-.

_D. José -dijo Ángel-, dígame las impresiones de mi amigo.

_Solamente te podré decir, que no quiso ver Madrid; alegó que lo había visto muchas veces. Y del Colegio, que nada le extrañaba, fuera de algunas cosinas como el cantar de dos niños, al acostarse y al levantarse, un cántico muy bonito. Además, no tenía por qué extrañarle, pues ya el P. Baltasar se lo había dicho todo por cartas.

_Una cosa nos dijo, -interrumpió Cesarita-, que te diéramos muchos recuerdos, y que el P. Director había mandado a todos los niños que rogaran por tí, para que te unieras a Celestino en el Noviciado, que está en Bilbao.

_¡Dios escuche la oración de tantos niños!. Dentro de un mes iré a ver a Celestino, si me deja mi madre.

_De ninguna manera hagas eso, Ángel.

_¿Por qué, Dña. Consuelo?.

_Porque es contraproducente, que hables a tu madre de tales cosas; pudiera pensar que querías escaparte de casa.

_Tiene usted razón, Dña. Consuelo. Bueno, me alegro mucho del feliz viaje que han tenido, y de los recuerdos de mi inolvidable amigo. Adios, pues no quiero que mi madre note mi ausencia. A la tarde volveré seguramente con ella.

Dña. Remedios ya se había enterado de la salida de su hijo y como supuso que se había ido a informarse del viaje de su amigo Celestino, se alborotó sobre manera; pues para ella era mal signo, que Ángel hubiera guardado durante varios días un retiro riguroso y ahora, sin decirle nada, se hubiera marchado de casa a ver a D. José y a su hija Cesárea.

CAPÍTULO XIII

*Navidad en un
hogar cristiano*



Navidad. La Nochebuena de aquel año correspondió pasarla, hasta la hora de la Misa del Gallo de la parroquia, en casa de D. José y de Dña. Consuelo. Allá se dirigió, al atardecer, Dña. Remedios con su hijo Ángel y dos criadas, que llevaban en una gran cesta los dones que habían de ser ofrecidos al Divino Infante Niño Jesús.

Dña. Remedios quiso adelantarse a los demás. Luego, al tocar el reloj del pueblo las nueve de la noche, hora, por cierto más misteriosa ese año que otros por haberse ausentado del pueblo la luz eléctrica. Jesús se puso al frente de sus criados, excepto el anciano Sr. Máximo que se quedó para cuidar el hogar. Iban provistos de faroles y de instrumentos: Jesús llevaba una acordeón, Andrés la guitarra, otros castañuelas, panderetas, almireces, zambombas y tapaderas que hacían de platillos.

Al llegar a la puerta del corral de D. José, nada más entrar en él, los perros, atados a uno y otro lado de la puerta de la casa avisaron con ladridos a los del interior; pero no obstante a una indicación de Jesús cada criado preparó su instrumento. A otra señal del

señorito comenzó la música navideña con el villancico:

"Zumben tambores,
suenen panderos,
cantes los "mozos",
rían los viejos".

"Acudid zagales a cantar;
gozosos acudid;
mas el canto acompañad
con zambomba pastoril,
porque bien el Niño duerme
fatigado de sufrir".

Los perros rabiaban y se deshacían a medida que se aproximaba aquel ruido y aquellos fantasmas, tal era lo que parecían a la ténue luz de los farolillos que llevaban. La puerta se abrió y apareció la señorita Cesárea al frente de su servidumbre: esperaban en el claustro, y entonaron el villancico:

"Venid que es hoy Nochebuena,
venid, venid a Belén,
venid a ver al Mesías,
venid a ver nuestro Bien"

"Los ángeles que lo anuncian
entonan gloria al Señor,
y paz y dicha a los hombres
que tienen buen corazón".

Jesús y sus acompañantes se dirigieron a la amplia cocina y allí se despojaron de sus tapabocas; y dejados los faroles e instrumentos esperaron en pie a

que Cesárea y los suyos terminaran el villancico. Luego, los saludos y el barullo mientras se sentaban al calor de la lumbre y dos braseros consecutivos a ella. Tras muy breve tiempo se incorporaron los amos y Dña. Remedios, quienes se acomodaron en unos sillones para tomar parte en la tertulia de aquella noche.

D. José sonriente y con ademanes muy simpáticos ordenó:

_Polonia, saca los tostadores de castañas, que éstas, calentitas, están más sabrosas.

_Y un garrafón de vino.-Añadió Dña. Consuelo-.

_Te puede ayudar Clara. -Continuó la señorita Cesárea, quien miró luego a Roque y Andrés, echó una carcajada y apremió-:

_Daros prisa, porque Andrés y Roque tiritan de frío y quieren calentar pronto sus estómagos.

Roque y Andrés, sorprendidos al ser nombrados, se miraron mutuamente; mas éste con su afable campechanía replicó:

_Tiene razón la señorita. Venga el vino, ¡recórcholis! ¡y después... Ande yo caliente y ríase la gente!. ¡Recórcholis!. Y tú, Roque cántanos algo... para eso ¡recórcholis! tienes la voz tan guapa.

_Muy bien ha dicho Andrés. -Afirmaron rudamente y con risas unos cuantos-.

A Roque le salieron los colores al rostro y colorado como una amapola, quiso excusarse; mas por intervenir también D. José, Roque bastante nervioso, se refregó la mano izquierda por el pantalón a la par que atusaba con la derecha su garganta y asintió:

_¡Canastos!. Cantaré, aunque no quería yo

comenzar la fiesta; pero... ¡por mi madre!. Tienen que relucir su voz también los otros, ¡canastos!.

—¡Canario! -imcrepó impaciente Bartolo-. Termina de hablar y comienza a lucir tu preciosa voz.

Roque se puso en pie. Frotó su frente con la mano derecha, como si quisiera seleccionar la canción y... empezó con su voz penetrante de tenor:

"Esta noche, es Nochebuena
y mañana Navidad,
saca "Polonia" la bota
que me quiero..."

Roque se paró, tosió y carraspeó un poquito. Disimuló. No se atrevió a decir la palabra "emborrachar" que es la original del verso. Repitió la última melodía con la letra "que me quiero calentar". Todos se dieron cuenta de la trama que había hecho. Le aplaudieron mucho por lo bien que le resultó y por la gracia con que lo efectuó.

Cuando terminó Roque, por haber llegado ya Polonia y Clara con los tostadores y garrafón, ordenó D. José servirle el primer vaso de vino y un pedazo de turrón que se sacó. Roque:

—A la salud de toos y po muchos años me lo vacío pa dentro.

Risas y aplausos, siguió el reparto del vino y el turrón, en tanto que los tostadores colocados uno en la lumbre y los otros dos en braseros, comenzaban a dar señales de que las castañas ya estaban tostadas.

La broma había aumentado y los chistes se sucedían con mucha más rapidez que el turrón, las castañas y el vino. Mientras el mocetón Crispín tomaba un vaso de vino, le sorprendió la luz eléctrica,

ausente de allí ya varios días. Crispín dejó de beber, la miró de hito en hito, y con el vaso mediado aún en la mano la apostrofó:

_Bendita luz, ¡caracoles! que los demonios te llevaron y el Niño Jesús nos la ha restituido ¡caracoles! pa poder bailar y danzar...

_Eso, eso, -le interrumpió D. José- una danza tú con Agapito.

_¡Hale, hale! -exclamaban unos; y otros gritaban:- ¡sí, sí!

_Pue ya que toos lo desean, -dijo Agapito con mucha fanfarronería a Crispín que no era menos fanfarrón.- Coge las castañuelas y vamos a bailar una de las danzas charras.

Salieron a un lado y al son de la guitarra y de las castañuelas comenzaron la típica danza charra.

¡Santo Dios! qué parecían aquellos dos mocetones de ancha y bien nutrida cara; cabellos negros y tirados hacia atrás los de Agapito; y rubios y ensortijados los de Crispín; nariz un tanto respingada la de éste, y tirando a aguileña la de aquel; sus pechos de atletas, sus brazos y piernas fornidos y descomunales y... ¡con qué agilidad se movían aquellas moles! ora sus brazos remedaban ondulaciones majestuosas acompañadas de un rapidísimo cruzar y descruzar de pies al compás del repiqueteo de las castañuelas; ora una vuelta que ni la hija de Herodías la hubiera dado con más gracia y donaire; ora tocan bruscamente los instrumentos, alargan y contraen los brazos, echan un pie adelante y, sin apenas haber tocado el suelo, retroceden con un brinco hacia atrás; vuelven a echar el otro pie y otro brinco y así hasta dar otra vuelta y comenzar como al

principio; y con estas alternativas bailaron hasta finalizar la danza charra.

Fueron muy aplaudidos y se les premió con un vaso de vino, las castañas que se les antojaron y un buen pedazo de turrón de almendra.

Cuando hubo pasado un rato Alfonso y Felisa cantaron a duo, y a estos siguieron otros, que dieron un concierto de zambombas, almireces y caramillos.

—¿A que no te atreves -instaba uno de los criados a Clara dándola golpecitos con su codo- a decir que baile el señorito Ángel con la señorita Cesarita?.

—A que sí ¡cuerno!. Pues... -y dió dos palmadas para imponer silencio y añadió:- Si no les parece mal a nuestros amos, los criaos veríamos con mucho gusto bailar al Srto. Ángel con la Srta. Cesarita.

Al decir ésto Clara, todos los criados quedaron como mudos; mas como Dña. Remedios aprobó y alabó la petición con gestos y palabras:

—Feliz idea la de Clara. ¡Sí, sí, que bailen!.

Se animaron los criados y se atrevieron a gritar:

—Sí, sí.

—Que bailen, que bailen.

—Ya hace mucho tiempo que Ángel no baila; que baile, que baile con la señorita.

Ángel se puso en pie sin inmutarse, extendió la mano para imponer silencio y dijo:

—Ya que vosotros lo deseáis y mi madre lo manda bailaré, mas entendezlo bien, esta será la última vez que me veréis bailar. Bailaremos la jota aragonesa que Jesús nos tocará con el acordeón.

—¡Recórcholis! -exclamó Andrés- si va a ser la última vez yo quiero acompañar con mi guitarra

¡recórcholis!.

_Pue yo po no ser menos que Andrés cooperaré con mi zambomba.

_Pue yo, como la zambomba de Dionisio mete poco ruido, le ayudaré con la mía.

_¡Canario! pue yo tocaré el caramillo.

_Y yo el almirez.

_Pue yo, lo mismo.

_Y yo las panderetas.

Viendo D. José que casi todos se iban levantando para coger su instrumento, dió un golpe con su puño sobre una mesa que estaba a su lado y casi gritando dijo:

_¡Bueno! a sentarse todos y basta con cinco o seis instrumentos.

Ángel y Cesarita que ya estaban en pie enfrentados, miraban complacientes el movimiento de los criados, y se reían por las fachas extravagantes en que se ponían para verlos mejor bailar.

_¡Bueno!. A bailar. -Gritó Jesús y comenzó a tocar con el acordeón la jota aragonesa-.

Se unieron sucesivamente los demás instrumentillos manejados por los sirvientes.

Ángel y Cesarita también empezaron con movimientos acompasados. La música se anima y los movimientos son más airosos, una vuelta graciosísima y Roque entusiasmado acompaña con su voz...

"La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa
que quiere ser capitana
de la tropa aragonesa".

El baile sigue animadísimo y Roque canta aun con más entusiasmo si cabe y todos miran de hito en

hito y en silencio menos Felisa y otro que estaban cuchicheando...

_Con qué gracia lo hace la señorita.

_Con más lo hace Ángel.

_Ciertamente que es un joven gallardo, ¿no te parece, Felisa?.

_Vaya ¡y qué lástima que se le haya metío en la chola la tontería de ser cura!.

_Mía, mía que vuelta más resalaa han dao.



Otro criado, que se llamaba Juan, juntamente con Clara acompañaron a Roque que comenzaba la estrofa:

"Zaragoza es un rosal

que ha nacido en Aragón
y la Virgen del Pilar
es su capullo mejor".

_Pero ¿es verdad -continuaba el criado hablando con Felisa en tanto que los otros bailaban con sus ojos al unísono de los señoritos- que Ángel no quiere a una marquesita?

_Tantico que es verdad.

_Pue ya se necesita...

_Sí, se necesita ser bobazo.

_No iba a decir eso, Felisa; iba a decir que se necesita ser bueno.

_¡Cá!. Se necesita ser tonto y no bueno ¡cuernos!.

_No, Felisa, no; ya ves que abandonar este pueblo y no dejarse sobornar de tanto dinero como tiene su madre, es de un corazón muy grande y muy requetenoble, muy valiente y muy...

_¡Cuernos!. ¿Quién te ha dicho que la mitad de los bienes de su madre no es pa él?. Aunque se meta cura, se puede quedar aquí y coger el dinero.

_Que...

Y no continuó el criado porque D. José les miró y les hizo una seña con el dedo índice delante de los labios formó un ángulo obtuso con la nariz. Y los cantores comenzaban la estrofa. Casi todos, como electrizados, se unieron con sus voces al canto...

"Santiago manda caballos,
Santa Bárbara cañones,
y la Virgen del Pilar
manda infantes españoles".

_¡Bien! -exclamó D. José a la vez que dió un fuerte golpe sobre su rodilla y lanzó una bocanada de

humo-.

Ya se aproximaba el fin de la jota. El entusiasmo había subido en alto grado. Todos a la vez como impulsados por un resorte se pusieron de pie y con los instrumentos en crescendo y las voces vibrantes y trinantes finalizaron la última estrofa:

"Virgen del Pilar no olvides
que no podrían vivir,
ni España sin Zaragoza,
ni Zaragoza sin tí."

Al terminar Ángel y Cesárea de dar la última vuelta, comenzaron los estrepitosos aplausos que se prolongaron hasta que D. José tuvo que interrumpirlos a fuerza de ademanes.

—¡Recórcholis D. José! -gritó Andrés- me ha dicho Ángel esta tarde que había escrito Celestino y decía cosas muy guapas.

—¿Qué quieres decir con eso?.

—¡Recórcholis! que nos enseñe la carta y si a usted no le paice mal, nos deje meter también nosotros los hocicos en las cosas sabrosas que ella tiene, ¡recórcholis!.

Jesús y Cesárea lanzaron al aire una estrepitosa carcajada y también se rieron, aunque no de esa manera, los padres de ellos y algunos otros.

Una criada trajo la carta del gabinete por mandato de su amo y éste comenzó a leer:

Colegio Seráfico Apostólico de Reverendos
Padres Capuchinos. El Pardo. Madrid.

Madrid, 11 de Diciembre de 1.934.

Amadísimos padres y hermana Cesarita:

El Divino Infante los colme de gracias y bendiciones.

Como les había dicho en otras cartas estoy contentísimo y me considero como el pez en el agua y el ave en los espacios; y baste de preámbulos, pues quiero indicarles algo de las fiestas que celebramos aquí los niños.

El día de la Inmaculada tuvimos una solemnísimas fiesta. Nos despertamos al son de la gramola; se cantaron motetes en la misa de las ocho y en la de las doce interpreamos la Misa del Maestro Perosi acompañada de orquesta. Por la noche tuvimos una velada, en la que se puso en escena una Zarzuela; en fin, que la fiesta resultó animadísima.

Los días 21 al 23, tendremos los exámenes y terminadas de leer las notas, con qué alegría serán recibidas las palabras del R. Padre Director al anunciar que desde aquel instante comenzarán las vacaciones.

También se pondrá en pantalla una colección de proyecciones que versarán sobre las fiestas de Navidad y por la noche tendremos sesión de radio; pero, mucho más que todo eso, me gustarán las danzas y músicas de algunos niños.

A las doce de la noche cantaremos la misa del Gallo y comulgaremos en ella. A las siete de la mañana nos volveremos a levantar y en la misa de las nueve cantaremos muchos villancicos. A media mañana iremos cantando a la celda del P. Baltasar, director del colegio, y nos acompañará hasta el salón donde le felicitaremos con algunos discursos y poesías, y él corresponderá con: turrón, vino blanco, galletas, caramelos, etc. Es una costrumbre que se repite

también los días de Año Nuevo, Reyes y Pascuas de Resurrección y Pentecostés. A la tarde tendremos proyecciones de costumbres regionales españolas. Y en algún día de Navidad representaremos una obra teatral sobre la venida de Jesucristo y su nacimiento en Belén. El día de los Santos Inocentes será el más divertido y después de echar por la mañana dos o tres sainetes, se representará por la noche una comedia de risa. Se colocará en medio del salón el árbol de Navidad colgando sobre sus ramas objetos que luego se repartirán entre todos los niños. Y para terminar les diré que, gracias a los bienhechores, abundará el turrón y los dulces. No pueden figurarse lo contentos que estamos todos y lo divertido que lo pasamos sin abandonar por eso los ejercicios cotidianos de piedad.

Aquí se hermana verdaderamente la diversión infantil, la instrucción y la piedad.

Cesó D. José de leer diciendo:

_Después nos felicita las Pascuas y nos comunica que ha recibido algunas cositas que le enviamos. Como veis, está contentísimo...

_¡Cómo no! -exclamó Jesús- no fantándole nada...

_¡Bueno! -continuó D. José- cada cual coja el don que ha de ofrecer al Niño Jesús y vamos pronto.

La servidumbre de D. José se dispersó por la casa, en tanto que los de Dña. Remedios en la misma cocina recibían de manos de una criada lo que sacaban de la gran cesta que habían llevado. A los pocos minutos estaban todos en la cocina y en dos hileras, diecisiete en cada parte, y a la cabeza D. José, comenzaron a desfilarse devota y alegremente al son de los instrumentos y cantando:

“Vamos todos con presteza
a adorar al Redentor
a rendirle nuestra ofrenda:
Los primeros nos llamó.

Nuestro don será aunque pobre,
la mejor prenda de amor,
que más don Él no apetece,
que el de un puro corazón”.

Una de las criadas había cerrado la puerta de la cocina, y ya D. José comenzaba a subir las escaleras.

Al lado derecho del final de las escaleras se encontraba el oratorio. Y al abrir su puerta con lo primero que topaban los ojos era con un lindo nacimiento, con sus montañas de fuerte papel arrugado, formando los picachos, cubiertas de verde y salpicadas de blanquísima harina cual si fuera nieve, las otras ya pintadas de color parduzco que remedaban el esqueleto de la roca viva, de una de éstas salía un río formado por papel de estaño que serpenteaba por todo el nacimiento; en él nadaban patos y gansos y bebía sus cristalinas aguas una vacada que guardaba un vaquero por aquellos campos verosímiles; a la diestra de este río y al pie de la montaña se levantaba un pueblecillo y al extremo contrario la ciudad de Jerusalén con sus murallas y palacios cuyas ventanas formadas también con papel de distintos colores semejaban las vidrieras de nuestras antiguas catedrales; unas figuras de militares guardaban las entradas de los edificios, también de pasta o cartón; no faltaban los caminos y fuentes y hasta una poza en cuya orilla se veían lavanderas; y para decirlo con una

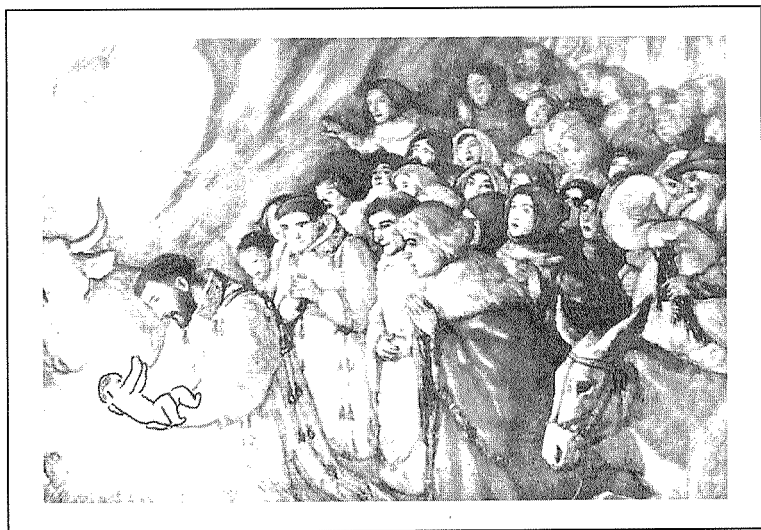
sola frase, otros muñecos y figuras se presenciaban diseminados por aquel nacimiento lleno de musgo, césped y serrín que se hallaba hasta dentro del portalico donde estaba el Niño Jesús en un pesebre por cuna, la Virgen y S. José a su lado, y un buey y una mula reposaban a la cabecera.

A la diestra junto al nacimiento había colocada una mesa, destinada para poner en ellas los dones ofrecidos al Divino Infante, y que se repartirían entre las familias de los criados y los pobres el día de Navidad según la tradición constante en aquellas dos casas.

Habían llegado al oratorio, D. José fue el primero, que de rodillas, adoró al Niño y le ofreció un don: cierta cantidad de dinero que puso en la mesa; a éste siguió Dña. Remedios, que dejó al levantarse algunos billetes de pesetas; continuó Dña. Consuelo: su don fue la misma cantidad de dinero que dió su esposo; prosiguieron los criados más ancianos ofreciendo, quien unos cuantos chorizos, quien garbanzos, quien vino; el señorito Jesús ofreció un jamón, y siguieron a éste los criados jóvenes, dando cada cual su cosa; cuando tocó su vez a Ángel, reinó un profundo silencio, todos los ojos se clavaron en él y todos aguzaron sus oídos para no perder ni una palabra que saliera de su boca. Ángel se arrodilló delante del Niño Jesús, le miró un instante en silencio, y después exclamó en latín, para ocultar su generoso ofrecimiento: "Ego, Bone Jesu... tibi offero cor meum"; juntó sus manos sobre el pecho, cerró los ojos, volvió a guardar por otro instante silencio. Luego, sin pronunciar palabra se quitó el anillo de oro de su dedo y se lo puso al Niño Jesús en la mano que

tenía en ademán de bendecir; y al levantarse dejó unos billetes de pesetas sobre la mesa. Los criados se miraban unos a otros estupefactos y algunos, con voz apenas imperceptible, se preguntaron mutuamente que había dicho el señorito Angel. Después de Angel, ofreció la señorita Cesarita dos mantas de invierno todavía sin estrenar y billetes de moneda. Luego ofrecieron los que faltaban.

Hecha la adoración y la ofrenda, bajaron tocando y cantando. A la media hora ya estaban listos;

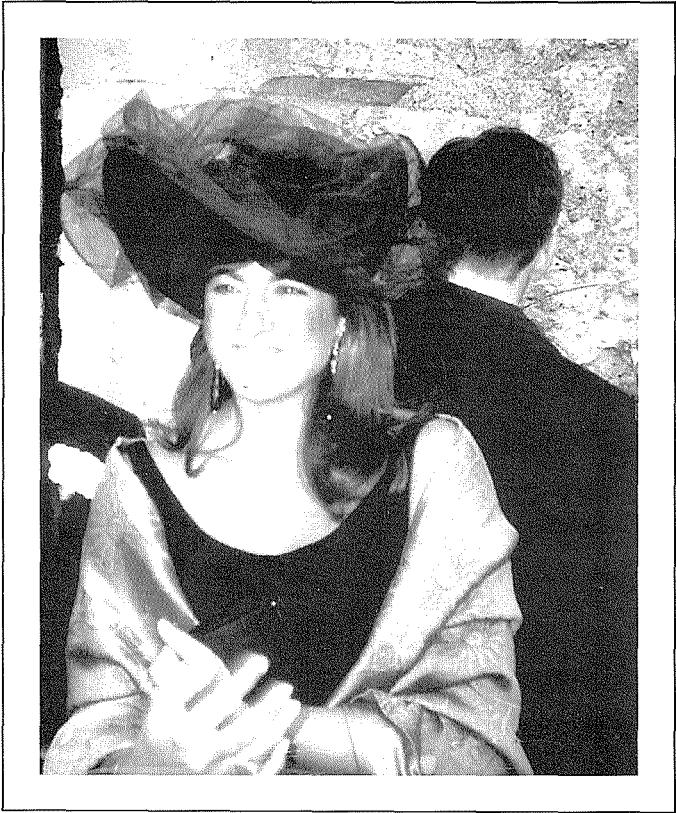


y desde la misma casa de D. José partieron para la iglesia, con el fin de asistir a la santa Misa del Gallo.

Lo que había dicho el señorito Ángel en latín fue: "Oh buen Jesús, yo te ofrezco mi corazón".

CAPÍTULO XIV

*La fiesta: arma de la
madre de Ángel*



—¡Sólo faltaba que hasta en ésto saliese con la suya!... ¡Que no bailará más!. ¡Que no volverá a ponerse ningún anillo...! ¡Qué beatería tan grande!... Veremos si no consientes en que brillen en tus dedos los anillos si viene la Marquesita Avelina... ¡Ya lo creo!. No dejará la Marquesita de pensar que fuera de los palacios también relucen los diamantes y el oro.

Así pensaba Dña. Remedios mientras cerraba unas cuantas cartas de invitación para la fiesta que había determinado hacer con el doble fin de ser declarado Jesús mayor de edad, y de borrar de la mente de Ángel la manía de ser sacerdote, como ella llamaba a la vocación de su hijo. También fueron invitados D. Baltasar Guevara, farmacéutico y director del Banco de Santander en Guijuelo, y su esposa Dña. Exaltación Rodríguez, así como D. Bienvenido Lara y su esposa Alicia Fernández.

Dña Remedios con las cartas en la mano se dirigió hacia la ventana; la noche estaba oscura como la boca de un dragón, y, queriendo cerciorarse del frío que hacía, abrió la ventana y sacó una mano y ¡con qué presteza la volvió a meter!. La brisa, tan fría y sutil que penetraba hasta la médula de los huesos, se le figuró

cual si fuera el hálito del dragón; y los copos de nieve, que se esforzaban por no posarse en la tierra, se presentaron a la imaginación de ella como salpicaduras de la saliba de aquel monstruo pavoroso y amedrentador lleno por doquiera de centelleantes ojos, sin ser, en la realidad, otra cosa que las lámparas eléctricas del alumbrado del pueblo.

_¿Qué horror! -exclamó espantada de sus tétricos pensamientos-.

Cerró de golpe las contraventanas y se fue a la cocina. Allí mandó a unos criados llevar las cartas al correo y se dirigió luego a la habitación de Angel que escribía a Celestino con los ojos arrasados en lágrimas. Su madre al llegar se quedó mirándole y le preguntó en tono misterioso:

_¿Qué haces?.

_Lo que ve -contestó Ángel, mostrando la pluma y el papel-.

_¿A quién escribes?.

_A un amigo.

_¿Para invitarle a la fiesta?.

_Para que me libre de ella.

_¿Cómo? -dijo Dña. Remedios irguiendo un poco la cabeza-.

_Sencillamente.

_No te entiendo; -y al decir ésto comenzó a impacientarse-.

_No sé explicarme.

_¿O no quieres?.

_Da casi lo mismo.

Dña. Remedios le miró, abrió más sus ojuelos, apretó los labios y le preguntó con ira mal reprimida:

_¿Cómo se llama ese a quien escribes?.

_Celestino.

_¿El que está en El Pardo?.

_El mismo.

_¿Y qué le dices? -interrogó con imperio-.

_Que ruegue a Dios por mí para que me libre de la fiesta...

_Y ¿cómo te vas a librar?, ¿escapándote de aquí?.

Dña. Remedios dijo ésto con cierta sorna y la sonrisa en los labios; mas su hijo la miró serio y contestó con gravedad:

_Bien sabe Dios y la Stma. Virgen que si ya no he ejecutado lo que usted dice ahora, ha sido por cumplir la palabra dada a mi amigo Celestino y al Sr. Cura D. Antonino en uno de los días del mes de Mayo.

_¿Qué dices?.

_Lo que usted ha oído.

Pensativa se quedó un momento la madre y añadió después:

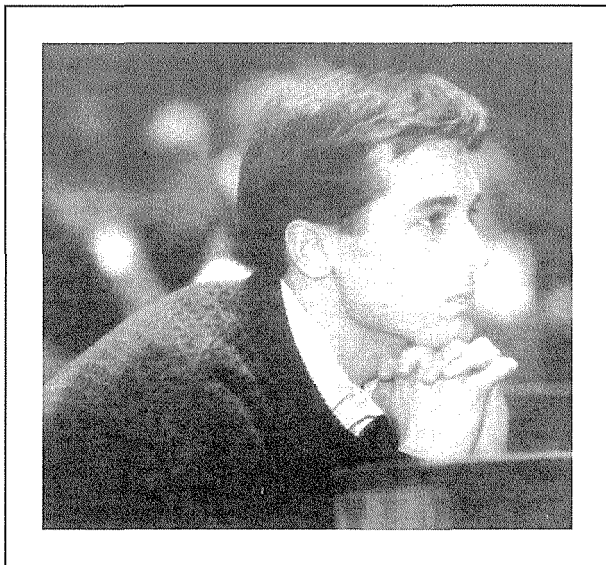
_¿Qué más dices a Celestino?.

_Ya que al parecer se interesa tanto, se lo diré francamente. Le pido que ruegue a Dios por la conversión de usted.

_¿Por mi conversión?.

_Sí; -y continuó Ángel sonrosado y con los ojos clavados en el papel que tenía delante- usted está pecando, como lo dijo el otro día el Sr. Cura, y gravemente por oponerse a mí vocación; usted está separada de Dios y si muriese en este estado...

Ángel se echó a llorar y escondió su rostro entre las manos; ese llanto, que a otra madre la hubiese deshecho el corazón, a Dña. Remedios apenas le hizo



mella por habersele endurecido en su lucha obstinada con la gracia divina. Así, cambió de conversación y dijo con cierta frialdad:

_¿Sabes a qué venía yo?.

_Aún no lo ha dicho usted.

_Pues venía a decirte que mañana escribas a tu hermano; y me entregarás la carta abierta para ponerle yo unas letras.

_¡Bueno!. Así lo haré.

_Además, acabo de invitar a la Marquesita Avelina.

_Perdone que le diga que no me parece prudente...

_No lo fuera, si no estuviera ya entendida con ella.

_¿Luego las dos han hablado ya sobre ésto?.

_Sí, la última vez que estuve en Salamanca, me hizo varias visitas, y en una hablamos de la fiesta.

Ángel hizo un gesto desagradable y su madre continuó hablando de la Marquesita, como si no advirtiera que a su hijo no le era de agrado, según lo demostraba con la severidad de su semblante.

Luego que le dejó su madre, Ángel continuó escribiendo a su amigo Celestino. Cuando hubo terminado se puso a pensar: "¿Qué haría en los días que faltaban para la fiesta?...

Decidirse por el retiro espiritual". Efectivamente. Sus salidas al campo fueron más frecuentes y prolongadas; las empleaba con entera libertad en la oración y mortificación. Pedía al Señor y a la Santísima Virgen la gracia de que borrarse los afectos del corazón de la Marquesita Avelina hacia él.

Con gran pena para Ángel y gran gozo para su madre había llegado el 12 de Febrero, día de la ansiada fiesta. Toda la casa de Dña. Remedios se hallaba en su interior transformada casi por completo. Los picaportes de las puertas brillantes como el cristal; por todo el corredor guirnaldas y en el centro un arco formado con verde ramaje salpicado de flores; las escaleras con alfombras estrenadas aquel día y con otras, bien desempolvadas las habitaciones en que habían de estar los invitados; las paredes revestidas con caprichosas colgaduras y en medio de las mesas del salón, recibidor y comedor ramilletes de flores, traídas de Valencia, que embalsamaban el ambiente con regalado perfume.

Eran las once de la mañana. El astro Rey se mostraba radiante. A la casa de Dña. Remedios ya habían llegado cinco o seis autos. Los músicos vestidos de gala blanca conversaban en el salón con algunas criadas y otros jóvenes del pueblo. Una de las

sirvientas, Raquel, con varios señoritos subían y bajaban las escaleras y andaban de aquí para allá husmeándolo todo con curiosidad femenina. En el comedor sentados, en sillones magníficos, se encontraban Dña. Remedios a la diestra de la Marquesita y al lado opuesto Cesárea; su padre D. José, D. Fabián y su esposa Dña. Vicenta se hallaban alrededor de una mesa que sostenía, entre otras cosas, seis copas de oro, tres botellas de coñac, rón y champagne. La conversación versaba sobre Celestino.

_¡Ah!; sí -respondía con delicadeza la Marquesita a D. José- ya conozco ese colegio de El Pardo. Mis papás sostienen cuatro becas y yo una por mi propia cuenta... Poseo una fotografía de un niño Seráfico que suele escribirme algunas veces; y sus cartitas me encantan por la sencillez con que escribe y por lo bien educadito que parece.

_Según tengo entendido, -dijo D. Fabián- la caridad es la que sostiene ese Colegio, pues los Capuchinos son tan pobres que nada poseen.

_Ahí se ve la acción de la Providencia Divina -repuso Dña. Vicenta- renuncian a todo, quedan pobrecitos y nada les falta de lo necesario.

_Ciertamente -replicó D. Fabián- que constantemente se verifica en ellos esa paradoja.

_Sí, pero... -iba a hablar Dña. Remedios cuando la interrumpieron dos señoritas que se la acercaron con mucha cortesía-

_De once y media a doce llega el Señorito Jesús. ¿No?.

_A esa hora ha prometido estar aquí. -Contestó sonriente Dña. Remedios-

_Y ¿dónde está el Señorito Ángel?, -preguntó

una de las señoritas-

_Termina de pasar por aquí... Seguramente estará en su habitación si no anda por ahí.

_¿Nos permite irle a buscar?.

_Ningún inconveniente hay.

_Pues allá vamos.

Y como sabían bien donde estaba la habitación de Ángel, se dirigieron a allá, directamente, sin preguntar a nadie. Ángel, había aprovechado una oportunidad y se había retirado a su cuarto; y apenas se había sentado y abierto el libro de los "Diálogos" de Fr. Juan de los Ángeles; cuando aquellas dos coquetas señoritas cuyos cuerpos parecían dos rosas andantes y cuyas almas debían estar quizá cubiertas de lepra espiritual, se introdujeron sin llamar en la habitación. Ángel las miró sorprendido y medio avergonzado preguntó:

_¿Qué buscáis?. ¿A qué venís?.

_Venimos a buscarte a tí para que vengas al salón.

_Ya estoy aburrido con tanto barullo; dejadme ¡por Dios! siquiera un momento.

_No, no; vente con nosotras. Te están aguardando.

Ángel trató de excusarse, pero las testarudas señoritas insistieron y de las palabras indiferentes pasaron a las dulces y alagüeñas, y de estas a las livianas; y como Ángel se disgustara, vino la porfía y de ésta, como agarrada de la mano, la disputa acalorada; y como el amor propio de las insolentes señoritas no consintiera quedar humillado, se miraron mutuamente y se hablaron algunas palabras en voz muy baja, pero no tan baja que el oído fino de Ángel

no las percibiera.

Después, una comenzó a cerrar la puerta por dentro en tanto que la otra descaradamente se fué hacia Ángel, quien no quiso quedar vencido, clavó los ojos en el crucifijo y el cuadro que representaba su **ideal**. Y, cual si le hubiesen herido en su pupila, dió un bote sobre el sillón y de dos brincos se puso junto la cómoda. Abrió uno de los cajones, cogió una pistola, descargada, se enfrentó con su adversaria y grita:

—Retrocede y marcha, porque si no tu sangre correrá por este suelo.

"¿Piececitos para qué os quiero?". En un acto reflejo se debieron decir las señoritas; pues abandonaron a escape la habitación.

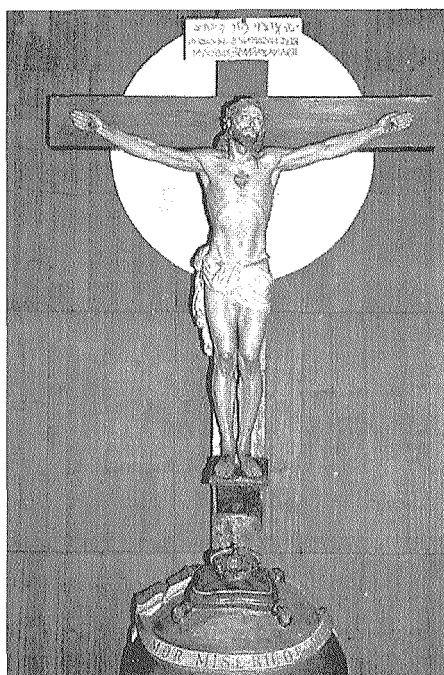
Ángel al verse solo, dejó el arma en el cajón de donde la había cogido y se arrojó a los pies del crucifijo, los cubrió de besos, así como también al cuadro. Y se acordó entonces de su amigo Celestino. Atribuyó a sus oraciones la victoria.

Las señoritas, recobrada la serenidad, se fueron al comedor y pidieron a Dña. Remedios que saliera un momento; le contaron el caso acontecido, cubriendo, ¡claro está!, la causa del por qué Ángel las había amenazado. Dña. Remedios con palabras, dulces para ellas y amargas para su hijo, trató de desagraviarlas; luego, con los ojuelos chispeantes, apretó los puños y marchó aceleradamente a encararse con su hijo. Las dos señoritas, curiosas de lo que Dña. Remedios iba a hacer, la siguieron y quedaron en una habitación inmediata a la de Ángel en la que desafortunadamente entró su madre y le increpó tan duramente que no reparó en llamarle algunos denuestos; cosa que todavía jamás había hecho.

Ángel escuchaba de rodillas, por estar así cuando llegó su madre; pero habiendo dicho ésta un gravísimo disparate, Ángel se puso en pie y la interrumpió:

_Madre, bien se conoce que ignora el motivo del por qué las amenacé yo; pues de lo contrario...

Dña. Remedios no lo dejó continuar y prosiguió increpándole. Por lo que Ángel cogió con ímpetu el Crucifijo y la apostrofó con él:



_Contemple usted este Crucifijo. Yo le miré y Él entonces me inspiró lo que hice. Considere que si Jesucristo es misericordioso como lo publica este Crucifijo, también es justo y es además celoso de las

almas y omnipotente. Tiemble y tema que le venga pronto el castigo. ¡De Dios nadie se burla!

Dejando de golpe el Crucifijo sobre la mesa, se fué a salir, pero su madre, que se encontraba junto a la puerta le detuvo dándole un empujón para atrás diciendo:

_¿A dónde vas?. Quédate ahí. -Y se salió ella cerrando con un portazo-

Al llegar Dña. Remedios al pasillo, vió que unos corrían por la escalera y otros salían precipitadamente de los recibidores arremolinándose todos en la puerta delantera. Preguntó a un joven, que pasó medio corriendo delante de ella, qué acontecía; pero tuvo por respuesta únicamente un simple encogimiento de hombros. Echó ella entonces a correr y al llegar oyó a D. José que decía:

_Que vayan a buscar al médico inmediatamente.

_Pero ¿qué pasa?.

Gritó Dña. Remedios imposibilitada de llegar hasta la puerta. Había oído a D. José, pero ni le veía por estar muchos en pinados y otros sobre sillas. Insistió Dña. Remedios:

_¿Qué pasa?. ¿Qué pasa?.

_¡Nada!. -La contestó uno; mas otro respondió:-

_¡Un accidente!. Y su hijo Jesús y un joven han llegado en una camioneta.

_¡Ay!. ¡Mi hijo, mi hijo Jesús!.

Gritó Dña. Remedios dictada por su corazón de madre. Y empujando a estos y separando aquellos con sus manos, se abrió paso por entre aquella muralla que no puso casi nada de resistencia.

Al ver a su hijo Jesús pálido y con hilos de sangre por la frente y el rostro, comenzó a gritar como una loca y se arrojó a abrazarle. Pero la detuvo D. Fabián, porque no convenía le tocara sobre todo el brazo de Jesús; y con palabras persuasivas y de consolación la cogió del brazo y la condujo al recibidor donde se encontraba su esposa Dña. Vicenta, la joven Marquesa y otras. E inmediatamente marchó D. Fabián.

D. José, con una rapidez asombrosa, había dado unas cuantas órdenes concretas; y los empleados Santiago y Crispín serios, con las expresiones muy repetidas de: ¡PASO... FUERA... PASO!, ademanes casi bruscos, algún que otro empujoncillo y sin responder a nadie lograron dejar paso franco al herido acompañado del joven, que le había traído, y D. José.

Ya en una habitación, la puerta cerrada y por fuera, junto a ella Santiago, como vigilante... Llegó D. Fabián. Por ser farmacéutico Santiago le abrió la puerta, pasó; y en ese instante se presentaron con toallas, frascos y otros utensilios Dña. Consuelo y la sirvienta Josefa.

Enseguida, según la indicación de D. Fabián, se comenzó, con algodón y agua oxigenada, la limpieza de la sangre del rostro de Jesús: la hacían Dña. Consuelo y Josefa con suma delicadeza y mientras, preguntó D. Fabián al joven, que había traído a Jesús:

_Pero ¿cómo fue el accidente?.

_En una curva muy cerrada; pues, como es tan estrecha la carretera... nos descuidamos un poquito... y para evitar el choque, frenamos y paramos en seco. Luego, al retroceder el señorito con su automóvil tuvo la fatalidad de que las ruedas del lado izquierdo

cayesen en la cuneta y en el acto dió la vuelta el automóvil; entonces fué cuando se hirió el señorito.

_Efectivamente; así sucedió -respondió Jesús -.

_¡Vaya por Dios! -exclamó D. Fabián-. No se da felicidad completa en este mundo... Cuando uno presume que es feliz... ¡trás! enseguida el golpe.

Cuando llegó el médico D. Marcelino, Ángel y el criado Andrés le acompañaron a la habitación donde estaba el herido. Al entrar quisieron meterse otros muchos que esperaban un momento oportuno para hacerlo; mas fueron frustrados sus deseos y su curiosidad por oponerse Andrés y Santiago.

Comenzó el reconocimiento:

_La herida que usted se ha hecho en la cabeza -se expresaba el médico- no es de importancia; pues no ha sufrido lesión el parietal.

Al cogerle el brazo Jesús apretó sus párpados y aspiró profundamente produciendo un poquito de ruido, por lo que preguntó D. Marcelino:

_¿Le ha dolido a usted mucho?.

_Me ha hecho ver las estrellas en pleno día.

_Pues entonces -prosiguió el médico- hagan el favor de traer unas tijeras. No puede ser para menos. Hay que cortar las mangas.

Le fueron dadas las tijeras al médico, quien cortó la chaqueta, camisa y al tijeretear la camiseta fué apareciendo el brazo cada vez más amoratado con dos salientes como pedúnculos que se notaban en él.

_Una fractura -exclamó D. Marcelino- el húmero roto... el cóndilo sano; ¡menos mal!... la clavícula y omoplato intactos... ¡vamos! ¿siente usted dolores por alguna otra parte distinta de ésta?.

_No señor.

_Pues hay que marchar inmediatamente a un cirujano de Salamanca. ¡Pronto!. Unas vendas o toallas lo que tengan más a mano.

Una sirvienta echó a correr; Dña. Remedios continuaba llorando y a la Marquesita y a Dña. Vicenta, contagiadas se les saltaban las lágrimas.

_¡Bueno! -dijo D. José a un criado. Avisa a mi chófer que se presente inmediatamente con el auto a la puerta.

_Y a Félix -añadió D. Fabián- dile que venga con mi coche.

_No -gritó la Marquesita limpiándose las lágrimas-. El doctor tiene que ir en mi coche, que está más cerca, en el corral, y en disposición ya.

_Bueno -replicó D. Marcelino que ya terminaba de envolver el brazo de Jesús en una blanquísima toalla-. Como lo único que hace falta es marchar enseguida, Jesús, D. Fabián y yo vamos ya al auto de esta Srta. que se ha dignado ofrecerlo.

_¡Eso es! -añadió D. José- y la Excelentísima Marquesita acompañará a Dña. Remedios, Dña. Vicenta y mi esposa que irán detrás en mi coche.

_Y si alguno más -prosiguió D. Fabián- quiere ir a su disposición queda mi automóvil.

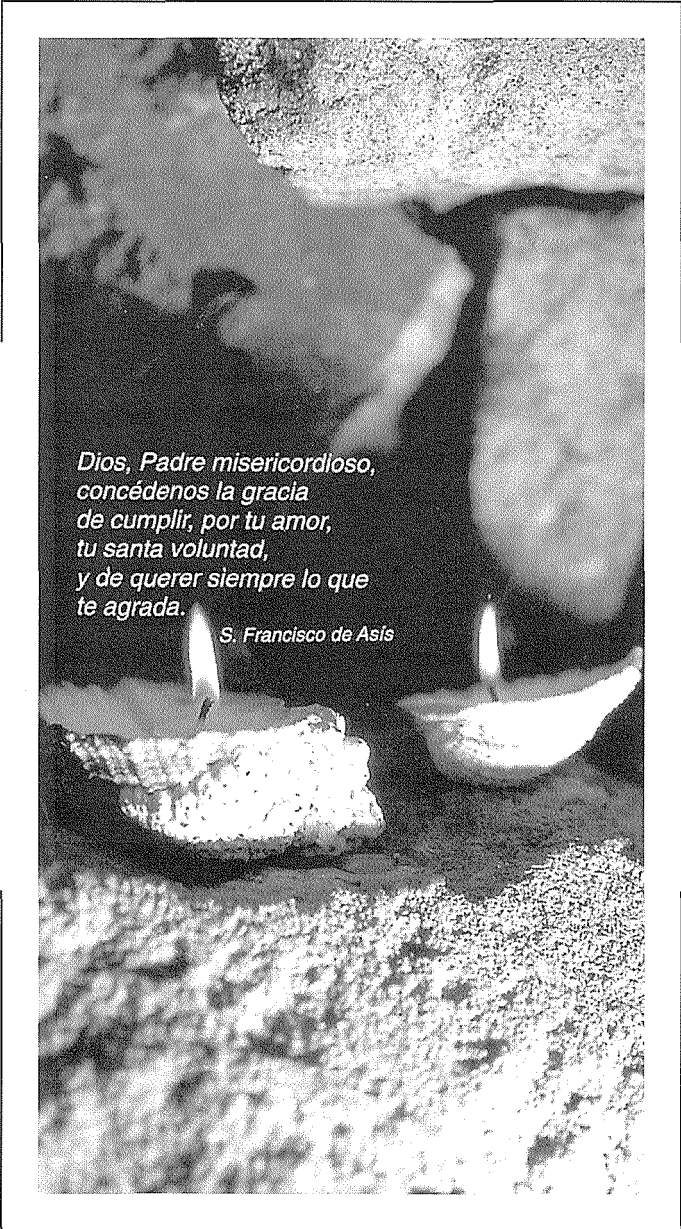
Dicho ésto, comenzaron a salir por distinta puerta de aquella donde estaba la gente apiñada que esperaba noticias del herido. Quedó Ángel el último, habló un poquito con Andrés, y éste se fué a la puerta que daba al pasillo, la abrió, se encaramó en una silla y dijo a todos los invitados que allí estaban:

_Señores y señoritas. El señorito Jesús se ha rompido el brazo en dos pedazos y tiene que ir

enseguida a Salamanca a componérselo. Ya no habrá música ni jaleos. El que quiera comer aquí, puede quedarse, y el que no quiera; ¡recórcholis! que se marche; pue la fiesta ya se ha terminao.

CAPÍTULO XV

*Triunfo de la gracia
divina*



*Dios, Padre misericordioso,
concédenos la gracia
de cumplir, por tu amor,
tu santa voluntad,
y de querer siempre lo que
te agrada.*

S. Francisco de Asís

Con más satisfacción que si le hubiera tocado el premio gordo de la lotería había comunicado Ángel a su amigo Celestino la nueva de que su madre, reconocido el castigo de Dios, le había concedido permiso para comenzar la carrera eclesiástica. Era el primer paso hacia la consecución de su **ideal**; el primer eslabón de la cadena de concesiones que fácilmente habrá de obtener ya de su madre: eso se creyó Ángel y en esa creencia estuvo unos meses, contento y alegre como unas pascuas. ¿Qué más podía desear?. Su hermano había sanado y él había conseguido en parte su deseo. Pero ¡Ay! se engañó. Un día se le ocurrió a Dña. Remedios hacer un bordado, para dibujarlo fué a buscar el compás al cuarto de su hijo Ángel, el cual había salido de casa y por descuido había dejado sobre la mesa algunas cartas de su amigo Celestino. Al verlas Dña. Remedios al principio no hizo caso; mas, como le llamara la atención el timbre franciscano, cogió una carta y comenzó a mirarla detenidamente; le picó luego la curiosidad de saber de quién era aquella hermosa letra y, como viera que firmaba Celestino, cayó desgraciadamente en la tentación de leerla. Al principio nada le admiró; mas, llegó a un punto que le hizo cambiar de color, cual si una oleada de bilis le

hubiera subido al rostro. Siguió leyendo y, al terminar apretó los labios, movió un poquito su rubia cabeza a uno y otro lado, cogió otra carta, la leyó con gran avidez, la rasgó y exclamó:

_Si cura... ¿no?... ¡Fraile.. tampoco! y menos Capuchino.

Y cogió con rabia las demás cartas de Celestino, las hizo pedazos, y las dejó sobre la mesa y...

_Aquí te quedan... para que las veas... para que te des cuenta de lo disgustada que estoy...

Dejó la habitación sin haber cogido el compás y, al cruzar el pasillo, se encontró con Ángel que entraba en casa; le dirigió una mirada iracunda y, al entrar en el comedor, le habló así su hijo:

_Pero, madre, ¿qué le ha sucedido?. -Al tono dulce y suplicante de Ángel contestó su madre con aspereza:-

_¡Nada!... ¡Vete a tu cuarto y lo verás!.

Marchó Ángel a su habitación; vió las cartas de su amigo hechas trizas, le dió un escalofrío, se quedó un momento como pasmado contemplándolas. En su interior se sostenía cruda guerra: guerra que duró varios días y le hizo caer enfermo...

Ángel guardó cama, la calentura siguió constante en los 39 grados, variando en las décimas, a las horas de cinco a nueve de la tarde; D. Marcelino opinó que padecía de fiebres gástricas, y puso todos los remedios que dicta la ciencia médica para tal enfermedad; pero inútil.

D. Bienvenido Lara y su esposa Dña. Alicia Fernández, amigos de Dña. Remedios, enterados de la enfermedad de Ángel, acudieron a visitarle.



D. Bienvenido Lara y su esposa Dña. Alicia Fernández. Foto histórica de archivo.

Pasaron los días, y a los quince, el termómetro marcó cuarenta grados y tres décimas, y el médico, instado por Dña. Remedios, contesta:

—Si he de hablar con sinceridad, ignoro la causa de tales fiebres. Si la temperatura baja, no acontecerá nada; pero si sube, no sé lo que podrá suceder...

D. Marcelino continuó hablando en el recibidor con Jesús llegado de Salamanca hacía dos días; y Dña. Remedios se retiró a una habitación. Debió de llorar desoladamente, como lo publicaban sus ojos y mejillas.

También acudieron a visitar a Ángel sus tíos Baltasar y Exaltación.

Pasaron unos días más, y la temperatura continuaba en los 40 grados; la calentura y la cama le consumían a Ángel; y como el único alimento que tomaba era leche, la debilidad se apoderó de él. Así, mientras conversaba Jesús con sus tías Isidra y María llegadas de Santander el diez de Abril, Ángel comenzó a gritar y decir delirando:

—¡Señor, Señor!... ¡Jesús mío!.. Jesús... María... No, no puedo seguiros... me atan, me atan... es mi madre... ella misma... ella me detiene... ¡Ay!... Yo quiero... Vos podéis... ella me riñe, me riñe mucho... mucho... Me voy con vosotros... ¿No me dejáis?... ¡Ay, ay!. -Se quejaba Ángel en el delirio-.

Sollozaba su madre que estaba en la cabecera, y derramaban también lágrimas sus hermanas Dña. Isidra y María, y la criada Josefa; el único que no lloraba, era Jesús, aunque sí se hallaba muy emocionado. Aquella noche del doce de Abril la pasó Ángel mal, muy mal.

Al día siguiente D. José y su esposa hicieron la visita cotidiana. En la conversación con Jesús y sus tías, éstas preguntaron a D. José:

—¿No han recibido noticias de Celestino?.

—Hará ocho días, tuvimos carta, en la cual nos decía que se encontraba muy contento y con muy buena salud.

—También nos comunicaba -añadió Dña. Consuelo - que habían celebrado el Santo del M. R. P. Provincial estando él presente. Y nos mandó el programa de la fiesta.

—¿En qué consistió la fiesta? -preguntó

interesándose Dña. María la tía de Ángel , a quien contestó D. José:-

_En cantar algunos motetes en la Misa celebrada por el M. R. P. Provincial; felicitarle por la mañanita y les repartió dulces, estampas, y rifó también algunos libros y otras cositas, tantas en cantidad que no se quedó ningún niño sin tocarle algo; y eso que llegan a 116 los que son.

_¿No dejarían de felicitarle con algún discurso?.

_¡Oh!. ¡Sólo faltaba! -contestó muy graciosamente Dña. Consuelo a Jesús. Durante la comida declamaron discursos, poesías y además tocaron otras tres piezas de orquesta. Y no te creas que terminó con eso la fiesta; porque aún por la noche representaron un acto de Calderón.

_¿No salió su hijo a escena?.

_Celestino tuvo el papel del presentador. Así nos dice en la carta. Además declamó una poesía...

_De seguro, -interrumpió Jesús- que sería de su propia mente; pues a mi hermano Ángel ya le he visto algunas poesías compuestas por el mismo Celestino.

_¿Les habla en la carta de alguna fiesta más?. - Preguntó Dña. Isidra-

A lo que contestó la madre de Celestino:

_No, de fiestas ¡no!, pero nos anuncia que el uno de Mayo tendrán día de campo.

_Por lo que oigo -repuso Dña. Isidra sonriéndose- no deben de estar mal los niños en ese Colegio.

_¡Lástima que mi sobrino hubiera ido con el hijo de ustedes!. -Se lamentó Dña. María-

_Pues créame, tía María, que deseos no le faltaron a Ángel, y que si está tan grave, yo tengo para

mí, que es porque mi madre no consiente que sea Capuchino.

_¿Pero ha dicho que desea entrar en la Orden Capuchina?.

_Sí, D. José, mi madre le cogió unas cartas de Celestino precisamente, donde animaba a mi hermano a corresponder a la gracia de la vocación religiosa. Mi madre le ha dicho que mientras ella viva y esté bajo su potestad no consentirá que entre en ninguna orden religiosa y menos en la Capuchina que es de las más austeras... ¡Claro!. Yo he hablado a mi madre, y le he dicho, que si el Señor quiere para sí a mi hermano, será inútil que se oponga ella; adelantaría únicamente que Jesucristo se lo quite, para llevarle al cielo; pero... el amor de madre...

_Ya se necesitan ser grandes los deseos de tu hermano, para hacerle caer enfermo...

_Todo se explica muy bien, Dña. Consuelo. Yo sé de algún caso que hasta se ha muerto una persona inmediatamente al venirle el fracaso de ciertos deseos; y deseos de muy distinta clase de los de mi hermano Ángel...

_Tienes razón, Jesús, tienes razón -replicó D. José con tristeza y afirmándolo también con la cabeza-.

_¡Dios mío!. Si parece que truena -exclamó Dña. Isidra llevándose las manos a la cabeza y mirando hacia la ventana-.

_El sol abrasador de esta mañana, bien parecía ser precursor de la tormenta... así que no es nada de extraño que truene; y mucho me temo que venga la lluvia, porque el cielo estaba encapotado...

_¡Bueno, bueno!. Seguro estoy que vendrá el agua, como dice Jesús... y como aquí no para en una

eternidad cuando comienza a llover... así que vamos a ver a Ángel otra vez, y después por hoy damos por terminada la visita...

Se levantó D. José; mas Jesús intentó detenerle:

_No vendrá tan pronto el agua; pueden quedarse otro rato...

_Con gusto te complaceríamos; pero... como no está en casa nuestra hija, tiene mi esposa que atender...

_Pues... vamos a ver a mi hermano.

Según entraban en la habitación donde se hallaba Ángel, éste comenzó por cuarta vez a delirar.

_Yo me escapo de estas tierras... ¡Señor!... ¿Por qué me llamáis?... Me estáis martirizando... Aunque quiero, no puedo... ¡Quita allá!... ¿Para qué me crió?... Maldita la hora... ¡Desdichado de mí!... Mi madre me hará desgraciado... y soy el hombre más desgraciado del mundo... No... Amo a mi madre... soy su hijo... la quiero...

Dña. Remedios con el pañuelo sobre los ojos, se retiró de la habitación, D. José, su esposa y Jesús a pies puntillas se acercaron al lecho de Ángel, el cual seguía delirando:

_Que no se condene mi madre... ¡Corazón Eucarístico de Jesús ablanda el corazón de mi madre!... Padres desgraciados, temed a Dios... de Dios somos... al Señor pertenecemos... dejadnos marchar... ¡Malvados!. No seáis crueles con vuestros hijos... no nos matéis... ¡Ay!... Padre, padre mío... si usted viviera...

_Las cuatro veces -se expresaba Jesús en voz baja y con acento melancólico- que ha delirado, siempre ha sido sobre este tema; por eso les dije antes, que se había puesto enfermo por la oposición de mi

madre a su vocación religiosa; y por eso se marcha mi madre nada más comenzar el delirio.

_¿No convendría llamarle la atención, para ver si cesa?.

_Intentaré, D. José: ¿Ángel?.. ¿Ángel?...

Al llamamiento de Jesús, abrió Ángel los ojos y con voz mucho más débil que la sacada con el delirio contestó:

_¿Qué...?

_Están aquí D. José y Dña. Consuelo... se van a ir.

Tras una pausa habló Ángel, silabeando las palabras.

_Di-gan a mi a-mi-go que rue-guen por mí... los ni-ños Se-rá-fi-cos..

Volvió a cerrar los ojos; y al momento comenzó otra vez a delirar sobre su amigo Celestino.

Los truenos se sucedían, cuyos ecos largos, muy largos casi se hilaban entre sí; las nubes abrían sus senos y comenzaba la lluvia; y las tinieblas avanzaban, avanzaban... D. José y Dña. Consuelo contemplaban una vez más al enfermo. Estaba con un aspecto que ¡daba pena verlo!. Sus cabellos largos y erizados cubrían en parte su preciosa frente; los ojos como queriendo dejar sus órbitas; los pómulos salientes, la nariz aguzada, los labios amoratados y los bigotes y barba, aunque llena, crecida... Y Ángel seguía delirando con acento que hería el corazón.

_¡Amigo mío!... ¿Tú te vas y me dejas aquí... solo.. solo?... ¿a quién descubriré mis penas?... ¡Ay!... ¡Pobrecito de mí!...

A Dña. Consuelo se le saltaron las lágrimas; y

limpiándose éstas, dió media vuelta para marchar; pero, como se encontraron al salir de la alcoba con el médico, volvieron sobre sus pasos.

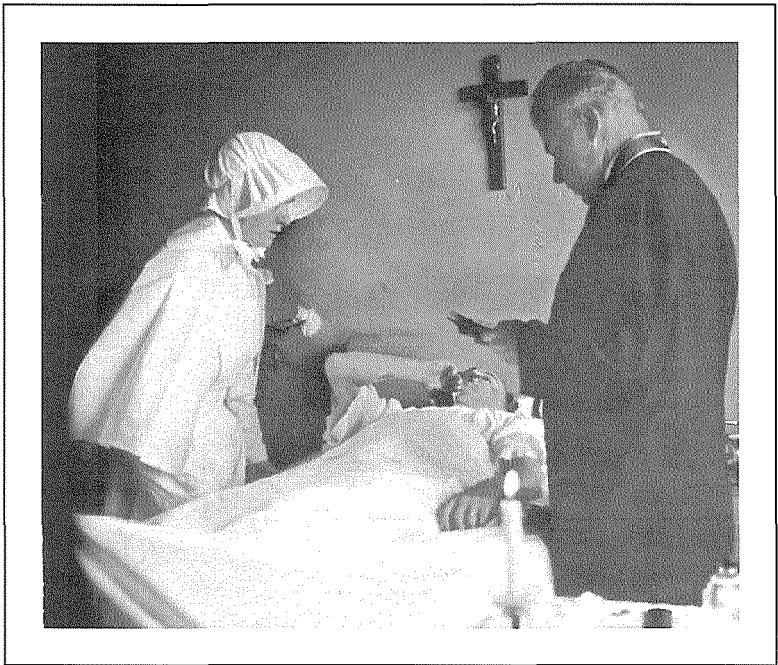
D. Marcelino comenzó a reconocer al enfermo; y, en tanto, Dña. Consuelo con el pañuelo en la derecha, y aprentando con la izquierda contra su pecho la fotografía de su hijo Celestino colocada en un dije y colgada al cuello, se decía para sus adentros:

—¡Hijo mío y amor mío!. Jamás te encontrarás por mi causa como tu amigo Ángel... Antes preferiría verme yo en tal estado que no tú... Soy tu madre Celestino, es verdad; pero también eres de Dios, y le perteneces a Él más que a mí... Sigue su voz, donde quiera que te destine... Introdúctete también en lo más recóndito de las selvas, y predica el Evangelio a los caníbales... Si Jesucristo te llega a pedir eso, no temas, hijo de mi corazón. ¡Marcha pronto!. Que yo quedaré contenta y alegre y me consideraré feliz de tener un hijo misionero; y más dichosa me encontraría aún si llegases a derramar la sangre por nuestro Gran Dios y Señor.

Así continuó Dña. Consuelo con su monólogo que sin duda evocaría en su mente a la madre de los siete Macabeos mártires -Léase 2º libro de los Macabeos, en la Biblia, capítulo 7-; y sobre todo a la Stma. Virgen María junto a la Cruz de Jesús -San Juan, capítulo 19-, y desembocó en oración también interna.

Hecho el reconocimiento por el doctor, éste se dirigió a D. José y le dijo en bajito:

-Se encuentra mal, muy mal.



La noche había llegado; los relámpagos y los truenos continuaban, y tras el agua había venido el granizo que no cesaba de redoblar tristemente en las vidrieras de la casa. El enfermo abrió grandemente los ojos medio apagados y cerrándolos al instante comenzó a sudar, con un sudor frío; tan frío cual es el sudor precursor de la muerte. El médico, mientras preparaba, rápido, una inyección, le dijo al oído a Jesús:

—¡Pronto!. Llamen al sacerdote por lo que pueda suceder.

Al decir estas palabras D. Marcelino, se oyó un estruendoso trueno, y se apagó la luz eléctrica; el granizo golpeaba reciamente los cristales, las lágrimas

se escapaban de algunos ojos femeninos y la palidez se apoderó de todos los rostros; palidez aumentada por la ténue luz de unas velas encendidas para el momento; mientras se atizaban las lámparas de carburo; pues con la electricidad ya no se podía contar por lo menos durante la tormenta.

—Y ¿cómo nos arreglamos para ir a buscar al señor cura, con esta tormenta y tanto granizo?.

—Pues, coged las linternas de mi cuarto y...

—¡Recórcholis!. D. Jesús ¿Qué?. ¿Se quiere el automóvil para que en el garaje permanezca inmutable mientras nosotros lloramos?.

—¡Tienes razón, Andrés!. Marchad pronto con el automóvil, que no hay que perder tiempo.

Jesús se esforzó por contener las lágrimas, y volvió al lado de su hermano, en tanto que los criados fueron a buscar al sacerdote.

Dña. Remedios que estaba retirada con su hermana Dña. Isidra y la sirvienta Felisa, mandó a ésta a enterarse de la causa del mucho movimiento que se percibía y de la salida del automóvil. Enseguida volvió Felisa e informó a su ama de la suma gravedad de Ángel; y Dña. Remedios, con un delirio maternal de dolor, corrió y se puso al lado y junto al hijo de su corazón. Cuando llegó, ya la habitación estaba iluminada con una lámpara de gas, el médico ponía una inyección al enfermo y la sirvienta Josefa, que no se había separado de junto a la cama de Ángel en todo el transcurso de la enfermedad, sollozaba amargamente como si fuera su propio hijo; también lloraban las tías de Ángel y Dña. Consuelo; a Jesús se le saltaban las lágrimas, y D. José estaba triste y pálido: palidez y tristeza que se reflejaba en el rostro de los criados, que,

silenciosos, no cesaban de franquear la habitación del enfermo.

La tormenta seguía estremecedora; y de vuelta ya los que fueron por el Sr. Cura, le condujeron a éste directamente a la habitación del enfermo, se acercó al médico y, muy bajito, le hizo una brevísima pregunta, a la que contestó el doctor con voz casi imperceptible; pero como el silencio era sumo y todos afilaron la atención y el oído hasta el extremo y los ojos los tenían clavados en D. Antonino y D. Marcelino, fué captada la respuesta:

—Está muy mal. Creo que esta noche se nos marcha al Cielo.

Las mujeres no pudieron contener un medio suspiro. Y Dña. Remedios, en arranque maternal, con el rostro lívido, las mejillas amoratadas y las lágrimas desbordantes se arrodilló al suelo, y las manos entrecruzadas y la mirada en el Crucifijo y el cuadro de la Virgen fijos en lo alto a la cabecera de la cama oró, casi gritando.

—¡Señor!. Por vuestro amantísimo Corazón, tened compasión y piedad de esta pecadora... Llevad a mi hijo a la Religión Capuchina; pero no me lo quitéis mientras yo viva... He merecido este castigo... Sí, sí... lo reconozco... pero, Señor: ¡Piedad y misericordia por vuestras llagas!... ¡Virgen María, Madre de Dios y Salud de los enfermos ten compasión de mi hijo y... perdóname!

Venció la gracia divina; y el corazón de madre que se había endurecido como un yunque, desde esa hora, desde esa noche quedó blando y dócil a la Voluntad divina.

Ángel, que estaba completamente consciente,

oyó la oración de su madre, abrió los ojos, viró despacito y con esfuerzo la cabeza hacia ella, la miró, la dirigió una rápida, tenue y amorosa sonrisa y volvió a cerrar los ojos. ¡De seguro que, Ángel interiormente se llenó de gozo y dió gracias a Dios, nuestro Señor, y a la Divina Pastora, María Santísima!.

El sacerdote, D. Antonino, ya revestido con los ornamentos litúrgicos, en tono alto comenzó:

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. Sabemos, gracias a Dios, que los efectos de este Sacramento de la Extremaunción son: confortar al enfermo, librarlo de sus pecados y devolverle la salud, si le conviene. Conozco algunos casos de enfermos que comenzaron a mejorar al recibir la Santa Unción; y sanaron. ¡Ojalá nos lo conceda Dios nuestro Señor con Ángel!.

—¡Sí!, ¡sí!.

Exclamó en alta voz y sollozando Dña. Remedios; y, aunque no tan alto, también a Dña. Consuelo se le escapó una rotunda afirmación:

—¡Poderoso es el Señor!.

El sacerdote continuó según el rito del Sacramento y todos participaron; el mismo enfermo, Ángel, aunque no emitió la voz, respondió con movimientos de labios y manos.

Terminó con suma emoción la ceremonia. Amainó la tempestad y el enfermo cogió un plácido y reconfortante sueño. Con el mayor silencio fueron dejando la habitación de Ángel. Quedaron en vela su madre, Dña. Remedios, con Dña. Consuelo y la sirvienta Josefa. Otras personas permanecieron en el recibidor interior y Jesús, que, con sus continuas idas y venidas desde la habitación de su hermano al

recibidor, parecía estar en ambas partes: de cuando en cuando le acompañaba el doctor D. Marcelino que no se había marchado por vigilar y observar al enfermo. Ya por la mañanita, al despertar el enfermo, el doctor le hizo un ligero reconocimiento y visto que el termómetro marcaba 39 grados con alegría exclamó:

—¡Gracias a Dios!. La temperatura ha descendido bastante.

Y dichas otras frases de ánimos y estimulantes al paciente se despidió con la promesa de volver hacia el mediodía. Efectivamente, a las 12 y minutos se presentó D. Marcelino, tomó la temperatura a Angel y viendo que solamente tenía 37,3 grados de fiebre, disimuló; pero alarmado un poco por el descenso tan rápido de tantas décimas le puso una inyección y, según su costumbre con rostro afable y unas palabritas cristianas y alentadoras, se fué.

Al anochecer -¡coincidencia!- D. Antonino y D. Marcelino se volvieron a encontrar en la casa de Dña. Remedios. El día había sido verdaderamente primaveral: esplendoroso, alegre y dadivoso en vitalidad. Mucha de esta vitalidad debió recibir Ángel, porque el doctor, después de amplio reconocimiento, con gran júbilo se expresó:

—¡Bueno, bueno, Dña. Remedios y señorito Angel!. Denles muchas gracias al Corazón de Jesús y a la Virgen María, porque la Santa Unción que te administró ayer D. Antonino -con mirada y gesto amistoso señaló al sacerdote- ha tenido maravillosos efectos; así que, Ángel, como creo que no pasarás mala noche, mañana, Dios mediante, puedes levantarte hacia las 10, 30 ó las 11 y salir al corral y reposar durante una o dos horas disfrutando de los encantos de

la primavera: respirarás mejor el oxígeno, te distraerás con las melodías de los canarios, los silbidos de los tordos y los arrullos de las palomas; pero ¡cuidadito!, si recuerdas las dulzainas de los pastores, o las tonadas sentimentales de Roque, tu gañán, aunque sean tonadas alegres, ¡cuidadito, Ángel!. Tú, aún nada de cánticos. ¡Ya habrá tiempo... para eso y muchas más cosas!.

D. Marcelino, al mencionar a Roque y dar el su último consejo al enfermo, lo realizó con un tono de voz y unos ademanes tan graciosos, que el mismo Ángel y todos los presentes lo rieron y lo aprobaron, hasta el mismo sacerdote; pero éste, aprovechando la misma sugerencia del doctor, dijo:

_Como ha indicado ya D. Marcelino, debemos dar gracias al Divino Corazón de Jesús y a la Virgen María por la notable mejoría de Ángel; por tanto, tu mismo, Ángel, sabes que EUCARISTÍA, significa: "ACCIÓN DE GRACIAS", así que, si deseas, mañana puedo traerte a Jesús Sacramentado para que comulgues.

_¡Oh, sí, sí!. Y se lo agradezco muchísimo.

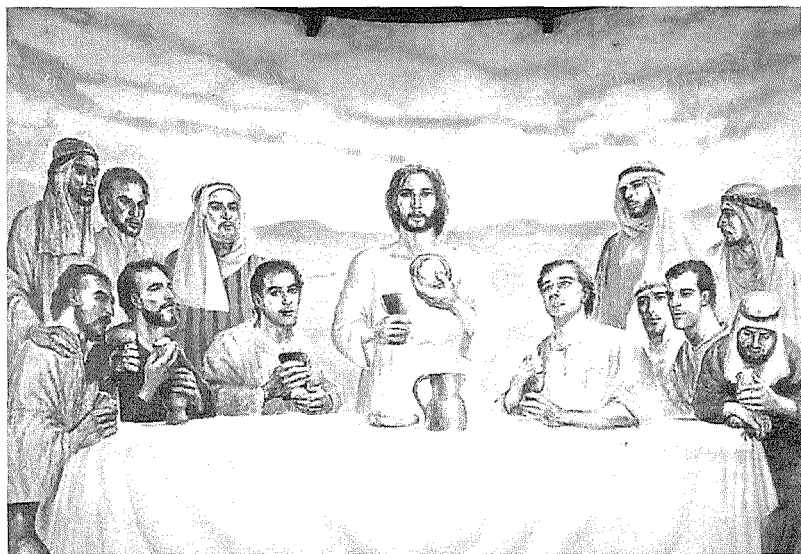
Respondió Ángel rápido y lleno de gozo, a lo que añadió su madre preguntando:

_Sí, Sr. Cura. Y mañana, si es posible, me gustaría comulgar y acompañar así a mi hijo Ángel; pero he de confesar antes; ¿podría hacerlo aquí mismo en casa?.

_En estas circunstancias no hay ningún inconveniente.

Así se verificó. Y Ángel continuó de mejoría en mejoría, de modo que ya en los últimos días de mayo pudo ir a la iglesia, y dar gracias al Corazón

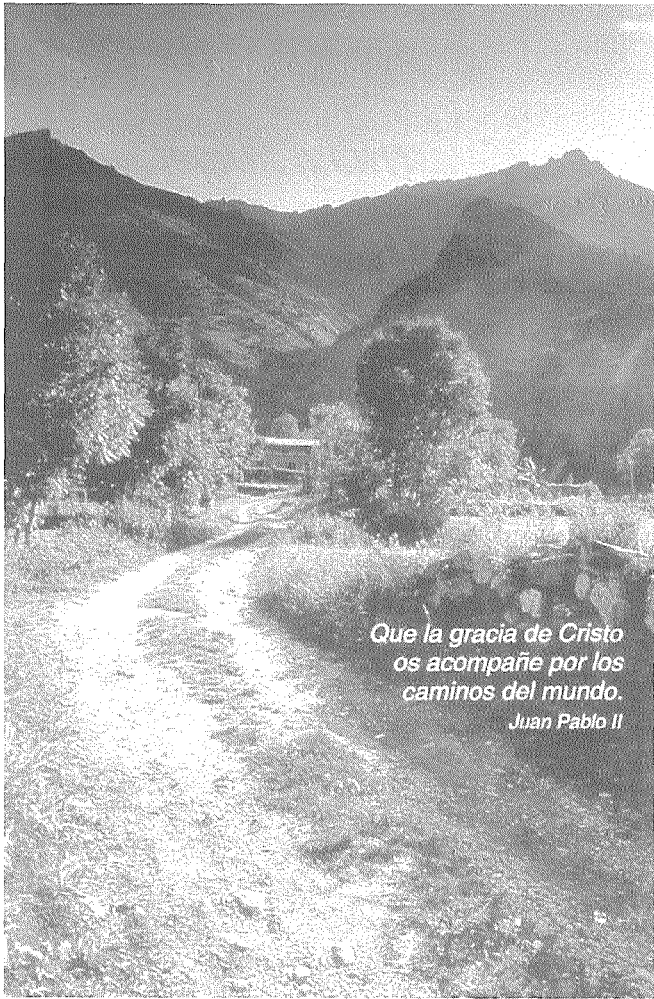
Eucarístico de Jesús y a ofrecer las flores a María Santísima, la madre de Dios y madre nuestra: LA MADRE DEL AMOR HERMOSO.



— *“EUCARISTÍA significa ACCIÓN DE GRACIAS”* —

CAPÍTULO XVI

*Celestino y Ángel
en marcha,
en pos de su ideal*



Limpio y despejado el cielo, cual es en verano el firmamento de Castilla, amaneció aquel día 16 de Julio; día grande para Ángel no sólo por celebrarse la festividad de Ntra. Sra. del Carmen, a quien profesaba singularísima devoción, sino también por ser el día señalado para él unirse con su caro amigo Celestino en la estación de Ávila y marchar juntos al Sto. Noviciado, que se encontraba en la ciudad de Bilbao.

Ángel descansaba en la cama, y como hubiera dejado por la noche de par en par el balcón, la aurora donosa y hechicera se introdujo en la alcoba, le cubrió con su mantilla de terciopelo, acercó su rostro sonrosado y sus labios de coral a los párpados de Ángel y estampó un beso; beso que le despertó; beso que la aurora le dió por encargo de aquellos misioneros y salvajes que el sol iba a dejar de alumbrar por acercarse en aquellas lejanas tierras el anochecer. Esto se pensó Ángel al abrir sus ojos y encontrarse circundado por aquella luz rubicunda. Se levantó, y, no del todo vestido, se asomó al balcón; escuchó atento las notas rítmicas de los pajarillos que parecían las tiples de órgano con su debido acompañamiento los arrullos de las palomas. Ángel miró hacia la parte por

la que el astro rey había de mostrar su paz majestuosa y exclamó:

_¡Sol!.. ¡Bendito sol, y benéfico para todos los vivientes!... No abandones a los misioneros y a los infieles sin darles antes este beso que yo les envío.

Con rapidez y mucha más gracia separó sus dedos apiñados de los labios y continuó tras breve silencio:

_No me lo digas. ¡Oh rey de los astros! que bien sé que tú no puedes complacerme en eso... Sí, tu Creador, y mi Salvador Jesucristo y su Madre la divina Pastora los besarán por mí.

Ángel juntó las manos, cerró los ojos, recostó la cabeza sobre su pecho y allá dentro, muy dentro hizo otra oración fervorosa por los pobrecillos salvajes y sus misioneros. Andrés que andaba por el corral al verlo en el balcón le gritó:

_¡Recórcholis, Ángel!. Baja pronto, que están esperándote unas cuantas personas pa despedirte.

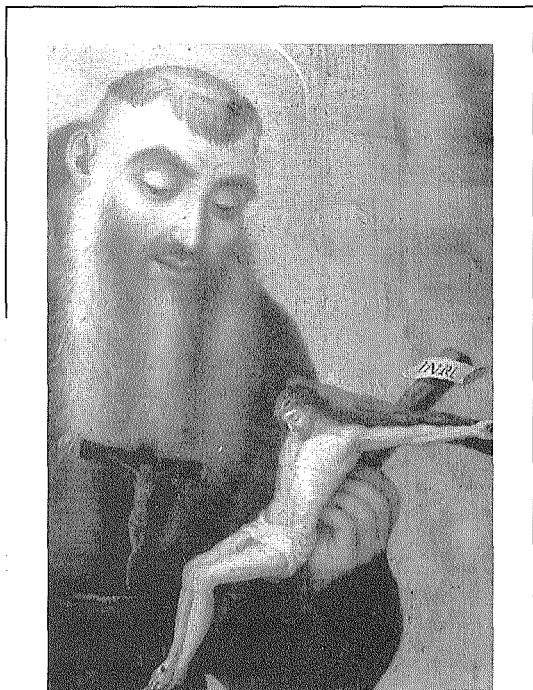
Ángel, ya aseado, bajó a despedirse; y en despedidas se le pasó toda la mañana. Después de comer; salió del pueblo acompañado por su madre, su hermano, la Srta. Cesarita y Andrés, su salida fué muy parecida a la de su amigo Celestino.

A las cuatro de la tarde de aquel mismo día se efectuaba en el Colegio Seráfico Apostólico de El Pardo (Madrid) la despedida de Celestino más quince postulantes; pues tal es el nombre que reciben los niños Seráficos del último año, terminado los exámenes finales.

Formados en filas los 16 postulantes en el claustro del Colegio recibieron el abrazo franciscano de despedida de los demás niños, quienes mostraban,

con sus ojuelos y con los rasgos pálidos marcados en sus rostros, la envidia santa que tenían a los que marchaban.

_¿Por qué lloras Luis?. -Preguntó Celestino al abrazar a un niño, semejante a un ángel que pasaba aquel año al curso segundo.-



Beato Diego José de Cádiz, su lema: "Capuchino, misionero y santo".

_Porque aún me falta cuatro años para ir al Noviciado, y catorce para marchar a misiones...

_No te apures, que el tiempo corre que vuela y cuando menos los pienses ya eres de 5º curso y marcharás donde marchamos nosotros ahora... Sigue

siendo tan bueno y estudioso como el año pasado. Por ese camino llegarán a realizarse tus ensueños, como se cumplen los míos.

De este modo todos los niños que se quedaban recibían, al dar el abrazo, palabras de aliento de los que marchaban. Luego pasaron por la capilla a la nave de la iglesia para despedirse de Jesús Sacramentado y la Divina Pastora; aunque... ¡no!...no es a despedirse, porque a cualquier convento que fuesen allí encontrarían un Sagrario y un altar dedicado a su Pastora; Madre de Dios y Patrona de las misiones capuchinas. Van a darles gracias por los muchos dones y carismas que han recibido bajo aquellos sagrados muros, testigos de su primera formación; no sólo en los estudios, si que también en el orden espiritual; pues allí habían comenzado a crecer las flores de las virtudes en el jardín de sus almas cultivado con esmero por tantos jardineros cuantos P P. profesores.

Ya todos los niños en la iglesia, se reza una estación al Corazón Eucarístico de Jesús, y a la Pastora Divina, cantada la Salve popular; después se dirigen a la puerta donde esperan dos automóviles para conducirlos a la estación de ferrocarril del Norte, Príncipe Pío.-Madrid-; pero antes de subir a los coches, se despiden, con otro abrazo franciscano, de los P P. profesores, quienes les dan algunos consejitos y los animan a perseverar en la vocación.

Los padres de Celestino que habían ido unos días antes para acompañarle en el viaje, presenciaban conmovidos aquel acto de despedida.

—¡Mira. Cómo se aman! -exclamó Dña. Consuelo casi llorando-. Parece que han vivido juntos toda la vida. ¡Qué confianza unos con otros! y a la vez

¡qué respeto entre sí!. Esto debieran presenciar muchos padres que se oponen a la vocación de sus hijos, por la creencia simple de que en apartándose de su lado maternal, esos hijos se han de ver solos, y privados de toda muestra de amor.

—¡Cuán engañados están!. -Contestó D. José a su esposa limpiándose una lágrima ardiente que brotó de sus ojos: siguió después el silencio entre los dos-.

En el auto que está al uso del Colegio, subieron catorce postulantes y el R. P. Director, P. Baltasar; Celestino y otro de los aspirantes en el coche en que se hallaban D. José y su esposa, Dña. Consuelo.

—¡Ya se marchan! -gritan los niños con tristeza y con sus pañuelos que ondean y frotan al viento ... ¡Adios!. ¡Adios!. ¡Adios!-.

Y los postulantes, asomándose por las ventanillas, contemplaban por última vez aquella multitud de niños que levantando a lo alto sus manos exclamaban al unísono:

—¡Adios!. ¡Adios!.

Con las mismas palabras y los mismos gestos correspondieron los que marchaban; uno de los cuales, dejando la ventanilla, prorrumpió con acento de tristeza:

—¡Pobrecillos!... Cuántas de esas flores serán trasplantadas por el Jardinero Divino... Cuántos de esos corderitos, engañados por los halagos del lobo infernal, y desoyendo los silbidos maternales de la D. Pastora, abandonarán al aprisco, y volverán a el Egipto del mundo para comer sus puerros y cebollas...

—¡Qué se va hacer! -replicó muy campechanamente uno de Andalucía-. Ya dijo el mismo Jesucristo que muchos son los llamados y

pocos los escogidos; por consiguiente, que no nos veremos todos en los Colegios Mayores... es tan cierto, como tres y dos son cinco.

—Así sucederá, por más que lo sintamos porque es inevitable.

Llegaron a la estación del Norte de Madrid en la que esperaban D. Fermín y su esposa Dña. Meli para despedirse de su sobrino Celestino, y entregar los billetes que ya tenían sacados.

Media hora tuvieron que aguardar ya en sus asientos de un coche de 3ª, el cual iba apiñado de viajeros, cuyos ojos curiosos ya medían a los extraños postulantes desde los pies hasta la coronilla de la cabeza, ya se quedaban mirándolos largamente de hito en hito, lo que hizo exclamar al andaluz:

—¡Jezús!. Ni aunque estuvieran contando las puntadas que la aguja de la máquina ha dado en nuestros hábitos... Si nunca habrán visto frailes...

A las seis de la tarde arranca el tren de Madrid; el R. P. Baltasar coge conversación con los padres de Celestino, y éste en silencio piensa en su amigo y su hermana que impacientes le esperan ya en la estación de Ávila.

—¡Ya llega el tren! -grita con júbilo Cesárea, y Ángel deja a los que le acompañan, y marcha presuroso, se coloca junto a la línea. El tren cruza lentamente delante; y él gozoso extiende su mano como para estrechar otra, muy conocida, que parece ofrecérsele por una de las ventanillas de los coches donde ha visto a su amigo; y con empujones de unos y empujando él a otros se dirige, aunque con mucha dificultad, hacia su amigo Celestino, que, rápido había bajado del tren. Se abrazan, y a ambos se les saltan las

lágrimas y sus corazones laten al unísono y, como sus lenguas se hallan atadas por la emoción, sus almas se comunican, en silencio, las primeras impresiones; pues muchas veces la elocuencia del silencio supera a la de las palabras.

De los brazos de Ángel cae Celestino en los de su hermana Cesárea que parece quererle comer a besos; saluda luego a Dña. Remedios, a Jesús y a Andrés que también aguardaba.

Unos veinte minutos se detuvo el tren; al dar el cual el primer silbido para avisar a los viajeros de su salida, Dña. Remedios y su amiga Dña. Consuelo se despidieron de sus amados hijos.

—Que el Señor te guíe, hijo de mi alma, y Él sea siempre tu dicha y tu bien. —Estas fueron las últimas palabras de Dña. Remedios, con los ojos arrasados en lágrimas, que dirigió a su hijo, al pedazo de su corazón, con besos y abrazos.

—¡Adelante, siempre, queridísimo hijo!.
Corresponde siempre a la gracia divina, y jamás te dejes seducir por los halagos que te pueda ofrecer el mundo; pues son halagos pasajeros y falaces que solo conducen al infierno. No seas cobarde, amado hijo, y no deshonres nunca la sangre que corre por tus venas, que entonces deshonrarás a tus padres. Adiós, Celestino, hijo mío, que el Corazón de Jesús y la Stma. Virgen siempre estén contigo.

Con un apretado abrazo y besos así se despidió contenta y alegre y sin derramar una lágrima Dña. Consuelo de sus hijos; hijo a quien siempre había amado como a su vida; pero que amó aún más desde el día en que le comunicó su vocación.

También el simpático Andrés se despidió

con un buen apretón de manos y diciendo muy graciosamente:

—¡Recórcholis!. Hasta que os vuelva a ver, y



*Esta nueva vida es lo más grande
y lo más bello del mundo:
la ponemos en tus manos, oh Padre nuestro.*

con la barba hasta la cintura y una coronilla en la cabeza. ¡Adios!. Y no dejéis de rogar al Señor por este pecadorazo; ¡recórcholis! que bien lo necesito.

D. José, Jesús y Cesárea continuaron hasta Bilbao el viaje; y como ésta impidiera a su hermano comunicarse con Ángel, por las preguntas que sin interrupción le hacía, Celestino sacó de un libro una postal: el abrazo de S. Francisco con el Divino Jesús, y dándosela a su amigo dijo:

—Ten, Ángel, esta tarjeta y lee su contenido.

Ángel, sonriente tomó la postal, miró la preciosa imagen, y le dio media vuelta a la tarjeta y en silencio, leyó con ansiedad:

Los ideales que muy constantes hemos tenido ya vemos realizarse con gran satisfacción; las penas, que en silencio por Dios hemos sufrido, deponen su amargura; aunque aún tienen un nido muy dentro de nosotros, aquí, en el corazón.

¿No ves cómo la tierra renace a nueva vida, tras la noche triste que en sombras la envolvió?; así triste y gozosa la dicha, Ángel, perdida, vuelve con Francisco, y cual ave que, aunque herida, logró ya libertarse de aquel que la cazó.

Ya estamos en camino, cerca de la victoria ya brillan las espadas, resuena ya el clarín, la voz de Jesucristo nos dice muy notoria, que no son los laureles y menos es la gloria, de aquel que no lucha intrépido hasta el fin.

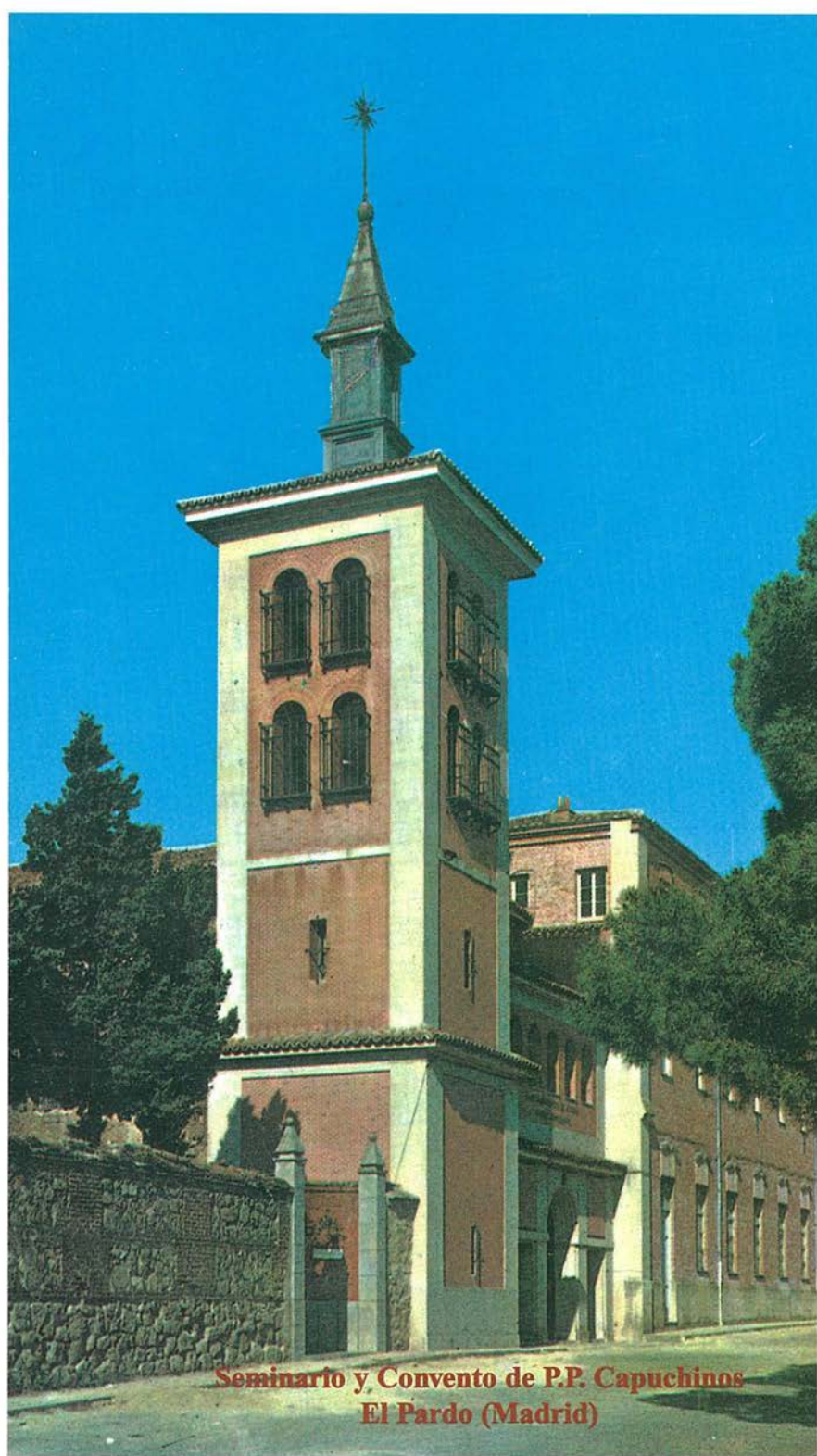


El amor de S. Francisco a todas las criaturas, le elevó en ardiente caridad a Jesucristo.

ÍNDICE

Presentación.....	I
Prólogo.....	V
CAP. I El ideal.....	3
CAP. II: Celestino y Ángel: Verdadera amistad.....	13
CAP. III: Los padres: Cooperadores del plan de Dios.....	25
CAP. IV: El banquete con los criados.....	39
CAP. V: La Marquesita Avelina.....	57
CAP. VI: Dos madres.....	73
CAP. VII: Familia: Diálogo entre padres e hijos.....	89
CAP. VIII: Una de las pruebas de la vocación.....	105
CAP. IX: “No se puede servir a dos Señores”.....	121
CAP. X: Con ideas verdaderas Ángel intenta convencer a su madre: ¿Cielo e Infierno?.....	137
CAP. XI: Despedida temporal de los dos amigos.....	153
CAP. XII: En el Seminario Capuchino de El Pardo	175
CAP. XII: Navidad en un hogar cristiano.....	191
CAP. XIV: La fiesta arma de la madre de Ángel.....	209
CAP. XV: Triunfo de la gracia divina.....	225
CAP. XVI: Celestino y Ángel en marcha, en pos de su ideal.....	243

A.M.E.C.G.
7-Marzo-1.935



**Seminario y Convento de P.P. Capuchinos
El Pardo (Madrid)**